JORGE M. REVERTE

INÚTIL-MENTE GUAPO

Mi batalla contra el ictus

Índice

Dedicatoria
Mi hermano Jorge, *por Javier Reverte*
Jorge Reverte y el ictus, *por Esteban García-Albea*

Chema
Un 9 de septiembre
Doctor López
Hermanos
Los acontecimientos
Dar el paseo
Intrusos en la UVI
Otra neumonía
Romper la puerta
La reina de África
Ecos de Asturias
Virgen de la Soledad
Lenguaje de signos
La muerte
Las muertes de Javier
El traslado
Paisaje
Cuestión de veteranía
Mano de obra barata
Maite y Carlos
Al gimnasio
Barça-Madrid
Mi cuerpo soy yo
Creyentes
Vuelta a casa
Vecinos salvadores
Casting de sin techo
Colección de sillas
Elogio de la Thermomix
La ambulancia
Xaqui la rifeña
En El País otra vez
Diarrea
Más gimnasio
La Gran Vía
Freire y Esteban
Capitán Ahab
14 de diciembre, Joan Barril
Resines, sin fecha
Elvira

Pepe y el guindo
Minusválido
Una noche con Telmo
La mano
Libros por huevos
Ricardo Cid
El mal
La sombra de López
Oliver Sacks
El espesante
Uni
5 de abril
Revolcón
Las medias de la vecina
La segunda opinión
Gafas de quitar espinillas
Teodoro Petkoff
«Grandola, Vila Morena»
Las flemas
James Joyce
Final (por ahora)

APÉNDICES
El último café
Una muerte digna

Agradecimientos
Créditos

Para Mercedes y Mario. No los había mejores.
Para Blanca, dueña de mi mano, Yolanda,
dueña de mi pierna, Ana, dueña de mi hombro
y Cristina, dueña de mi tráquea.
A las Mareas Blancas.

Mi hermano Jorge

Jorge y yo somos hermanos, aunque yo me haya quitado la sigla M. (significa Martínez) para acortar el nombre en la cabecera de mis libros. Los dos nacimos en un piso del barrio madrileño de Chamberí, con cuatro años y dos meses de distancia. Pero aparte de los lazos de sangre, ambos tenemos, desde niños, una relación muy particular: nos gustan los mismos libros, las películas, cantar con nuestros otros hermanos, el fútbol, los toros y leer. Y compartimos principios que, yo creo, nos inculcó mi padre: sobre todo el tesón y el valor. Pero no nos gusta el tesón del que tira del carro sin saber lo que arrastra, sino aquel del que se esfuerza por llevar a cabo lo que ambiciona ser; y en cuanto al valor, no lo concebimos como una forma de enfrentarse a los otros, física o intelectualmente, sino como una manera de afrontar las dificultades de la vida. Ahora nos parecemos también en que hemos visto muy próxima a la muerte, al ladito mismo.

En este libro desgarrado y bravo, escrito con la tenacidad de quien debe enfrentarse a una enorme minusvalía física temporal y con el humor de quien sabe que la risa forma parte de la naturaleza íntima de la valentía, Jorge escribe que yo me he muerto varias veces. No es exacto del todo. He estado a punto de morir en un par de ocasiones: en un accidente de tráfico, del que escapé por un pelo en el último segundo, y en el río Congo, amenazado por un grupo de soldados borrachos y drogados que me querían robar. La muerte solo la he vivido una vez. Y muy de cerca. Por causa de una malaria cerebral que contraje en la parte brasileña del río Amazonas, como Jorge cuenta en este libro. Y como se ha empeñado en que lo cuente yo aquí —y Jorge es un pesado cuando se propone lograr algo—, pues me pongo a ello.

Yo había ingresado en la UCI de un hospital de Belém do Pará, casi en la desembocadura del río, once días después de que se presentaran los primeros síntomas de paludismo, en su variedad de Plasmodium Falciparum, la mortífera malaria cerebral. Teóricamente tendría que haber muerto, pero la insistencia de un médico de guardia, que decidió hacerme una segunda hemodiálisis después de fallar el primer intento, logró que mi riñón arrancara y que mi organismo comenzase a marchar de regreso a la vida, eliminando el exceso de urea de mi sangre.

A veces dormía y otras me sentía en duermevela, en una situación irreal, entubado y rodeado de enfermos recién operados a corazón abierto. Y una noche, al segundo día de estar en la UCI, caminé entre la vida y la muerte y fui consciente de ello.

Parecía un sueño, pero un sueño que yo sabía que era tal. En un barco de unos veinte metros de eslora y a motor iban mis familiares y otros seres queridos, por un río caudaloso y rodeado de selva tropical. Y detrás de su embarcación, iba yo solo en una

canoa, remando, puesto en pie. De vez en cuando, ellos, los míos, se asomaban a la popa de su nave para sonreírme.

Un instante después, mi barca comenzó a rezagarse y, al poco, a mi izquierda se abrió un río más estrecho que surgía del que navegábamos. Remé en su dirección, en tanto que el otro barco se alejaba sin remedio y, desde la popa, todos me decían adiós con la mano. A los pocos segundos, me vi rodeado de una opresiva selva en el estrecho canal de agua.

Y en ese momento, un enorme resplandor apareció una veintena de metros delante de mí. Lo cegaba todo. No era el sol, sino una luz inmensa, invasiva, devoradora, sin perfiles. Supe de inmediato que era la muerte. ¿Y qué sentí? Ni pena ni alegría. Era algo irremediable, fatídico ante lo que mis sentimientos carecían de fuerza y de razón. No me gustaba, pero tampoco me importaba.

Me hundí en un sueño profundo unos instantes y desperté de súbito, sudando, entre las luces trémulas de la UCI. Pensé que me gustaba la vida, aunque me di cuenta en ese momento de que le temía mucho menos a la muerte.

Así que a Jorge y a mí nos une algo nuevo: hemos muerto y hemos vuelto a la vida. Y vamos a terminar nuestras obras completas antes de darle el último portazo a la existencia.

JAVIER REVERTE

Escritor, viajero, periodista y hermano de Jorge

Jorge Reverte y el ictus

Asistimos a un relato biográfico singular de un paciente también único, víctima de una enfermedad prevalente y con frecuencia grave, el ictus (la apoplejía). Jorge Reverte, escritor incansable enfrentado desde hace muchos años al relato de aventuras reales o imaginarias se ocupa en esta ocasión de un tema nuevo que solo él conoce y sufre, un maldito ictus que ha quebrado sus movimientos, ha reducido su potencia motora, su visión binocular y su fluidez verbal. En efecto, una obstrucción arterial ha dejado sin sangre una delicadísima zona del cerebro (el bulbo raquídeo) donde residen los centros de zonas vitales, como la deglución o la articulación del lenguaje —funciones que se han visto afectadas—, pero que ha respetado lo más noble del ser humano, la inteligencia, la conciencia de la situación, la capacidad de entender el entorno. Una enfermedad que siempre se manifiesta de forma aguda como un rayo o como un disparo. Así fue; en el tranquilo discurrir de un día como otros, mientras discutía sobre tomates en una animada plaza madrileña, el certero ictus ha detenido su vida, le ha arrojado a una UVI de un gran hospital y posteriormente a una silla de ruedas, de lo que, lentamente, se está recuperando, todo hay que decirlo.

Jorge, en un alarde honestidad intelectual, se mira al espejo y sabe que ese personaje que tiene delante es víctima de un ictus, que padece una experiencia que merece ser contada. En ese momento crítico, con una lucidez sorprendente empuña la pluma que ha dado sentido a su vida, y se dispone a publicar todo lo que le evoca esta situación nueva. Por ejemplo, mira a los ojos a la muerte y la invita a una tertulia desdramatizada. Y la vence cuando demuestra que quiere vivir y que puede escribir en esa antesala póstuma su mejor biografía.

En España cada año sufren un ictus entre ochenta mil y noventa mil personas (Ibericus). Esta enfermedad, muchas veces terrible, representa la segunda causa de mortalidad en nuestro país (la primera en mujeres) y es la principal responsable de discapacidad. Los supervivientes deben superar con frecuencia importantes limitaciones motoras o cognitivas (hemiplejia, afasia, entre muchas posibles). Con la *docta ignorancia* (que no *crasa*) característica de la medicina es mucho lo que ya sabemos sobre ella, pero es mucho también lo que ignoramos. Y aquí es donde Jorge hace este regalo a sí mismo, al intensivista, al rehabilitador o al neurólogo que acostumbra a chascar los dedos junto a la cabeza del enfermo para comprobar la evolución de las excursiones oculares. Y es que la enfermedad afecta no solo las vías motoras, por muy necesarias que sean, también a una persona en toda su complejidad, con sentimientos, memoria, familia, amigos, valores, etc., y no es frecuente, no, que los enfermos nos

expliquen el sangrado del costado humano de cada uno cuando sufre una enfermedad tan agresiva como esta.

A Jorge Reverte le interesa el caso que tiene entre manos y no quiere desperdiciar esta oportunidad: la crónica de un ictus severo en su propia biología. Como Teresa de Jesús y su gran capacidad de autoobservación y talento literario para hablar de sus arrobamientos epilépticos, nos informa de primera mano cómo se vivencia un ictus. Es minucioso al referirse a las limitaciones sufridas, cómo estas han quebrado su unidad física, su proyecto vital, su condición humana o inhumana. Desde los primeros síntomas sabe bien la gravedad de su nueva situación y va descubriendo a un lisiado que resiste, que no retiene secreciones pero que está vivo, que es capaz de discernir en ese abismo frío de la UVI al profesional insolente o las manipulaciones automáticas de su cuerpo por parte de los celadores y las enfermeras. Con un solo ojo registra de forma crítica y en silencio las miradas de los neurólogos o de las enfermeras, o los rítmicos y reiterativos sonidos de los monitores. Es, sin duda, un mundo en parte siniestro pero no pierde la confianza en los profesionales, ellos le devolverán las funciones, aunque reclama su condición humana y dignidad dentro de la rutina del quehacer médico. Su sonrisa eterna ante el visitante y su afilado sentido del humor, soy testigo de ello, tratan de ocultar el pudor y el drama que internamente vive por su carnalidad enferma.

En las largas soledades de sus estancias repasa su historia como una última confesión y no disimula, ya sea con ternura o con aspereza, la sinceridad abrupta de sus juicios. E imagina el futuro que le espera a este hombre nuevo pero con una invalidez que está tardando en desaparecer. Predispuesto, ¡ay!, a asumir el enojoso y aburrido mensaje de la paciencia, paciencia, paciencia que todos le envían.

En definitiva, este libro nos enseña a todos que detrás de la más moderna tecnología o de un simple monitor, de una dificultad en la pronunciación o de unos ojos mal alineados existe un ser humano que padece aferrado a la esperanza, que añora el paraíso terrenal y su deseo de un plato de verdinas con vino y con amigos, que quiere recuperar esa mano torpe para poder depositar su voto o usar cuanto antes el ordenador. Que aquí no ha pasado nada.

ESTEBAN GARCÍA-ALBEA
Escritor y neurólogo

Chema

Chema tiene treinta y cinco años y síndrome de Down. Es uno de mis compañeros en la sesión de rehabilitación de miembro superior en la Fundación Jiménez Díaz, que dirige Blanca Jiménez. Chema va un par de días por semana una hora a ser tratado por Blanca y su ayudante, Elena.

Para mí, Chema representa muchas cosas. En primer lugar, un recuerdo de cómo era este país hace no tantos años. Mi prima María Reyes, que también tenía el síndrome de Down, era ocultada por su familia, que la adoraba pero se avergonzaba de ella. En aquella época, hace como cincuenta años, a los chicos que padecían esa enfermedad se les llamaba mongólicos.

Los hermanos de Chema, Juan Luis y Sonia, le traen a Madrid desde Mérida todas las semanas para que Blanca le trate. No vienen por la Seguridad Social, sino por lo privado. «Afortunadamente», la familia tiene recursos para permitírselo.

En la misma consulta coincido con el marido millonario de una política de la que no voy a decir el nombre, con dos mujeres inmigrantes que vienen por la Seguridad Social, otros dos trabajadores del régimen general, y yo, que soy un jubilado. Eso me hace pensar, sin necesidad de darle muchas vueltas a la cabeza, que tenemos en España un sistema sanitario realmente democrático. Blanca es de las mejores en lo suyo y a ella se llega pagando un pastón o pagando nada porque el sistema está así montado.

Con Chema voy construyendo una relación muy peculiar que nos divierte a ambos. Yo le digo todos los días que nos vamos a escapar juntos y se ríe con picardía aunque no le divierte especialmente la idea de buscar chicas y vino. Hay que llegar a un acuerdo que dé mayor protagonismo a una pelota. Por lo demás, Chema y yo tenemos en común el que ambos hemos sufrido un ictus. A él, como tiene el síndrome de Down, algún imbécil de médico le desahució y le dijo a su familia que dejaran que se muriera. Por suerte, el sistema es efectivamente democrático y la gente que se ocupó de él le sacó adelante. Chema anda ya casi solo, se viste solo, y bromea con su familia y los amigos que hace en la consulta. Como yo.

Hoy, que es un día cualquiera de febrero, he decidido que por fin voy a empezar el libro sobre el ictus con el que he amenazado a mi familia y a algunos amigos.

Francisco Pereña, que es un psicoanalista de pro, me dio un buen impulso hace unos días:

—Tienes el deber moral de escribirlo.

Agapito Ramos, que es un abogado canalla al que frecuento, puso también su grano de arena:

—Lo tuyo es la notoriedad, así que adelante.

En todo caso, es una decisión difícil porque, es cierto, tengo que hablar demasiado de mí mismo y, además, de una faceta tan íntima como mi muerte.

El dilema ya lo he roto, publicando en *El País* del domingo 18 de enero un largo reportaje titulado «Sobrevivir al ictus», que tuvo una notable repercusión.

A lo largo de este tiempo de enfermedad he leído algunos textos sobre el ictus o directamente sobre la muerte que me han sido muy útiles para seguir viviendo y para relacionarme con los demás y conmigo en esta circunstancia.

El primer libro que leí es el de Luis Puicercús, *Ictus, la experiencia que cambió mi vida*. Luis está en alguno de los círculos que frecuenta mi hijo en torno a la experiencia carcelaria del franquismo. Se enteró de lo mío y me envió un ejemplar con una cariñosa dedicatoria. El texto es muy útil, y lo digo por experiencia, para sobrellevar esta más que incómoda enfermedad.

He seguido buscando. Y desde luego hay que recomendar el de una neuróloga americana, Jill B. Taylor, *Un ataque de lucidez*, que no solo tiene un espléndido título, sino que da pistas muy claras para quien tenga la desgracia de sufrir este tipo de ataque. Desde luego, es notable ya el que una neuróloga sufra esto, porque hará que los demás pacientes seamos mejor comprendidos por quienes nos tienen que curar, o aliviar al menos.

Y hay que leer el libro escrito por Fernando Aramburu que se llama *Somos Patxi*, encargado y supongo que financiado por la Universidad de Navarra. Aramburu es uno de los pocos escritores vascos que han hablado con claridad sobre ETA y su mundo. A mí me gusta cómo escribe.

Ya hablaré sobre la muerte, que es un asunto con su propia enjundia.

Pero como estoy con Chema voy a dejar de hablar de la muerte y me voy a pensar incentivos para que le resulte apetecible la idea de que nos escapemos.

Un 9 de septiembre

Todo empieza el 9 de septiembre de 2014, en mi casa de la plaza de San Ildefonso, un edificio situado en medio del barrio de Malasaña, uno de los más castizos de Madrid. Sobre la una y media de la tarde bajé a llevarle a Julián, el dueño del restaurante El Cocinillas, de la calle San Joaquín, un kilo y medio de tomates de Bustarviejo.

Julián, Carmelo, que tiene una huerta en el pueblo, y yo habíamos tenido una apasionante conversación sobre tomates unos días antes. Y habíamos concluido que, si maduran en la mata en lugar de en la cámara del mayorista, los tomates están casi obligados a ser buenos. Muy original todo. Y yo quedé en llevarle unos kilos a Julián para que los probara en su restaurante. De paso, no lo oculto, tenía la miserable intención de echarme al coleto alguna copa de vino por la cara. Bueno, mejor dicho, por los tomates.

Andando por la Corredera Alta en dirección a la calle San Joaquín, mis pies comenzaron a desobedecerme. Los dos giraban hacia la derecha cuando yo quería ir a la izquierda. Enseguida, un leve mareo que precedió a uno más severo, me obligó a tomar asiento sobre unas vigas apoyadas en el suelo de la plaza y ocupadas en gran parte por un selecto grupo de indigentes y yonquis que tomaban sus latas de cerveza de medio litro al benigno sol de septiembre.

Con el reposo en las vigas, mi situación no mejoró nada. Comencé a ver doble y pedí ayuda a algún viandante para sentarme en la terraza de uno de los bares que ocupan la plaza. Nadie me hacía caso hasta que uno de los indigentes quiso hablar en mi favor y se dirigió a un paisano que apuraba un cigarrillo:

—¡Ayúdele, hombre, que no es de los nuestros!

El aludido se acercó a mí y accedió a llevarme hasta una de las mesas, atendida por un camarero que ya me conocía de más veces. Me senté y el camarero, efectivamente, me trajo una Coca-Cola para apaciguar mi sed.

Saqué el teléfono móvil y dudé en a quién llamar. Si a mi mujer o mi hijo. Ella estaba trabajando y a una media hora de camino. Mario estaba haciendo unos papeleos en la universidad. Opté por el hijo por si acaso los desagradables síntomas desaparecían, y así causaba menos perjuicio a mi entorno.

Pero todo iba a peor, el mareo se agudizaba, y lo que era intolerable: no sabía qué hacer con los tomates. Así que llamé a Julián y le dije que se acercara a recogerlos, lo hizo con presteza alarmado por mi situación de la que le hice un resumen.

Le di a Julián los tomates, rechacé su amable ofrecimiento de buscarme un taxi y llamé a Mario convencido ya de lo peor.

—Mario, ven a buscarme. Creo que tengo un ictus.

No hay que darle más explicaciones. En teoría, está a unos cuarenta minutos de casa pero tarda poco más de veinte. Cuando llega pago al camarero los dos cincuenta de la Coca-Cola, que nunca diré a su jefe que se atrevió a cobrarme, y voy a casa apoyado en el cuerpo de mi hijo. Allí, con el directorio de la Asociación de la Prensa en la mano, llamamos a una ambulancia para que nos lleve a donde corresponda. Inmediatamente llamé también a mi mujer para decirle lo que sucedía. Ella dejó su trabajo y salió corriendo a nuestro encuentro. Llegó a casa pocos minutos después que los médicos del Samur, cuando empezaban a hacerme las pruebas oportunas antes de trasladarme al hospital.

Los sanitarios que me recogieron decidieron que mi destino lógico era el hospital Clínico San Carlos, que tiene una unidad de ictus de referencia.

El viaje en la ambulancia fue como son estas cosas. El que va tumbado en la camilla piensa que se va a morir muy pronto y ve los últimos pisos de las casas que ocupan los costados de la calle por la que va el vehículo, y no logra reconocer casi ninguno de ellos. Yo me hice la promesa de mirar con más atención los últimos pisos de mis itinerarios habituales. Porque es muy gratificante saber dónde se encuentra uno cuando la está palmando.

Doctor López

Al llegar a la puerta de urgencias del Clínico, un vendaval de eficiencia sanitaria se desató en torno a mí. Mario y Mercedes llegaron en taxi casi al tiempo y vieron cómo me bajaban de la ambulancia y me metían en una camilla hacia el interior del hospital. Yo me sentí ya absolutamente desprovisto de toda capacidad de decisión sobre mí y sobre mi cuerpo. Me empezaron a quitar ropas, a practicarme vías para inyectar fármacos y sacar sangre a cambio.

El doctor López Ibor recibió a mi familia para que firmara la autorización para su intervención como radiólogo. López Ibor llevaba una camisa que le quedaba pequeña y dejaba asomar fracciones de su tripa bien poblada de pelo canoso. Les informó de que iba a intentar abrir una vía para la sangre que había dejado de fluir a mi cerebro, y de que él era el más capacitado para hacerlo. Quedó claro que lo era porque insistió mucho en ello.

Yo no sé muy bien adónde me llevaron, pero sí recuerdo una voz que retumbaba dando instrucciones. Yo estaba de espaldas al emisor de la voz, a buen seguro tumbado en una camilla. Él dio unas voces y algo pasó haciendo presión sobre mi columna vertebral en un brusco movimiento de abajo a arriba.

La voz soltó una imprecación que creo que iba dirigida contra algunos de los muchos santos que no son de mi devoción.

—¡No me ha salido, me cago en…! —La voz se dirigió ahora hacia alguien en concreto cuya identidad desconozco—: Me ha salido mal, no sé si queda algo por hacer.

Yo pensé que el hombre aquel era un poco maleducado, porque no sabía si yo era o no creyente, y desde luego muy poco empático con los enfermos, porque me estaba desahuciando en mis narices. De allí me pasaron a otro lugar inidentificado de la caverna en la que me habían metido. Me conectaron alguno de los tubos y creo que me desmayé. Supongo que de manera controlada.

Para describir de la mejor manera posible cómo me encontraba he buscado por el mundo y la naturaleza hasta que he hallado lo más próximo a mi sensación, y no es otra la imagen que la de una lagartija clavada a una superficie blanca con un alfiler.

Me desclavaron temporalmente del alfiler y me llevaron a una sala donde me estaban esperando Mercedes y Mario. A los dos les habían dicho que mi estado era grave, porque mostraban una gran alegría al verme vivo y despierto. Les dije que tuvieran en cuenta mis deseos de no ser mantenido con vida a toda costa. Los dos estuvieron de acuerdo, por suerte. No discutieron. Pero había un problema, y es que nunca he entregado la documentación firmada en el registro de últimas voluntades que

tiene la Comunidad de Madrid en la calle de Sagasta. Mario y Mercedes hablarían con los médicos amigos para que fuera suficiente el testimonio que dejé escrito contando la muerte de mi madre, que me valió el Premio Ortega y Gasset de periodismo de 2009.

Hermanos

Enseguida dejan pasar a algunos de mis hermanos, que merecen un capítulo aparte por su presencia en el hospital. Javier es el mayor y nos ha dado a todos algún susto relacionado con la supervivencia en el río Congo o en el Amazonas. Javier hace valer su condición de primogénito para pasar el primero. Es un genio del «no pasa nada» para tranquilizar a otros. Les dice a los demás que me ve bien.

Jose, que es el segundo, está llamado por el Señor para revolucionar el mundo. Supongo que para matar sus nervios vuelve locos a todos los que tiene alrededor. Todavía no ha montado un mercado de ajos nuevos. Pero está a punto.

Cristina ejerce de mayor de las chicas. Me cubre de besos como los otros dos que la han precedido y eso me da una pista más sobre la gravedad de mi estado.

Isabel está en Málaga, camino de Madrid. Avisa de que no tardará mucho.

Aparece en la primera oleada mi cuñada Elisa, a la que asciendo a la categoría de hermana por ese servicio y otros más que presta en los días que siguen. Manolín es otro Fonseca que, como su nombre indica, es el mayor de la familia y muy asturiano de vocación. Viene también en esta remesa. Las familias numerosas, y la de mi mujer y la mía lo son, tienen la virtud de poder aparecer, si quieren, en oleadas.

Dos conclusiones importantes: la primera, que tengo a mucha gente alrededor que me quiere mucho. La segunda, que debo de estar muriéndome. Si no, ¿a qué tanto escándalo?

Un atardecer rojo despide el día en la sierra de Guadarrama, que se domina desde la sala donde voy a pasar la noche.

Los acontecimientos

Vuelve el sueño, profundo, pero lleno de acontecimientos.

Estamos en Barcelona, en pleno éxtasis de la independencia pretendida por Artur Mas. Yo, como es natural, estoy en la ciudad, en una UVI donde reside el cuartel general de la secesión. Nadie me ha explicado por qué, pero yo observo con naturalidad el que mi UVI sea el centro de la sedición. Con Mas no llego a hablar, pero sí lo hago con uno de sus lugartenientes, que va disfrazado de auxiliar de enfermería. Yo le conozco de algunos afanes periodísticos, pero él hace como que no me ha visto nunca. La noche transcurre entre febriles preparativos para la secesión, y mis inútiles esfuerzos para comunicarme con Mercedes y mi hermano Javier para que den cuenta a las autoridades de lo que se está preparando, que es una insurrección como la de 1916 en Irlanda. No sé por qué, pero yo soy una pieza importante en manos de los independentistas.

A nadie le confieso, por si acaso influye algo en los sucesos que me rodean, que padezco una neumonía aguda. No sea que alguien quiera atribuir mi comportamiento a alguna causa externa. Y porque todavía no lo sé. Todo hay que decirlo.

La noche se me hace eterna, con tanto suceso.

Al margen del discurrir de la historia tan llena siempre de violencia y sangre, mi familia tendrá que escuchar de labios de eminentes doctores (los médicos de más de cuarenta años siempre son eminentes) que estoy en una situación crítica, que he aspirado fluidos al pulmón, que me tienen que entubar y que me van a tener que hacer una traqueotomía. El que informa es el doctor Romero, jefe de la UCI de vascular, a la que me han llevado a primera hora de la mañana al complicarse mi estado. Al parecer, nada que tenga que ver con el estatus de Cataluña en España influye en la decisión. Cuando mi familia pasa a verme, estoy otra vez dormido, clavado con el alfiler.

Ya es por la tarde cuando el doctor López Ibor vuelve a intentar la maniobra fallida, también con nulo resultado.

Esta vez está menos arrogante cuando informa a Mercedes y Mario:

—No ha sido posible. Soy el mejor, pero no ha sido posible.

Yo de todo esto no me entero en absoluto. Sigo con algunas aventuras que, no sé por qué, le resultarán difíciles de creer a mi gente más próxima cuando les dé cuenta de ello.

Y es que, esta noche, la paso en Nicosia en un cuartel de los servicios secretos israelíes.

Hay alguna noticia nueva, como la degollina de periodistas americanos en Oriente Próximo. A mí me parece que el que me hayan rebanado el cuello con una traqueotomía

en esos mismos días no es una casualidad, no puede serlo. Eso sí, cuando no funciona del todo para sus fines, sean estos los que sean, mis médicos lo que hacen es sustituir una cánula de plástico por otra de plata. Alguna ATS tiene el detalle de explicármelo, seguramente para que me dé cuenta de que la sanidad pública no repara en gastos.

No sé cuál es mi misión en este lío descomunal, sí sé que estoy atado a una litera de tres pisos, y ocupo el último. Al parecer, fuera de mi sueño, los tres pisos se reducen a uno.

Con mucha habilidad, ya que tengo el brazo y la pierna derechos inutilizados (en eso coinciden la realidad y el delirio), logro descolgarme hasta el suelo para escaparme del aeropuerto. Cuando estoy en el suelo me caigo y el sonido de mi cabeza al chocar con el piso despierta a un soldado, que da la alarma.

Cómo lo hacen los israelíes es algo asombroso. Porque estoy de nuevo en Barcelona y nadie me explica nada. Solo que me han encontrado cerca de la salida de la UVI. Me echan una bronca y ya está.

El lío en que se ha convertido mi existencia en estos días sigue y se complica, pero al tiempo se vuelve más ordenado. Todas las mañanas Mercedes y Mario pasan a verme, casi siempre acompañados de algún hermano. Cristina suele ser la más madrugadora. Vienen con el periódico, y me leen las noticias más destacadas, porque, aunque también traen mis gafas, mi visión ha quedado muy tocada por la sequía temporal de sangre en mi cerebro.

Luego viene el estupendo desfile de hermanos, que me tratan como si no se dieran cuenta de que soy una lagartija clavada con un alfiler en una superficie blanca. Yo también finjo para ellos que no sé que me estoy muriendo. Es un buen acuerdo.

Dar el paseo

De cuando en cuando aparece un cortejo encabezado por un neurólogo. ¿Cómo se distingue a un neurólogo? Muy fácil: se detiene delante del enfermo y va chocando sus dedos del centro a los costados pidiéndole que siga con la mirada el movimiento. Cuando detecta una anomalía, se vuelve hacia la gente que le acompaña (médicos internos o residentes) y se lo hace notar:

—Lo veis, aquí ya hay una falla. Eso quiere decir que ve doble, o sea que ya no hay coordinación.

Yo no hago nada por desmentir al neurólogo, sino todo lo contrario. Los neurólogos se han convertido en mis posibles salvadores. Por tanto, les ayudo y les respeto mucho. La única licencia que me permito un día es imitar con un chasquido de mis dedos al de turno, y le pido que me siga con la mirada. Pero es gente en general bienhumorada.

También en estos días locos de sobremedicación y drogas sin freno pasan por delante de mi cama numerosos rehabilitadores y fisioterapeutas que me convencen de que hay que comenzar ya la rehabilitación para que pueda algún día mejorar de verdad. Hay un tipo que va siempre con dos residentes muy jóvenes que parece James Bond. Yo le llamo así y él no parece molestarse. Mi preferida es una joven fisioterapeuta que es andaluza, que tiene el sorprendente nombre de Pasio. Me enseña algunos trucos de respiración que sobre todo aprovecha mi mujer para no dejarme en paz cuando me dejo llevar por la molicie. A Pasio la llamo «patito». Es un encanto, mezcla de ternura y sabiduría.

Una de las tareas de celadores y auxiliares consiste en que los enfermos no se dejen vencer por la situación. No te dejan permanecer postrado en la cama más del tiempo imprescindible. Hay que levantarse aunque eso signifique solamente estar sentado en una incomodísima silla y hacer distintos ejercicios.

Yo, como me imagino que casi todos los que están en mi situación, me quejo de muchos dolores, sobre todo cuando me sientan en una silla tremendamente incómoda. Me quejo mucho, es verdad. Y un día, un celador me echa un discurso terrible.

—Yo no soy nada clemente con los enfermos. Si no obedecen, los castigo haciéndoles realizar el doble de trabajo o lo que yo quiera.

No sé de dónde saco las energías para decirle que no tiene ningún derecho a amenazar a ningún ciudadano, y menos aún si está enfermo.

El encontronazo tiene sus consecuencias. Unos días después un médico se dirige a mí y me dice algo que me relaciona con la conflictividad gratuita. A ello se suma mi

aventura con los israelíes. Le explico lo sucedido y creo que algo le convenzo, porque el celador no me vuelve a molestar.

Tengo otro incidente con un celador de origen chileno. Las conmemoraciones de esos días no se reducen a las fechas catalanas. También fue un 11 de septiembre cuando el asesino Augusto Pinochet encabezó un golpe de Estado contra Salvador Allende y su gobierno democrático. Yo de eso me acuerdo, aunque esté tocado por tanta droga. El celador me lleva a los sótanos del hospital para hacerme algunas radiografías. Todo son pasillos desiertos. En un ascensor enorme bajamos solos, y me hace un comentario:

—En Chile hacíamos también paseos como este hace años. Y les llamábamos así, los paseos.

—En España también se les llamaba así en 1936 —le respondo, cargado de razón histórica.

Yo creo que el tío no se entera de nada de lo que le digo.

No puede uno estar a todas. Si se atiende demasiado lo doméstico, la política internacional queda relegada. Y en mi caso sucedió así. Casi no había prestado atención a los impulsos secesionistas catalanes. Volví a asumir mis responsabilidades en la UVI, y vi cómo mis viejos conocidos independentistas y otros conspicuos representantes de esa ideología preparaban las maletas para abandonar la UVI.

Yo pensé que mi deber estaba en informar puntualmente de lo que allí sucedía a Mercedes y mi hermano Javier, para que a su vez hicieran llegar la información a mi primo Manuel Reverte, que pensaba yo que estaba al frente de una unidad de intervención inmediata. Allí en la UVI empezaron a aparecer las armas, y se construyeron algunas barricadas. Los sediciosos tenían un plan de evacuación muy minucioso, que desarrollaron un día sin que nadie hiciera nada por evitar su marcha. Cuando se lo comenté a Javier me dijo que sí, pero que era para evitar un tiroteo en el hospital y en la carretera de La Coruña. Ya les detendrían más tarde.

La seguridad nacional pudo esta vez sobre mi tranquilidad espiritual.

Intrusos en la UVI

En una de las UVI del hospital Clínico vive establemente una inmigrante ilegal de origen argentino llamada Silvia, como casi todas las porteñas.

Silvia vive allí y no sale para ir a ninguna parte. Al parecer, tiene estudios de enfermería sin determinar, es decir, no sabemos qué clase de estudios son.

Debe de tener unos sesenta años, y lleva una melenita corta bien lavada.

La primera vez que me la topé estaba yo dormido, y me despertó un ruido. Me volví para ver su origen y me encontré cara a cara con Silvia. Me puso la suya muy cerca de la mía, y quise gritar para llamar la atención de alguien. Pero no me salía ningún sonido por la garganta. Silvia hizo unos gestos para tranquilizarme, lo que no consiguió, porque yo no sabía qué hacía allí esa mujer. Enseguida se cansó de esperar mi complicidad, y se puso a rellenar el frasco del que salía la comida de la que yo me alimentaba por la vía nasogástrica.

Me alarmé con sus trajines, e hice un intento vano de comunicarme con ella para que dejara en paz mis vías. Ella siguió como si tal cosa. No solo eso, sino que se acercó a otra cama para robarle su comida a otra víctima de sus manejos y ponerme más cantidad en mi depósito.

Comencé a dar golpes a todo lo que tenía cerca de mí, porque hablar con ella era imposible. Por fin Silvia hizo mutis y apareció una enfermera con algún aire de cabreo. Mal que bien le expliqué lo que pasaba y dijo algo así como:

—¡Ah, Silvia! No te preocupes, no tiene importancia. Es inofensiva.

La enfermera se marchó, pero yo no me quedé nada tranquilo. Y tenía razón, porque Silvia volvió al poco, sin hablar, mirándome fijamente, mezclando frascos y frascos y más frascos no solo para mí sino para todos los compañeros de los alrededores. Me costó mucho trabajo y mucho tiempo conseguir que la jefe de guardia de la UVI esa noche quisiera hablar conmigo.

—¿Qué te pasa, Jorge?

—Que me quieren envenenar, o algo así.

Eso se lo dije de una manera muy compleja, naturalmente, empleando el lenguaje de signos convencional y no convencional. Cuando acabé, la doctora me habló con mucha seriedad:

—Por muy raro que te parezca, Silvia nos ayuda mucho. Está aquí siempre y siempre dispuesta a hacer lo que sea. No te preocupes, porque sabe mucho más que muchos de nosotros. Y no es mala.

No pude llegar más lejos en mis indagaciones. Seguí viendo a Silvia el tiempo que me quedaba en aquella UVI. Y seguí espantándola cuando podía, y ella siguió siendo la reina de las mezclas de comida allí.

Cuando me fui de nuevo a la habitación supe que no solo yo, sino todos los que agonizábamos en la UVI éramos unos intrusos.

Silvia era la única legítima dueña y señora de aquella UVI. Los demás, muertos o vivos, estábamos de paso.

Imagino que allí seguirá.

Otra neumonía

Entretanto, mi recuperación de la neumonía hizo que los médicos se plantearan que dejara la UVI para ocupar una habitación compartida en la sexta planta. Me habían hecho una traqueotomía para «asegurar la respiración», que aún no estaba cerrada. Pero creían que pasar más tiempo con mi familia y amigos me ayudaría a mejorar. Razón había para ello. Recuerdo aún con risas a mi hermana Isabel dándome *bocaos* por todo el cuerpo, y los primeros amigos, como Carmelo o Cristina o Mercedes y Carlos. Sí que animaba.

En la habitación me esperaba Antonio. Y por allí no dejaban de pasar los fisioterapeutas y celadores que me hacían la vida imposible.

Un día se produjo la peor de las noticias: la fiebre volvió a subir, y los antibióticos no causaban efecto en mí.

Llegó una nueva neumonía. Otra vez el infierno, la desesperación de mis familiares. Y, de nuevo, la dejadez que precedía al deseo de la muerte, en mi caso. Porque, al igual que me había sucedido con el primer envite de la neumonía, no sabía a qué carta quedarme. La muerte pintaba como una salida tan razonable como la vida. Desde luego, allí metido entre las sábanas no había nada que fuera determinante para que yo me apuntara a una de las dos opciones. Solo cuando sacaba la cabeza y veía las miradas de los que me querían experimentaba el deseo de seguir a este lado de la raya. Como ya hablaré, no recibí ninguna luz deslumbrante que me ayudara a tomar decisiones. Quizá deba agradecerlo, aunque me haya perdido un espectáculo único.

Los médicos lograron sacarme adelante de nuevo, con la ayuda de unos antibióticos personalizados que debían costarles un riñón a los cotizantes.

No hubo muchas más novedades en el frente político catalán ni en la desestabilización de Nicosia. Los médicos ganaron la partida encabezados por el doctor Gómez Escalonilla.

No faltó algún susto absurdo. La sonda nasogástrica por la que me alimentaba provocó una herida por la que expulsé alguna cantidad de sangre. A las alarmas por problemas reales se sumó esta, que un otorrino descubrió usando una camarita de tamaño inverosímil. Por suerte, la sangre no venía del pulmón sino de la nariz.

En todo caso, aquellos días sirvieron para que mi familia recibiera de nuevo las peores noticias, y que yo las sintiera en mis carnes. (¡Qué suerte poder escribir «mis carnes», como si fuera la letra de un bolero!).

Romper la puerta

Los delirios de la segunda neumonía no eran solo sobre la alta política de la Generalitat o del Estado de Israel. Algunos quedaban más cerca, por ejemplo, a sesenta kilómetros de Madrid. Y es que, frente a las absurdas evidencias de la realidad y la incomprensible insistencia de Mercedes, Mario y otros próximos, la UVI la habían trasladado conmigo dentro al lado de mi casa de Bustarviejo. Yo ignoraba para qué habían hecho semejante cosa. Pero comencé a elaborar nuevos planes de evasión. Y ahí entra Carmelo.

Desde el principio, Carmelo estuvo haciendo guardia en la puerta del hospital. Es alguien que conozco desde hace muchos años, y lleva salud laboral en Comisiones Obreras. A él y a su mujer, Monse, les solemos poner como ejemplo de sindicalistas honrados y comprometidos Mercedes y yo. Con Carmelo y otros cuantos militantes de CCOO comía yo de cuando en cuando algún que otro cocido. Y Carmelo además es de Bustarviejo.

Yo pensé que la forma más sencilla de escaparme de la UVI prisión en la que me encontraba era decirle a Carmelo que se cogiera a tres militantes robustos, embistiera con el coche la puerta de la UVI, redujera a guantazos a los celadores que ofrecieran resistencia, me cargara a la espalda y me llevara a la libertad.

En mis planes interfirieron algunas cosas que no eran predecibles. Por ejemplo, Mercedes y Mario y mi hermana Cristina no llevaron al armario ropero la muda que yo les había dicho que colgaran. Eso les valió una bronca más que justificada.

Pero lo peor de todo fue el propio Carmelo. Cuando yo esperaba que la puerta de acceso a las instalaciones saltara hecha pedazos por el empuje de su 4x4, no pasó nada.

Las traiciones a mis planes se multiplicaban. No había forma de escaparme de la compañía de Antonio, al que yo no veía, pero imaginaba metido en una jaula con cemento. No sé por qué.

Después de todo ese fracaso, tampoco sé por qué, Carmelo se extrañó de que le recibiera un tanto huraño la siguiente vez que nos vimos. O esa impresión tuve yo.

De los delirios y la realidad, he tenido posteriormente alguna noticia más que me ha permitido no dudar en exceso de mi salud mental.

Asís de Blas, que fue alto cargo del Ministerio de Educación con José María Maravall, tuvo un episodio que le llevó a la UVI durante unos días. Asís tuvo que pelearse a tiro limpio con José Antonio Girón y un montón de fascistas de camisa azul en el Alto del León, que comunica Madrid con Segovia. Esta vez los fascistas recibieron su merecido, gracias a Asís y otros.

Y por las tardes, delirios o no, siempre un fisioterapeuta se empeñaba en que hiciera los ejercicios que yo todavía no sabía que podían servir para nada. El caso era levantarme de la cama y sentarme a una silla que me procuraba unos dolores insufribles.

La reina de África

Javier, mi hermano mayor, se sienta a mi lado en uno de los momentos en que se permiten las visitas. Para animarme, me recuerda el viaje que hicimos juntos muy pocos años atrás por Tanzania, junto con Manolo Herrero, Eduardo Martínez, Eduardo Riestra y Manel Vaqué. Aquel viaje salió bien, como no suelen salir los viajes con tanta gente. Nunca nos peleamos. Vimos todo tipo de fauna, que huía de nosotros porque íbamos por lugares prohibidos, y los bichos no estaban acostumbrados a ver seres humanos, ni siquiera aunque fueran catalanes o vascos. Ellos no hacían distingos.

Durante el viaje subimos a un barco llamado *Liemba*, el único que recorría el lago Tanganika de cabo a rabo, unos setecientos cuarenta kilómetros. No voy a contar ahora todo lo que nos sucedió allí, porque ya lo hizo Javier en *Colinas que arden, lagos de fuego* (Random House-Mondadori).

Pero sí que quiero señalar que su evocación me condujo, en plena UVI, a recordar a los cientos de miserables seres humanos que se agolparon en el barco al mismo tiempo que nosotros, pero sin comida, sin bebida, sin cámara de fotos, y sin ganas de contar a nadie la aventura que íbamos a vivir.

Nosotros viajábamos en la segunda cubierta, en camarotes individuales, y cenábamos todos los días en el restaurante del barco, donde solo había pollo, pero había pollo. Miento al decir que cenábamos todos los días, porque el primer día nos dimos cuenta de que los demás pasajeros no comían nada, y socializamos lo que teníamos. Perdimos algunos gramos.

Lo peor fue cuando bajamos a las bodegas. Allí se hacinaban cientos de personas en medio de un olor imposible a pescado seco y a humanidad. No faltaban las enfermedades. Manolo Herrero, que es médico, se tuvo que emplear con lo que allí le enseñaban, incluida una bebé de pocos meses asaltada por la fiebre. En pocos minutos me dio su diagnóstico con un movimiento leve de cabeza. Al cabo de unas horas la niña había fallecido.

Cuando llegamos a nuestro destino y pudimos ducharnos en una habitación relativamente limpia, alguien que no recuerdo quién fue dijo que habíamos viajado en el barco de la muerte.

A mí aquello me pareció un poco exagerado, pero solo un poco. Lo cierto es que el *Liemba*, que aparecía en una película de John Ford como un barco de guerra alemán, persiguiendo a Humphrey Bogart y Katherine Hepburn por el lago Tanganika, era un siniestro carguero, pero la única esperanza de aquellos cientos de refugiados que anhelaban ser recibidos en Tanzania.

Yo estaba en una UVI de lujo recordando con Javier aquellos días repletos de emociones. Todo habría estado bien si no fuera por el recuerdo de la niña muerta.

Sus padres la lloraban como si fuera blanca.

Ecos de Asturias

Desconozco las razones por las que han planificado el AVE y las UVI para el tratamiento del ictus de modo que algunas estaciones del primero coincidan con grandes salas dotadas de todos los avances médicos para la supervivencia de enfermos cerebrales.

De esta circunstancia he comprobado que no hay noticia entre la población civil, pero yo no estoy comprometido con nada ni con nadie a no contarlo. Y puedo asegurar terminantemente, porque he estado allí, que en Asturias hay una estación del AVE y una UVI para ictus.

Por eso fue más fácil que pudiera hablar con Nacho Quintana. Él fue quien me conectó a mí. Fue una llamada de solidaridad pura. Nacho tuvo un ictus algunos años antes que yo. De algunos de sus efectos tardó mucho en recuperarse. Por ejemplo, dejó de hablar completamente, lo que no volvió a hacer hasta dos años después. Nacho es uno de esos ejemplos que demuestran que esa cualidad repugnante de la paciencia y esa otra de la disciplina dan buenos resultados cuando se unen por una causa justa. Llamó para decirme que hiciera todo el esfuerzo y que aguantara. Yo recordé que invité a Nacho en una ocasión a presentar un libro mío sobre la huelga de 1962 en Asturias, *La furia y el silencio* (Espasa), de la que fue uno de los protagonistas. Nacho las pasó mal para hacer los dos folios que leyó, pero al final estaba justificadamente orgulloso de lo que allí decía. Fue una estupenda presentación, en la que le acompañó Mercedes Cabrera, que también lo bordó.

Nacho es asturiano, y seguramente por eso me encontró en la UVI clandestina de Oviedo, como lo hicieron también Aida, Paco, Piti y Lourdes, otros protagonistas de la *huelgona* aquella. Lo del ictus parece pensado para asturianos, que son seres hechos para soportarlo todo, incluso las recomendaciones de paciencia.

Otro caso importante de solidaridad informativa es el de José Ramón Alonso, que es también asturiano de origen, y que también fue atacado por un ictus hace algunos años. ¡Caray, cuánta gente ha sido asaltada por este hijoputa!

José Ramón tuvo la suerte de que no le dio tiempo a poner en marcha su coche. Se quedó recostado sobre la puerta del copiloto, esperando que alguien tuviera unos segundos para escuchar su historia y le llevara a un hospital.

José Ramón tardó varios meses en recuperarse, y me insiste en lo de siempre:

—Haz los ejercicios que te manden. Ten paciencia.

Va a ser verdad lo de la paciencia.

Estoy dispuesto a discutir con quien sea sobre la utilidad de la paciencia y la veracidad o no de la existencia de una UVI en la estación del AVE de Oviedo. Es más,

antes sería capaz de reconocer que Oviedo no tiene AVE que lo otro, lo de la UVI.

Virgen de la Soledad

Hay una intervención, quizás tan decisiva como la de los israelíes, de la que no tendré noticia hasta dentro de unas semanas. Pero vaya usted a saber si ha influido en mi destino.

Por partes: mi queridísima Cristina Solares pertenece, por herencia materna, a la hermandad de la Virgen de la Soledad, que es la más principal de Bustarviejo. Otra parte: mi queridísima Pilar Barinaga se ha ido a vivir a Bustarviejo.

Las dos partes coinciden en un acto religioso que preside la antedicha Virgen, con motivo de las fiestas del pueblo, que se celebran pese a que yo estoy enfermo en esos días.

Yo no sé de ninguna inclinación religiosa de mis dos queridísimas partes, pero el caso es que allí se ven. Y el caso es que cuando se miran se echan a llorar pensando en mí.

Así que han metido a la Virgen de la Soledad en mi vida. ¿Tendré que llamarla mi queridísima Virgen a partir de ahora?

En el hospital no hay, por fortuna, ninguna presencia religiosa. No se ven curas administrando bendiciones ni, sobre todo, diciendo a quién se le puede administrar cuidados paliativos y a quién no.

Por si acaso, no les diré nada a mis cuidadoras espirituales. Seguro que al ver que todavía no he caído víctima de ningún hechizo, las dos preferirán que no me entere. Pero, qué le voy a hacer, me he enterado. Y me pienso reír de ambas todo lo que pueda.

De la Virgen no.

A quien tengo que contárselo es al doctor Luis Montes, al que la derechona madrileña presidida por Esperanza Aguirre quiso, por la mano de Lamela, declarar asesino público número uno, porque aplicó cuidados paliativos en su hospital de Leganés a gente que estaba en estado terminal y solo podía esperar, como muestra de caridad y solidaridad, la aplicación de esos cuidados.

No sé si Luis Montes está enterado de mi circunstancia. En todo caso, es un tipo al que yo querría tener cerca en caso de situación extrema. Porque yo lo tengo claro, y él no duda.

No duda cuando se trata de tomar cierto tipo de decisiones. Las que pueden convertir el final de una vida en una derrota o una victoria.

Y, por si la Virgen alberga alguna esperanza en relación conmigo, le envío un mensaje contundente: todos los años seguiré comprando la lotería de Navidad en el bar

de Luci, pero nuestra relación, la de ella como Virgen conmigo como ciudadano normal, se queda en eso.

Lenguaje de signos

El que nos hayan degollado a los americanos y a mí obliga a buscar algún sistema de comunicación con el exterior. Desde el ataque, mi garganta no valía para mucho, pero la degollina me ha convertido en un ser incapaz de emitir sonidos comprensibles. Soy como una rana. Puedo hacer ruidos raros, pero no consigo que ninguna princesa se quiera enredar conmigo.

Con Mercedes y mis hermanas consigo pronto entenderme a través del alfabeto de las manos que usaba en el colegio cuando era un crío. Este alfabeto ha caído ya en desuso, de modo que los jóvenes —entre los cuales están casi todos los enfermeros y mi propio hijo— no saben captar nada de lo que se dice con él.

Alguna enfermera se muestra interesada por el sistema, y pregunta por él. Mi hermana Isabel y mi sobrino Nacho consiguen, no sé bien de dónde la sacan, una copia de la que hacen a su vez varios ejemplares, para distribuirlos entre el personal de la UVI. Por supuesto, hay que dárselo también a los pacientes, pero a eso no me atrevo, porque no están en muy buenas condiciones para sostener una charla mediante ningún alfabeto.

A ratos, más adelante, me ponen un tapón para que pueda obstruir la salida de aire de la tráquea mutilada y con eso consigo hablar algo. Me sale una voz como la de Cristóbal Montoro, el ministro de Hacienda. No es la voz que yo habría escogido en una tienda de voces, pero es la que hay, y las bromas con ella dan mucho juego.

A veces pasa una comitiva de sanitarios a la que yo quiero llamar la atención por alguna necesidad. Está claro que cuando los sanitarios desfilan por delante de la cama de una UVI intentan que no se cruce su mirada con la de nadie, para no tener que atender llamadas inoportunas. En ese momento, los sanitarios se parecen a los camareros más experimentados de los que sirven cañas en La Dolores. Su mirada te atraviesa como si fueras de cristal.

Yo hacía lo único que me permitía la naturaleza en esos momentos, que era chascar los dedos para llamar su atención. Hasta que en una ocasión una enfermera me corrigió y me explicó que lo que hacía era de mala educación, como despectivo. Yo le expliqué más mal que bien que no tenía otro sistema. Pero no se apeó de la burra. Así que usé mucho menos el procedimiento y me comuniqué mucho menos todavía. Eso lo notaba cuando no estaba mi familia.

Lo cierto es que casi siempre que llamaba a alguien era para pedir un imposible: agua helada. Y yo no podía beber líquidos, porque, entre otras maravillas, el ictus me había regalado una disfagia, o sea, una alteración en la tráquea según la cual yo no podía distinguir de forma natural los alimentos, los líquidos, y el aire, y eso provocaba que una

cantidad indeterminada e indeterminable de sólidos y líquidos se metieran en mis pulmones provocando las infecciones que llamamos neumonías. De paso, tampoco queda uno capacitado para hablar. Una canallada bien pensada. Si la naturaleza tuviera voluntad es como para acordarse de su madre. Y si Dios existiera, para mandarle al infierno.

En alguna ocasión, hablando con algún neurólogo, me atreví a contar mi auténtico deseo, que era un *gin-tonic* de tamaño descomunal con el que solía soñar.

Una de las veces en que mi caso reunió a más de un neurólogo a la vez pedí opinión autorizada sobre el consumo de *gin-tonic*. Hubo algún gesto de perplejidad, pero uno de ellos más mundano que el resto me hizo un gesto de complicidad y emitió su juicio:

—La verdad es que, al margen del carácter líquido del *gin-tonic,* no hay ninguna contraindicación para su consumo.

En otro momento hablaré de ello, pero es muy importante para los enfermos de ictus saber eso, que el alcohol puede haber contribuido a lo que les pasa (no lo sé) pero que no hace daño a quien convalece de un ataque cerebral. Hará daño al hígado, pero no a lo demás.

Y aquí viene un gran descubrimiento que me atribuyo posiblemente de manera injusta: el tomate tiene una textura que facilita su ingestión por quienes padecen disfagia. O sea, que no hay que poner espesante para que se pueda tomar. Bien, pues cójase a un enfermo, póngasele sentado al sol en una terraza en fin de semana, pídase un tomate en zumo y un poco de sal. Cuando esté todo preparado, añádase una porción adecuada de vodka, y habremos conseguido hacer feliz a una persona que quizá descubre el Bloody Mary. Mercedes, que es muy mundana, ya lo había trabajado algo en alguna ocasión. Para mí es una novedad, porque pasé una parte de mi infancia en Navalcarnero. Y Navalcarnero, por mucho que Arturo Barea lo cite en *La forja de un rebelde*, y por mucho que su iglesia tenga un altar de plata, no ha alcanzado un grado de sofisticación alcohólica muy alto. Bueno, en lo no alcohólico tampoco.

El tomate con vodka no es una de mis bebidas favoritas, pero ha cumplido una función muy importante en mi vida.

El lenguaje de los signos de cuando era un párvulo y el Bloody Mary han hecho de mí un ser asquerosamente social.

La muerte

Antes de morir del todo, en un par de ocasiones en que había estado cerca, Javier Pradera aseguraba que había visto la muerte, o el más allá, o como se le quiera llamar a eso.

Yo recuerdo que Javier me contaba que había visto una luz blanca, cegadora, que todo lo diluía. Se lo contó también a Santos Juliá.

Yo sabía que estaba ante la muerte, pero no tuve una visión ni tan drástica ni tan espectacular. La muerte a la que yo me enfrentaba era mucho más de andar por casa, es decir, se dejaba uno llevar y ya estaba, no había vuelta. No recuerdo nada que tuviera que ver con el dolor ni otras sensaciones tan negativas. No había cambios de luz ni de sonido, todo era muy fluido. Y en un momento dado, eso sí, se me planteó decidir si seguía adelante o me quedaba en este mundo.

No sentía miedo ni nada parecido. Pero había algo que me hizo continuar por aquí. Yo todos los días pasaba unos ratos con Mercedes y Mario. Y a veces con algunos otros amigos o hermanos. Con ellos decidí pelear para seguir. Pero no sé muy bien por qué, ya que, como he explicado, no tenía miedo de irme a otro sitio.

Me parece ahora que en la decisión no solo interviene el afecto de una gente que me importa mucho, sino también otros factores que en este caso podían ser banales. Por ejemplo, la de cosas que tenía que hacer, y la menor de todo ello no era la escritura. Mientras me moría sí pensé en varias ocasiones lo importante que era para mí la escritura. No sé bien la razón, porque no tengo ninguna sensación de estar obligado a dejar una herencia a las nuevas generaciones ni ninguna estupidez parecida. Es más bien que no soporto el trabajo sin terminar y tenía en marcha un libro de historia, un proyecto vago de novela, y un libro de ensayo que lo mismo acaba siendo este. O sea, mucho trabajo para dejarlo sin hacer.

Odio citarme a mí mismo, pero como esto no lo he llegado a escribir ni a decir en público, pues me cito: antes de morirme quiero dejar acabadas mis obras completas. Ahora se me podría decir que vaya un pretexto que sirve para alargar la vida de una manera incierta. Porque no se sabe nunca lo que se va a tardar en hacer un libro.

Es verdad que lo de optar por morirse o no no es absolutamente decisivo. Si a uno le pegan un tiro en la cabeza, imagino que no tiene capacidad decisoria. Pero la muerte que a mí se me ofrecía tenía mucho que ver con la voluntad.

Y decidí vivir. Las sonrisas de Mercedes y de Mario, las de mis hermanos y amigos, tuvieron mucho que ver. Seguro.

No sé cuánto tiempo tardaré en volver a tener la posibilidad de elegir, ni siquiera si la tendré. Espero llegar a ver el espectáculo luminoso que anunció Javier Pradera. Aunque no sé si él lo tuvo la última y definitiva ocasión que se le presentó.

No nos lo contó.

Las muertes de Javier

Mi hermano Javier se ha muerto también varias veces. Sobre todo, se murió en el río Congo, siguiendo la estela de Joseph Conrad, y en otro río, el Amazonas, donde un mosquito le inoculó la malaria cerebral.

Javier sufrió un ataque que le tuvo en la UVI de un hospital de Belém do Pará durante muchos días. Cuando logró salir del trance y fue capaz de hablar de su experiencia, refirió su encuentro con la muerte en términos muy parecidos a los de Javier Pradera. Había una luz blanca muy potente, que lo difuminaba todo… Lo contó en su único libro amargo, *El río de la desolación* (Random House-Mondadori).

Dos personas solventes la han visto y han visto lo que yo no vi.

¿Vería yo otra cosa? O bien, ¿hay más de una clase de muerte? Si es esto último, mi muerte ha sido menos luminosa.

Tendré que conformarme, porque no sé a quién reclamar.

El traslado

Del hospital Clínico salí con vida, que es de lo que se trataba. La atención allí, aparte de ser científicamente irreprochable, según todos los amigos médicos, está enfocada desde el principio a que todo paciente de ictus empiece la rehabilitación cuanto antes. La llegada a la Fundación Jiménez Díaz es apoteósica. El viaje entre los dos hospitales tiene que ser en ambulancia a pesar de que no hay ni cien metros entre uno y otro. La ambulancia tarda más de dos horas en llegar. Al normalmente alto trasiego de pacientes se ha sumado esta vez el traslado de gente para que no se contagien con el ébola que presuntamente ha traído una enfermera desde África. La chapuza de las autoridades madrileñas del PP llega a su límite más alto con este caso. Mienten como bellacos y provocan una crisis política porque intentan responsabilizar a la enfermera de lo que es fruto de su incompetencia. Entre unas cosas y otras, el traslado había durado desde las siete de la tarde a las once de la noche. Pero, como diría mi padre, «a lo que estamos, Fernanda».

Yo había pasado más de un mes en el Clínico, veintiún días en la UVI, y salía vivo de allí, y por tanto, agradecido.

En la Jiménez Díaz, que los madrileños conocen como la Concha, me dieron una habitación individual, que es lo que nos pasa a los periodistas por ser de la Asociación de la Prensa. Ya no tendría que tragarme las películas del Oeste que veía Antonio en Telemadrid. Yo me suelo tragar todas las del Oeste, pero aquella colección debía de estar demasiado manida. Me las sabía de memoria todas ellas.

Yo llegaba a la nueva habitación con mi pañalito recién cambiado, pero una señora mayor (puede que de mi edad) llamada Mari Paz, se apresuró a cambiármelo por uno nuevo acompañada por una joven aprendiza. Había dejado ya bien atrás el pudor que es una cosa que sirve de muy poco en un hospital, así que me dejé hacer y asentí a la advertencia de aquella mujer a la que en adelante bauticé como Mari Guerra.

Mi hombro colgante no pasaba desapercibido, y también Mari Paz dijo aquello de que la rehabilitación empezaba ya mismo. Me tocó los dedos de la mano derecha y dijo algo sobre su movimiento.

El cerebro humano debe ser un organismo muy tonto, porque, como dice Blanca, la responsable de terapia ocupacional, hay que enseñarle todo a base de repeticiones.

Tengo que mover este deeedo.

Paisaje

Las páginas literarias que me gustan más de Manuel Azaña (mejor dicho, don Manuel, no sea que esto se lo lea Santos Juliá) son aquellas en que describe paisajes. Y entre ellos destacan las descripciones que hace de la sierra de Guadarrama. No pretendo ni mucho menos hacer referencias innecesariamente cultas, pero siempre que contemplo una perspectiva de este lugar tan impresionante, recuerdo esas páginas magistrales.

Al amanecer del día siguiente a mi llegada al sector de privados del hospital, vi, con el corazón encogido, que la dirección de la institución había tenido la amabilidad de colocar frente a mi ventana una buena parte de Gredos, y la sierra de Guadarrama a continuación. Lo último que se veía hacia la derecha era la Pedriza. El cerro de San Pedro impedía que se viera mi sierra, es decir, el tramo que incluye a Miraflores y Bustarviejo, la Morcuera, Canencia y la Cabrera. El amanecer le daba reflejos dorados a las piedras pulidas y los montes pelados.

Yo no sabía con qué quedarme. Si con eso, o con el paisaje más inmediato que define una parte de mi infancia.

Porque Navalcarnero se veía a lo lejos (mejor dicho, se intuía, y era si acaso el pico de la torre de la iglesia), con sus campos de olivos, trigales, y viñedos. Recuerdo una vez que volvía a España, después de haber pasado una larga temporada laboral en Centroamérica. El avión tuvo que dar alguna vuelta antes de tomar tierra en Barajas. Y pude ver con deleite el amanecer sobre esos mismos campos. Me emocioné, y me sorprendió por primera vez que el paisaje aquel pudiera llegarme tan hondo. Espero que eso no me lleve nunca al nacionalismo. Si es así, ¿qué me pasaría con un paisaje de verdad como el asturiano, por no ir más lejos?

Desde mi privilegiada vista, hay otra evocación inevitable, más aún por la fecha en que estamos. Hace setenta y ocho años que las tropas coloniales de Franco recorrieron ese camino de la carretera de Extremadura hasta llegar aquí, al lado de la Casa de Campo. He dedicado muchas horas de mi vida a reconstruir aquella historia que me fascina, y no puedo evitar ver el paisaje y rehacer los movimientos de las tropas que defendían el Madrid republicano y de las que lo querían tomar. Al lado mismo del Clínico, que es de donde vengo, Durruti perdió la vida porque se le disparó el subfusil frente a las posiciones franquistas.

Al anochecer, la dirección del hospital volvió a tener un detalle conmigo. Una tormenta descomunal de rayos, truenos y relámpagos se desencadenó frente a mí. A cada uno de los relámpagos se podía ver una fracción reconocible de la sierra, de modo que el paisaje se podía reconstruir desde mi cama.

Casi no me ha dado tiempo a hacer los deberes de hoy. Ni siquiera recuerdo qué tenía que hacer con la pierna derecha.

Hay días en que la rehabilitación no consigue ser el centro fundamental de la vida de un minusválido temporal.

¿Temporal?

Cuestión de veteranía

Una de las mayores estupideces que he cometido en mi vida fue borrarme de la lista de la solicitud para hacer las milicias universitarias. Mi vida amenazaba entonces en convertirse en un desastre, porque mi vocación por el estudio de las ciencias físicas se había debilitado, y planeé cuidadosamente una inteligente estrategia para dejar la carrera y hacer la mili normal. Se trataba de pensar en otra cosa que estudiar, y de quitarme de en medio la mili. Mi experiencia es que mi hermano Jose había pasado algunos, muy pocos, meses incómodo y luego se había incorporado a la vida civil. Como ya dije, mi vida amenazaba con convertirse en un desastre, pero fue mucho peor: me tocó hacer la mili en África.

Allí, en catorce meses, no aprendí prácticamente nada, salvo a detestar la vida militar. También hice un inmejorable amigo, Julio de Benito, que tuvo el mal gusto de morirse antes que yo y sin pedirme permiso.

Dentro de las enseñanzas de la vida militar importa mucho la cuestión de la veteranía. En el hospital, apliqué la experiencia. Una de las facetas de esta veteranía es la de las manivelas de las ventanas. Con Antonio ya había conseguido abrir la ventana según mi necesidad. Pero al llegar a la planta 9 de la Fundación Jiménez Díaz, el control de la manivela se volvió perentorio. No había manera. Y solo con ella se podía combatir la pésima climatización que tienen todos los edificios inteligentes. Supongo que el pretencioso nombrecito se lo puso algún ingeniero o arquitecto que no sería gran cosa. Un edificio sanitario inteligente sería, por ejemplo, el que impidiera el paso a quienes se obstinaran en dar a la vez a la tecla de subida y la de bajada en el ascensor.

Interrogué inútilmente al personal de enfermería de la planta. Por fin alguien me dio una respuesta satisfactoria: no se nos permitía abrir la ventana para evitar suicidios. Para abrir esa ventana había que contar con la presencia voluntaria de alguien de la plantilla. A los pocos días de llegar, me convertí en un veterano, como en la mili, porque me hice, perdón, se hizo Mercedes, con una copia de la manivela por el mejor de los procedimientos, que fue buscar la complicidad activa de una mujer que nos había asegurado que una de sus obligaciones era quitarnos la manivela si la veía en nuestro poder.

No debió ver impulsos suicidas en nuestros semblantes. Eso quería decir que yo gobernaba las corrientes de aire, los aromas del otoño, los cantos de los pájaros. Más que un ministro de Medio Ambiente.

Tenía la manivela. O sea, una parte importante del poder.

Mano de obra barata

La veteranía en el ejército también incluye la arbitraria disposición del personal, de modo que el veterano es casi dueño de la vida de la gente que todavía no ha llegado a tener su posición. Una posición se la da solo el tiempo, no hay que ser ni más listo ni más hábil que los demás. Tiempo, tiempo, paciencia, paciencia.

Gracias al alto nivel de vida de España, y a las políticas liberales que se aplicaron durante muchos años en la economía, tenemos en nuestro país un exceso de mano de obra muy cualificada, de la que yo me aproveché. Mi hijo Mario es antropólogo, que no es lo de comer personas sino lo de estudiarlas, y mi sobrino Nacho es restaurador, que no consiste en dar de comer a la gente, sino en resucitar obras de arte del pasado. Las dos cosas requieren mucho estudio y dedicación.

Yo he tenido a un antropólogo y un restaurador a mi servicio sin pagarles nada. Solo alguna vaga promesa de cariño. Los dos han entrado por el aro.

Mi vida hospitalaria habría sido miserable sin su buen humor y su compañía.

Pero me gustaría preguntarle al ministro de Educación a qué espera para poner a estos chavales en sus planes de estudios asignaturas sobre cómo cambiar un pañal a un viejo o cómo subirle a un sillón desde la cama.

Lo mismo ni se lo han planteado. ¿Qué vamos a hacer con unos hijos que tienen una formación tan deficiente?

Maite y Carlos

Maite Pagaza fue una de las primeras visitas que recibí en mi nueva habitación. Ella insistió en la misma idea, recordando —cómo no— una película, esta vez una de John Ford, *Escrito bajo el sol*, con John Wayne y Maureen O'Hara. John Wayne tenía un accidente y quedaba paralizado (casi todo como yo), y un amigo le tocaba el banjo con una cantinela insoportable que decía «tengo que mover este deeeedo». Maite no puede evitar estas evocaciones y con ella comparto la admiración por John Ford y su obra cumbre, *El hombre tranquilo*. Allí se acaba la coincidencia porque Maite lleva el pelo teñido como Maureen O'Hara pero yo no he crecido como John Wayne. Cada uno ha llevado su camino.

El asunto es que también Maite se suma a la cantinela de «hay que tener paciencia», «esto va poco a poco» y «el cerebro tiene que recibir la instrucción cientos de veces antes de ejecutarla».

Pese a todo, nuestra relación sale incólume de la prueba.

Maite le dice a Mercedes que ella cree en la plasticidad neuronal y que yo tengo mucha. No estoy del todo seguro de tener semejante capacidad. Pero la fe hace milagros. Entre las repeticiones, que estoy dispuesto a hacer, y la plasticidad neuronal, esto de la recuperación parece pan comido.

La visita de Maite tiene efectos importantes. Maite es una experta en gestionar el miedo a la muerte. Ha vivido amenazada muchos años, y los fascistas de ETA mataron a su hermano Joseba y a algunos amigos más en los años de hierro de la organización terrorista, que son casi todos.

También viene Carlos Tanco, que fue militante tupamaro en los primeros años setenta en Uruguay. Carlos logró, tras muchos años de pensar, desembarazarse del mito guevarista de la revolución liberadora con las pistolas.

Carlos me hizo hace ocho o nueve años una descripción muy precisa de la crisis que se nos venía encima a los países desarrollados.

Por esas dos razones, la guevarista y la económica, no le quiero pedir ningún pronóstico sobre mi enfermedad. No soportaría que, pese a su evidente cariño por mí, me hiciera una valoración que no me gustara. Porque pienso que el muy canalla suele tener razón. Un buen tipo.

Al gimnasio

Todos los días un celador que se llama Vicente viene a buscarme con una silla de ruedas para llevarme al gimnasio, donde las manos de un montón de mujeres van a intentar que a mi cuerpo le vuelva la vida. Ana Corraliza me pone en manos de Yolanda García Paz y María Teresa. La segunda es celadora, pero los años de experiencia le dan una cierta autoridad para meter sus manos y su ciencia en casi cualquier cuerpo que pase por ese gimnasio.

He tardado una semana en poder tener un hueco en el gimnasio. No está fácil, porque el personal tiene que atender la rehabilitación de todo el hospital y la de la gente que viene de fuera. Todos los días me lavan, me cambian los pañales, y me depositan, hecho un pincel, en las manos prodigiosas de las terapeutas.

Cuando voy a la primera visita, Rubén, que es el celador que más manda en la sección 69, planta 9, de privados, me dice muy serio:

—A ver cómo deja de alto el pabellón de la 69.

O sea, que soy un representante corporativo de la planta, y tengo al parecer un mandato de sanitarios y enfermos de dejarles bien. El problema es que no sé en qué consiste dejarles bien, si en tener las piernas muy mal o muy bien y el brazo y el hombro más o menos inmóvil. Estoy lleno de orgullo por el encargo, de modo que compongo el himno de la 69, que dice así:

La 69, imbatible sección,
contra el adversario vamos en formación.
Nieve, llueva o truene, sin desmayar,
vamos todos juntos a rehabilitar.

Ya sé que no es muy bueno. Es muy malo. Pero la sección no tenía himno. Y ya lo tiene. He dejado una herencia allí.

Quizá como pago a mi militancia desprovista de interés, no sé si Gonzalo o Rubén me da la primera ducha desde que me he puesto malo. La habitación tiene un baño privado, pero manejar un cuerpo medio muerto como está el mío requiere de un mínimo de dos personas, de una gran pericia. Mi agradecimiento por esa ducha se acerca mucho, si eso es posible, al infinito.

Como me sucede con otro gran regalo de Rubén, Gonzalo y su gente que consiste en darme el truco para coger una silla de ruedas del hospital y poder darme un paseo por los jardines contiguos de «Cultura Hispánica». Nunca olvidaré el terrible itinerario que

me dieron mi hermana Isabel y Mercedes de Pablos, con una impericia enciclopédica, intentando evitar mi caída por un precipicio. Yo sé que me querían, pero aquello fue un intento de homicidio. ¿Lo fue?

Mi cuñado Gustavo, aparte de ser un generoso y atento familiar, tiene mucha sensibilidad para las cosas que estoy contando, quizás por la forma en que hizo la mili. No pienso indagar más en la razón. El caso es que, cuando ve mis relaciones con Rubén y compañía, se acuerda de una vez en que estuvo hospitalizado y un celador le preguntaba todas las mañanas:

—¿Has depuesto, Gustavo?

Tardó algo en enterarse que se refería a las deposiciones. Me río con su narración porque es inevitable, y me decido a hacer la prueba:

—He depuesto.

Nadie me contesta.

Barça-Madrid

Tener una habitación para uno solo en el hospital es un privilegio que se nota sobre todo cuando no apetece nada ver la televisión que le gusta al vecino. Pero también puede pasar que uno sea el caprichoso, y quiera ver el partido del siglo del mes corriente.

El 25 de octubre se daba esa circunstancia única: jugaban el Barça y el Real Madrid en el campo del segundo, en el primero de los encuentros de liga de la temporada. Mercedes y yo hicimos todo tipo de indagaciones, molestamos a todos los sobrinos (los sobrinos son siempre quienes saben esas cosas) para ver cómo podíamos conectar el monitor de la habitación a alguna cadena que transmitiera el encuentro. No hubo manera. La situación era enormemente angustiosa: ¡imagínese a alguien a quien la muerte cortejaba tan de cerca y que se veía en la tesitura de perderse el clásico mundial del siglo de ese mes!

Habíamos llegado a barajar la posibilidad de ver el encuentro con Carlos Sebastián y María Cifuentes, dos aficionados del Madrid que tienen las virtudes de que con ellos se puede ver fútbol, porque saben hacerlo, y al tiempo beber buen vino, porque también saben hacerlo.

Pero todo se complicó, y acabamos viendo el partido sin verlo. No hubo manera de conectar el monitor, y nos tuvimos que conformar con los dos auriculares de la radio portátil que me había regalado Alfonso Corominas.

Nunca olvidaré aquel primoroso partido del Madrid cuyas jugadas reconstruía en mi cabeza como cuando era crío y oía a Matías Prats contar las hazañas de Puskas, Gento, Santamaría y, por supuesto, Alfredo di Stefano, que se cepillaban sin despeinarse al Barça de Ramallets y Kubala.

Bueno, esto último no era exactamente así. Pero lo importante es que el Madrid ganó 3-1 al Barça y que, según la prensa adicta, la victoria había sido incontestable.

Supongo que algún observador neutral habría pensado que era muy raro aquello de una pareja en un hospital intentando acomodar una pierna que se quedaba descolgada con facilidad y un hombro que carecía totalmente de apoyo pretendiendo sujetar una extremidad que le parecía a su dueño que era de otro.

Ganara quien ganara el partido, la estancia en el hospital se hacía insoportable.

Pero, gracias a Alfonso, pudimos reconstruir razonablemente el gol de Benzema y, sobre todo, el penalti de Piqué.

Tengo que confesar ahora que a mi enfermedad se une una desgracia de más largo recorrido: mi único hijo, Mario, es del Barça.

Mi cuerpo soy yo

Leo a saltos y con un ojo tapado el libro de Christopher Hitchens sobre su propia muerte, *Mortalidad* (Debate). Derrocha talento y valor el escritor inglés en su última etapa. No puedo evitar el recuerdo de Tony Judt cuando le describía también sus últimos momentos y su larga memoria a Timothy Garton Ash en *El refugio de la memoria* (Taurus). Ambos libros tienen en común el que sus protagonistas saben que van a morir.

Lo mío tiene menos intensidad, porque no tengo ninguna certeza sobre la muerte, y he decidido que no me voy a entregar a ella.

De modo que no aspiro a alcanzar un grado tan sublime de entereza y sinceridad. Me quedaré en un más modesto ensayo sobre una enfermedad que puede ser mortal, pero también puede que no.

Una de las cosas sobre las que se pregunta cualquier persona que está metida en semejante trance es sobre la relación que existe entre ella y su cuerpo.

Nadie, o casi nadie que yo sepa, aborda este enojoso asunto con sinceridad suficiente. No sé por qué (o sí) la gente tiende a separar lo psíquico de lo físico. Seguramente es una forma de aferrarse a la posibilidad, nunca demostrada, de que haya un más allá. Así, la psique se quedaría flotando mientras el cuerpo físico se pudriría irremisiblemente.

Bueno, pues uno se plantea eso. Y si es medio decente consigo mismo llega a la conclusión inevitable de que ambas cosas son solo una. Mi psique y mi pierna pertenecen a la misma cosa. Y esa cosa soy yo.

Que nadie, y mucho menos un cura o un consejero de sanidad de la derecha me venga a contar nada sobre mi cuerpo.

Es mío y yo soy mi cuerpo.

Leo también estos días un libro de Atul Gawande, un profesor norteamericano. Gawande escribe muy sensatamente en *Ser mortal* (Galaxia Gutenberg) sobre el poco caso que se le hace a la muerte en las redes hospitalarias del primer mundo, en general del poco caso que hacemos de la muerte como el final, como el último acto de un proceso de envejecimiento inexorable.

Cuando uno lee cifras relacionadas con nuestra evolución física, se queda realmente impresionado. A partir de los cuarenta el sistema vascular ya empieza a envejecer. A partir de mi edad, el cerebro ya está en un bajón irreversible. Las personas mayores tienen el cerebro más pequeño, ya les sobra cráneo.

Además de la lógica destrucción de algunas funciones que me ha regalado el ictus, cuento con ayudas genéticas que han de valorarse. Mi madre no me dejó el cáncer que

acabó con su vida, pero mi padre sí que me dejó servido con una próstata de concurso y un sistema vascular de saldo.

Tiene toda la lógica del mundo que mi cuerpo (que soy yo, lo recuerdo) vaya a peor, y tiene alguna lógica que nadie se haya parado a pensar por qué.

Ni yo.

Creyentes

Me siento cada vez más identificado con Christopher Hitchens y sus reflexiones.

También cuando se detiene a decir alguna memez, como que está tentado de convertirse para que así muera un creyente.

Un día tonto lo tiene cualquiera. Y también derecho a decir chistes malos. Sobre todo, si se está muriendo.

Yo solo sé que me duele todos los días el cuerpo, o sea, yo. Me duele mucho Jorge.

Vuelta a casa

La vuelta a casa desde el hospital es un proceso traumático. No sabe uno qué es lo que se va a encontrar después de tantos días encerrado con unos cuidados tan profesionales. En casa pasa uno a estar en manos de aficionados. En mi caso, mi mujer y mi hijo.

Mercedes, mi mujer, y yo ya vivíamos juntos desde hace tiempo en el apartamento de la plaza de San Ildefonso. Pero lo de Mario es nuevo. Mario compartía un piso con algunos chavales más de su edad. El salario de ninguno de ellos daba para que tuvieran una independencia completa. A la vista de la nueva situación, Mario decidió cambiar ese régimen por uno muy novedoso: a partir del 31 de octubre de 2014, compartiría piso con una pareja de edad muy superior a la suya. Esa modalidad no suele aparecer en los reportajes periodísticos sobre hábitos de la juventud.

O sea que, para mi fortuna, mi hijo se vino a vivir a nuestra casa con el compromiso de atenderme mientras redactaba su interminable tesis doctoral. Una tesis que realizaba hablando con gente que políticamente había estado en posiciones muy distintas a las mías en los últimos años. Sobre todo estábamos muy distanciados en lo que se refería a la transición política de los años setenta y ochenta. Yo defendía, como sigo haciéndolo, ese periodo como esencial para la democracia. Mario y sus interlocutores de expresos políticos del franquismo tardío hablaban de la transición como un proceso de traición y entrega, por resumir mucho.

Pero todo eso tiene poco que ver con llevarme al baño por la mañana, ducharme y darme de desayunar, por ejemplo.

Sea como sea y se mire como se mire, al llegar a casa me encuentro rodeado de aficionados, llenos de cariño y faltos de experiencia. Se nota mucho cuando a uno le dan una ducha y le lavan el pelo. Los aficionados son más cariñosos.

Mario y Mercedes aprenden muy rápido, aunque esté claro que no se puede esperar de un chico de treinta y un años que sea delicado en todas las ocasiones, ni que deje todo limpio y doblado detrás de sí. Hay que disfrazar de manías las exigencias de los acuerdos de paz domésticos.

—Hijomío (*sic*), ¿te importaría mucho doblar la toalla de los pies cuando nos vayamos, así como pasar la fregona por los alrededores de la bañera? Es que soy muy maniático.

Así dicho para no herir ninguna sensibilidad. Imagínese lo que habrá que decir sobre la toalla doblada y la ropa con destino a la lavadora. Un ejercicio agotador de diplomacia.

Las mujeres han sido entrenadas para hacer frente a situaciones así. Por ello, si una pareja tenía una buena relación antes de la aparición del ictus, el éxito de la operación vuelta a casa depende más del talante del enfermo que de su pareja. Hay que darle a la pareja todo el mimo de que sea uno capaz para corresponder el solemne coñazo de atender a un paralítico.

Mejor lo dejo; entrar en esos temas puede conducir a una pelea en términos sexistas.

De modo que estoy en mi casa rodeado de aficionados que no saben cómo tratar a un minusválido. En justa correspondencia, el minusválido tampoco sabe cómo tratar a la gente que tiene que cuidarle.

Toca hacer un balance de daños. Empecemos por arriba: el cerebro no parece estar tocado en lo que se refiere a pensar y otras actividades, como administrar la memoria o construir narraciones. Pero el cerebro es el culpable de todo el desaguisado. De su sequía se deriva:

—§§§Un desajuste entre los dos ojos. No hay forma de mirar a la distancia que sea sin ver doble o muy borroso.

—§§§Un hombro desarticulado, lo que provoca un brazo sin músculo, sin función, y una mano que no obedece a nadie (que yo sepa).

—§§§Una pierna derecha que apenas tiene sensibilidad y que hay que gobernar con la vista porque la planta del pie no da información al teórico dueño.

—§§§Una garganta que no sabe hablar. Que no es capaz de recoger el aire suficiente para enviar las palabras fuera. Y sobre todo, que no es capaz de tragar los alimentos sólidos o líquidos claramente separados para que los pulmones no reciban más que aire, que es lo que quieren.

Así contado tampoco parece tanta cosa. Es muy posible que a lo largo de la historia haya quien ha vivido con menos trozos de cuerpo en buen estado. Pero a mí me parece demasiado para mis méritos.

Estoy hecho un asco.

Aun así, mi mujer y algunas amigas, entre ellas Isabel Bugallal y Jose Sáez, mis dos gallegas favoritas, me dicen que estoy muy guapo.

Yo he encontrado una respuesta de la que me siento orgulloso:

—Inútilmente guapo.

Vecinos salvadores

De vuelta ya al hogar, me encuentro solo por unos instantes en mi lugar favorito del sofá en el cuarto de estar. Bueno, solo pero con una severa advertencia: no puedo moverme hasta que haya alguien delante. Como en los cuentos infantiles, la tentación no se hace esperar y suena el teléfono de casa, que está ahí, a metro y medio encima de la mesa baja. Por supuesto que no lo voy a coger. Suena seis, siete veces… ¿Y si es algo importante?

Yo estudié físicas cuatro años y parece que se me ha olvidado la ley de la gravedad.

No sé cómo lo hago, pero consigo tirar al suelo todo lo que hay sobre la mesa antes de llegar… ¿adónde?

A ese mismo suelo regado de objetos imprescindibles todos, aunque ninguno de ellos afortunadamente es «Rdo. de Teruel». El golpe resulta amortiguado por la alfombra, y porque soy capaz de interponer mi brazo sano entre el pavimento y el resto de mí para evitar males mayores. Pero por el momento quedo incrustado en el suelo y sin poder mover apenas una pierna. Y me pregunto yo: ¿Qué puede uno decirle al mundo con una pierna? Y me contesto yo: ¡Y yo qué sé!

La imaginación se me dispara. En unos segundos desfilan por mi cerebro montones de imágenes de piernas y brazos rotos, de enfermeras y médicos moviendo la cabeza de un lado a otro y diciendo algo así como «no sé yo…», en especial la de alguien del gimnasio diciendo una verdad estadística: quien interrumpe un tratamiento por una lesión nueva es como si no hubiera hecho nada antes. Un panorama estremecedor, que dura solo unos instantes, por fortuna.

Mercedes irrumpe en la sala antes de que concluya tan interesante disquisición y pregunta, como es natural: «¿Qué haces ahí, novio?». No espera respuesta, claro. Se asegura de que no tengo nada roto y comienza a llamar por teléfono mientras me explica que ella sola no puede levantarme dado el empotramiento entre el sofá y la mesa a que me veo sometido por mi mala cabeza.

Por fin consigue comunicar con Miguel, un vecino más o menos de mi edad que es un buen pintor y un mal cura, de esos que ayudan a los pobres en el Pozo del Tío Raimundo, y tienen prohibido celebrar misa y lo hacen de todas maneras. Miguel viene rápidamente en nuestra ayuda, y con gran delicadeza consigue enderezar mi cuerpo y llevarme de nuevo al sofá. Ni que decir tiene que me veo obligado a jurar por lo más sagrado que no voy a volver a hacer nada parecido. La cara de susto de Mercedes es suficiente para que me dé cuenta y valore el rango de mi hazaña, aunque no entiendo que mi cuerpo haya sido tan incapaz de plantar cara a las dificultades de la geografía

doméstica. No había nada parecido a lo que me tuve que enfrentar cuando los israelíes. Bien es verdad que no estaba bajo los efectos de ninguna droga.

A Miguel no solo le dimos las gracias, sino que le explicamos que realmente le habíamos hecho un favor, porque sin apenas esfuerzo había socorrido a alguien. ¿Qué más puede pedir un cura obrero? Ayudar al prójimo gratis. Estupendo, Miguel.

No se acaban ahí las bondades de una buena vecindad. En nuestra casa se dan los mismos porcentajes que en todas las del mundo entre gentes de bien y gentuza. No voy a detallar porque no me he mudado de domicilio.

Teresa es enfermera, y trabaja en la UVI de un hospital privado de Madrid. Vive en el primero, con su marido, un músico gallego de talento con vocación de gamberro, y sus dos hijos, Telmo y Antela, de cuatro años y unos meses.

El sistema sanitario español es tan bueno que tiene en cada comunidad de vecinos a una ATS, de modo que los enfermos que van a casa a convalecer tienen quien les ponga heparina todos los días, que es lo que hace Teresa disfrazando de buena disposición lo que es una obligación que le impone su trabajo. Durante muchas semanas, Teresa acude a diario a inyectarme en la tripa el dichoso medicamento. Mercedes y Mario aprenden a hacerlo, pero yo me fío más de Teresa, porque es su obligación y hemos pagado entre todos su formación para que sepa hacer estas cosas.

Fernando, el del segundo izquierda, lo único que hace es servir de intermediario para que me funcione el sistema informático. Es un chupasangres, que se aprovecha de la seriedad y la buena formación tecnológica de la gente de su empresa. Además, Fernando es melómano (no todos los vecinos conocen su enfermedad) y de cuando en cuando intenta escuchar a Wagner en todo su esplendor de tambores y viento y cuerda desatados en el Rin. En una ocasión yo me atreví a protestar por el volumen al que en su casa se tocaba la guitarra eléctrica. Resultó ser alguna valkiria. Y me fui a casa con el rabo entre las piernas. ¡Mira que confundir a la Filarmónica de Berlín con Los Ramones!

Fernando y la encantadora Marta soportarán con buen talante las incursiones nocturnas de mi silla de ruedas por el pasillo.

¡Qué más se puede pedir a un vecindario! Pues eso, y mantener la hermosa cultura madrileña, de lo que se encarga José Carlos y su castiza familia. Y que no llamen demasiadas veces a la policía. De los que lo hacen y van de vez en cuando al ayuntamiento a poner denuncias ridículas (los funcionarios les llaman «querulantes», que es una preciosa palabra para denominar a los que ponen querellas sin parar) no voy a hablar.

Casting de sin techo

Durante demasiados años se pudo vivir en el mundo occidental sin atender a ninguna norma de corrección política. Yo suelo estar en contra de eso, pero me alegro en muchos terrenos de que se haya puesto de moda la necesidad de pensar dos veces lo que se dice.

París ha sido considerada, con razón, una ciudad repleta de romanticismo. Romanticismo en un sentido positivo, como lo que afectaba a unos señores que se llaman *clochards*, que no son otra cosa que los sin techo que viven, es un decir, en las orillas del Sena. Un año, alguien del Ministerio del Interior, o quizá del ayuntamiento, hizo una investigación sobre esa gente, y nos informó a todos de que su medio de vida, una vez adoptada la decisión de vivir allí, al aire libre, con el frío o el calor y siempre con la humedad extrema, no llegaba al año y medio.

¡Qué románticos los *clochards*! Pero qué desagradable su costumbre de morirse tan pronto.

En mi barrio de Madrid hay muchos sin techo. A la puerta de mi casa se suelen reunir hasta una docena de ellos, compartiendo esa falta de techo con algunos malnacidos camellos de pelo a lo rasta y piel africana. No faltan en el grupo algunos norteamericanos aprendices de guitarra flamenca, que tocan tan mal como hablan el castellano. Los sin techo se suman a los alegres grupos de tan disperso interés, y casi siempre tocan los cajones con una envidiable falta de ritmo. En Jerez no durarían ni diez minutos en la calle. Antes les meterían las autoridades en un hotel de cinco estrellas que permitirles tocar así ante el público.

Hay una cosa que no está mal en la política madrileña sobre los vagabundos, y es que no se les da ninguna aureola de romanticismo o rasgo positivo novelesco. La política de gente como Álvarez del Manzano o Ana Botella sobre ellos es sencillamente repugnante, pero nos ahorra veleidades literarias.

Los sin techo son vecinos incómodos. Y yo tengo muchos. De una manera muy general les debo algo de mi vida, porque uno de ellos tuvo a bien distinguirme de su grupo, lo que facilitó que un alma caritativa me ayudara cuando me dio el ictus.

En mi casa, o mejor dicho, a la puerta de mi casa, acampan un señor alto, negro, de melena larga y blanca, adorado por las mujeres del barrio; otro bajito y fuerte, más pesado que un mendigo rumano cuando pide limosna; dos bronquistas que rondan la cincuentena y debieron ser pintones; un tipo que parece que se ha tomado él solo toda la cocaína de España; y varios más sobre los que no vale la pena indagar mucho en su biografía.

Cuando vuelvo a casa veo que el *casting* de sin techo se ha movido. Por ejemplo, no está el tipo de la silla de ruedas al que le faltaban las dos piernas y un brazo. Y falta el que yo llamaba el boxeador, alguien con la nariz rota y modales de púgil. Pregunto por ellos al vecino Fernando. Creo que es él el que me informa de que los dos han muerto, aunque sin muchos datos. El segundo de ellos ha sido acuchillado.

No hay nada romántico en los sin techo de Madrid. Y sus muertes son, por lo que se ve, tan siniestras como sus vidas.

Tampoco en los de París.

Colección de sillas

Cuando una mujer vuelve a casa después de haber parido, hay que hacer un complicado tejemaneje de muebles, vajilla, sistemas de alarma y, sobre todo, de cambio de rutinas. Los libros que hablan de eso, que son muchos, dicen que la mujer sufre entonces lo que se llama la depresión posparto. Como lo pone en tantos libros, la depresión se produce en todos los casos.

Llevar un neominusválido a casa significa meterse en un proceso similar. Pero aquí no sabemos todavía a quién hay que deprimir, si al minusválido, a su mujer o al chaval que quiere escribir su tesis. Aunque parezca una traición a mis intereses, avanzo que el minusválido está feliz con la idea, que todavía no es deprimible. Paciencia.

Sea cual sea el resultado de la encuesta, los actores tienen muy poco tiempo para trabajar, porque hay que tener en cuenta que un enfermo de ictus es un ser tan egoísta como carente de paciencia. A lo más que puede llegar es a obedecer las instrucciones que dan para mejorar su estado físico en casa. Pero no se espere de él capacidad de sacrificio doméstico.

Lo primero es la silla de ruedas. Sin ella no existe para los parientes la menor posibilidad de alcanzar la independencia. Siempre se habla de conseguir que los enfermos, gracias a la fisioterapia y a la terapia funcional, lleguen a un grado razonable de autonomía. Eso no es discutible. Pero la autonomía de los que cuidan al enfermo está muy seriamente comprometida desde el primer minuto de la llegada a casa. La silla permite no solo mover al enfermo, sino, en un arrebato de cabreo, meterle en un cuarto a solas sin preocuparse de que se vaya a caer o algo parecido. Bueno, es un caso muy extremo. Dejémoslo.

Nada más llegar a casa, mi hermano Jose se presentó con una silla que no sé de dónde había sacado, pero la historia es demasiado complicada como para que la intente reconstruir aquí.

A los pocos días, Alfonso y Pilar nos hicieron llegar otra que era mucho más útil para moverse por la calle. Enseguida, Carmen Martín y Pacho Fernández Larrondo nos ofrecieron una tercera que era como el 4x4 de la silla de ruedas.

La primera era demasiado pequeña, y no se podía plegar. Las otras dos eran plegables y más robustas. Nos quedamos con la de Alfonso y Pilar que, además, cabía en el ascensor de la casa, uno de esos aparatos construido en un hueco de escalera que no estaba pensado para eso.

Es decir, nos vimos abrumados por una lluvia de sillas. Se ve que España es una sociedad envejecida y próspera. El indicador es bueno.

Lo mismo nos sucedió con la silla para duchar al enfermo. Carmen y Pacho de nuevo nos dieron la primera, que resultó ser un auténtico ejemplo de ingeniería hecha para ayudar al ser humano. La segunda la heredé de mi tía Pili, una maravillosa señora de noventa y siete años, hermana de mi padre, que tocaba el suelo con la punta de sus dedos sin doblar las rodillas hasta hace cuatro o cinco años, pero que ahora vive sus días en una residencia porque ya no se entera de nada de lo que sucede a su alrededor. Al menos eso creemos sus hijos, Elena, Antonio y Mari Celi, y sus sobrinos, a los que siempre hizo llegar su cariño.

Pacho y Carmen son para Mercedes y para mí una especie de seguro doméstico. Su capacidad de acogida y su solidaridad parecen no tener fondo. En una ocasión estuvimos cuatro meses viviendo en su casa a la espera de que una cuadrilla de albañiles acabara las obras de la nuestra. Y no mostraron nunca estar hartos de huéspedes tan pesados.

Hay muchas más cosas que deben ser previstas e instaladas en la casa de un neominusválido. Aquí hay que tener ya muy en cuenta que para paciencia la de la mujer o el hijo de un minusválido. Porque hubo un ministro de Zapatero que se llamaba Jesús Caldera que hizo una ley de dependencia muy completa, capaz de solucionar la vida a millones de personas, pero la ley tenía un grave problema, y es que no había manera de financiarla.

Otra posibilidad, ya manejada por toda la gente que conozco en esta especial tesitura, es la de jugar en el casino, pero no la aconsejo, porque todos los que hemos estudiado matemáticas sabemos que es imposible que la suerte sonría a todo el mundo a la vez.

¿Y no está claro que alguien que tiene ictus ya ha sido beneficiario de una lotería?

La única solución realmente segura es hacerse concejal de urbanismo de algún pueblo grande. Y ser cuñado del fiscal anticorrupción.

Habrá que probarlo.

Elogio de la Thermomix

Si hubiera un congreso de supervivientes del ictus, de los que hubieran padecido disfagia, seguro que entre sus primeras decisiones estaría la de hacer un homenaje público a la Thermomix, que es un aparato que no ha salvado vidas por sí mismo, pero sí ha salvado de la monotonía a muchas vidas.

Mi caso no es distinto. Si acaso es diferente la forma de cocinar de Mercedes de la de otras personas. No me voy a extender mucho en este asunto, pero creo que hay que mencionarlo si se trata de decirle a la gente que sufre, ha sufrido o sufrirá un ictus: se puede comer bien durante el coñazo del proceso de rehabilitación.

Yo me he hecho un vicioso del mango. Una fruta que había trabajado muy poco. Pasada por la Thermomix pierde los pelos que a veces la hacen algo antipática. Luego están los purés, que me permiten comer lo mismo que los demás, con sus aromas y a veces con sus texturas reconocibles. Y me he hecho un drogadicto del salmorejo. Intentaré convencer a Mercedes de que haga un libro de cocina para lisiados.

A su saber, muy trabajado por años de familia numerosa y otros cuantos de matrimonio felicísimo, se puede sumar el de Mariabel, que hace una cocina franco-española de altura inigualable; Agapo, que se empeña en obsequiarme una suculenta tarta de queso que él dice, posiblemente con razón, que es la mejor de Madrid, comprada en el restaurante Cañadío; Carmen Martín, con sus guisos tradicionales y sus caprichos mexicanos… Mis hermanas Cristina e Isabel; mi hermano Jose, que encuentra siempre lo mejor en Lidl; y los purés imprevistos de Miguel y Emilio.

La verdad es que una vez más tengo que decir que soy un hombre muy afortunado, salvo por los ictus, que me dan con ganas.

O sea, que el posible libro de cocina va a ser polifónico.

De las bebidas ya he hablado algo, pero conviene insistir: en principio el ictus y el alcohol se ignoran mutuamente. Fue una maravilla descubrir el Bloody Mary. Gracias a la textura de cualquier jugo de tomate todos los enfermos de inundaciones o sequías cerebrales pueden seguir con su alcoholismo con tranquilidad.

Yo hice una reunión de neurólogos, presidida por mi amigo Esteban García-Albea. Y les conminé a que me dijeran qué problema había con beber y padecer esta salvajada. No salió ninguno.

Esteban es un estupendo cómplice. Le gusta el vino más que la enfermedad, y eso que vive de la segunda. Él y yo hemos llegado a la conclusión de que es mejor beber vino con espesante que no beber vino. Creo que de eso vale la pena hablar mucho, porque es radicalmente importante para algunos: el vino bueno con espesante es mucho

mejor que el vino vulgar con espesante. Este es un descubrimiento que me debo a mí mismo y ofrezco a la desprendida comunidad de pacientes de ictus.

Aún no sé cómo aguantaría un *gin-tonic* la cosa del espesante.

La ambulancia

La ambulancia es un instrumento esencial en la rehabilitación. El enfermo es recogido en su casa, llevado al centro, y devuelto de nuevo a su hogar todos los días después de haberse dejado el alma en un montón de ejercicios que los fisioterapeutas saben para qué sirven.

Yo, como en tantas otras cosas, soy un afortunado, porque la Asociación de la Prensa pone ambulancias individuales para sus miembros. Eso quiere decir que no pierdo tiempo en los desplazamientos. Hay quien pasa cuatro horas metido en una ambulancia para una hora de rehabilitación, porque, al ser colectivas, tienen que hacer un recorrido de recogida y depósito de la gente. Todos los días me recuerdan esta situación de privilegio quienes esperan conmigo a que les recojan. A veces, me desespero con un retraso de una hora, lo que no es frecuente, y a mi alrededor hay quien puede esperar hasta cuatro. Tranquiliza mi conciencia el que esto no es fruto de un enchufe, sino una conquista corporativa. Tengo que acordarme de poner algún ramo de flores al pie de la estatua de quien negociara eso, porque tiene que tenerla.

Hay otra función muy importante que no figura en el reglamento de nada. Es psicológica: los pacientes se agrupan en la sala de espera y se sienten solidarios unos con otros poniendo a parir a la compañía que les corresponde. Se produce una especie de concurso de canalladas, a ver a quién le han hecho esperar más. Yo no entro en esas por razones obvias, y cuando me siento acosado señalo mi pierna derecha y digo que la tengo muy mal.

El conductor de mi ambulancia se llama Antonio, es de corta estatura y tripa cervecera. Dice que su casa se va a caer algún día porque entre su mujer, sus dos hijas y la perra, todo son rajas. Un humor peculiar el de Antonio. Una de sus mayores virtudes es la paciencia, ¡vaya por Dios! No se deja llevar por la ira cuando el tráfico está imposible, por ejemplo.

Las ambulancias, contra todo lo que se podría pensar, están diseñadas para que los enfermos viajen en ellas sintiéndose en un entorno hostil. La subida al asiento o la camilla que le toca a uno es siempre muy peligrosa por lo angosto de los escalones metálicos. Si llueve, el peligro se convierte en seguridad de accidente por resbalón.

Cuando uno se ha colocado en su lugar y el Antonio de turno le abrocha el cinturón, comienza la sinfonía de ruidos metálicos más infernal que ningún músico haya compuesto. Ni siquiera uno castellano-manchego. Todo suena a choque de hierros. ¿Por qué? ¡Y yo qué sé!

Antonio conduce la ambulancia normalmente de una forma discreta. Solo a veces, y no sé de qué depende, pone la sirena y comienza a adelantar coches sin deber hacerlo. Pero como a mí me viene bien, me callo.

El mayor problema del ictus una vez que uno sale vivo, aunque sea de forma provisional, de la UVI, es cómo hacer frente a la cantidad de tareas que le caen.

La responsable de la mano le encarga que haga media docena de ejercicios sencillos, que solo tiene que repetir cinco veces al día. La dueña de la pierna le da una goma para que ejercite los cuádriceps durante media hora, y le explica a la mujer del interfecto unos sencillos ejercicios que tiene que repetir otras cinco veces al día. Nada más. La logopeda lo da por escrito. Ejercicios con fonemas, lengua fuera, lengua dentro, lengua alrededor de los labios, carraspeos, morro, risa, mofletes hinchados, silbidos… Todo muy fácil, todo lleva mucho tiempo.

Esto no es una relación exhaustiva, sino una muestra para que la gente sana decida no ponerse gravemente enferma, porque es un coñazo.

Cuando uno se acuesta para dormir plácidamente, duerme como lo hace la gente que trabaja doce horas al día.

Y al día siguiente, tras la ducha y el desayuno, un beso en la frente precede a la nueva aparición de Antonio.

—Papá, la ambulancia.

Hay una clara continuidad de sonidos entre la ambulancia y los pasillos de los hospitales. Y eso que no están conectados. El sonido metálico de los coches sanitarios tiene mucho que ver con el trajín de puertas que chocan de madrugada y de cucharas y culos de botellas que apalean pastillas y medicamentos para reducirlos a polvo que sea soluble en agua, a los gritos del personal en las madrugadas. Todo ello en lugares que teóricamente tendrían que vivir en el sosiego.

O sea, que hay una coherencia completa en el terreno del ruido, que quizá venga, al menos en Madrid, de la delicadeza con la que se seca la loza en las cafeterías a la hora del desayuno.

Ha habido otras campañas que me parecen más felices para integrar la sanidad en el resto de la vida comunitaria.

Xaqui la rifeña

En el gimnasio hay una auxiliar jovencita que se llama Xaqui. Yo indago sobre ese nombre pensando que es un apócope de Xaquina, que debe ser catalana, pero me sacan del error enseguida. Se trata de una mujer de origen marroquí.

Hay dos mujeres marroquíes que reciben tratamiento allí. No sé cómo consiguen (sé que las dos son casadas) que sus maridos las permitan acudir a un sitio en que casi todo el mundo lleva los brazos al aire, y a veces incluso las piernas. Una de ellas se acerca todos los días a mí, me pregunta cómo me encuentro y le dice a la dueña de mi pierna, Yolanda: «¡Es muy majo!». Esto debe ser el colmo de la desvergüenza en su cultura, y sé algo de qué estoy hablando.

Bien, pues en este ambiente tan suelto se mueve Xaqui, a la que pregunto sobre su origen. Resulta que es de Alhucemas, el lugar que escogió Primo de Rivera para hacer la operación anfibia que acabó con la rebelión de Abd el-Krim. Alhucemas era el centro del poder del rifeño rebelde.

No sé si Xaqui conoce la historia de su pueblo. Ella tiene una gran mezcla de sangres. Sus ojos profundos y negros delatan que entre esas sangres hay mucho de Egipto.

Los rifeños no tienen nada que ver con el resto de los marroquíes. Desde la época del imperio de los omeyas hay noticia de que era un pueblo guerrero temido por todo el mundo. Para ir de Bagdad a Granada o Córdoba había que pedirles permiso. Al principio del siglo XX, España cometió el error de adjudicarse este territorio en un reparto imperialista con otros países europeos. Era el territorio menos productivo y con la gente más encabronada de todo Marruecos. Aquello provocó una factura abultada de muertos: solo en Annual murieron veinte mil españoles en dos días.

Xaqui, según creo yo, es ajena a aquellos sangrientos combates dada su tierna edad. Como también es ajena a toda la turbulenta etapa de la independencia de Marruecos. A la gente del hospital le ahorro la narración, propia del abuelo Cebolleta de los tebeos, de cuando Mohamed V, rey del Marruecos independiente, vino a España en 1956. Los niños en los colegios hacíamos bromas ridículas sobre nuestros vecinos. Una de las que más éxito tenía era aquella en la que un moro le decía a un español:

—Yo jamás jamé jamón.

—Ni lo jamarás jamás —respondía su interlocutor.

¡Dios mío, cuánto ingenio ponía el franquismo en la solución de sus problemas!

Xaqui echa de menos tener los ojos del color claro de sus compatriotas, pero no echa de menos vivir allí. Añora su tierra, pero es una mujer libre, que termina la carrera de empresariales mientras trabaja en fisioterapia. Es un encanto que no le hace ascos a ningún trabajo físico.

Xaqui, que yo sepa, no tiene nada que ver con violencia ni hostilidad a su segunda patria, que seguramente no es España, sino la rehabilitación.

Hago los ejercicios de pierna que me tocan hoy. Xaqui, con una sonrisa seductora de niña, me ata las rodillas con una goma del color que indica la máxima tensión. Le digo que si eso tiene que ver con Annual, y por suerte no me entiende. No le digo nada sobre la Yperita, un gas venenoso que el ejército español, entonces a la vanguardia universal del respeto a los derechos humanos, tiró contra la población civil de Xauen y otros lugares del Rif.

Xaqui es un ángel. Pícaro.

En *El País* otra vez

El día 13 de noviembre, cuando llevo ya casi una quincena en casa, publico por primera vez desde que estoy vivo de nuevo mi columna de los jueves en *El País*. Se titula «Más allá», y hace obligadamente referencia a la ausencia de dos meses del periódico. Mucha gente se cree que la publicación anuncia una recuperación que desgraciadamente está todavía muy lejos.

Le debo sobre todo a José Manuel Calvo el haber mantenido la columna, que exige seriedad y continuidad en las entregas. Josema lo ha conseguido hablando con un tipo que además de ser buen escritor es un ejemplo de generosidad y bonhomía. Se llama Julio Llamazares, y casi todo el mundo sabe cuando le lee que es de León. Alguna razón habrá. Julio no es amigo mío, aunque sí lo es de algunos que lo son, como Manolo Longares, un tipo peculiar donde los haya y al que me unen un montón de años de haber trabajado juntos. Julio ha escrito las columnas que yo no he podido sin pedir nada a cambio, y mucho menos quedarse con el codiciado espacio. Le debo algo que nunca podré pagarle.

Una de las cosas malas que tiene ponerse muy enfermo es que uno acaba teniendo deudas más impagables que la griega con mucha gente y, desde luego, mucha gente buena. Yo estoy en deuda con Julio, y los lectores conmigo, por haber hecho que Julio escribiera unas estupendas columnas.

Pero estábamos con Josema, que fue quien se ocupó de que yo pudiera volver a escribir tanto los jueves como los domingos. Quizá le pague con una suscripción al periódico.

Las instituciones no quieren a la gente. Estaría bueno. Cuando a un trabajador de una empresa de seguros le dan un reloj dorado por haber cumplido veinticinco años en la compañía creo que hay que advertirle que se cuide, que hay relojes que van envenados. Incluso que hay relojes que matan.

A mí *El País* no me quiere, claro. Pero hay alguna gente en el periódico que sí, y eso es lo que me ha venido bien, que ahora tuvieran mando en plaza. No puedo olvidar los cables que sé que me han echado Sol Gallego, Joaquín Estefanía, Pacho Unzueta y José Andrés Rojo.

Desde el momento en que he vuelto a casa he llamado a Josema para verle, y me he acordado de cuando fui a anunciarle que iba a tener algunos problemas médicos que alterarían mi dedicación. Se trataba de una operación para reducir un aneurisma de aorta, y de un tumor en la próstata. Las dos cosas eran importantes.

El ictus se encargó de quitarles protagonismo. Las dos cosas seguían quedando pendientes, y Josema estaba algo abrumado por la de enfermedades que le ponía sobre la mesa.

Llegó el momento de deshacer el equívoco.

—Josema, esto no ha hecho más que empezar.

—Claro, hombre, vamos poco a poco.

Y en esas estamos. Detestando a todos los que dicen «poco a poco». Los amigos no deberían decir nunca eso. Igual que los periodistas tienen que dejar de escribir «el gigante asiático» cuando hablan de China. Para agradecerle a Josema y al director del periódico, Juan Caño, su excelente trato para mi persona, les regalo este consejo: que saquen una tarjeta amarilla a quien use el tópico. Y roja si lo repite.

Menos si se trata del director. Por supuesto.

Diarrea

Un viernes de noviembre empezó mi cuerpo a sufrir los ataques de una monstruosa disentería, que es como se llama a las diarreas en las novelas épicas. A mí me dio sin ningún toque heroico. Lo más vulgar del mundo: cada día tenía que ir entre diez y doce veces al baño, importunando a Mercedes o a Mario siempre en momentos inadecuados. Pero para eso les pagaba. Bueno, eso les decía yo, porque no había manera de atenuar el horror sin usar un humor surrealista. Al gimnasio iba provisto de unos grandes pañales que, pese a todo, no lograron evitar que faltara una semana a mi cita sagrada con la rehabilitación.

La diarrea me duró quince días, y consiguió que perdiera otros cuantos kilos, de modo que sumé quince, o mejor dicho, resté, a los setenta y tres que tenía cuando me dio el ictus. Sé desde entonces que ganar peso es a veces tan difícil como perderlo. A los cuatro meses seguía sin recuperar ni un gramo.

Como no había agotado completamente mi capacidad de delirio, esta vez me dio por soñar y a veces recuperar de día la notable y torturada relación que hace Dionisio Ridruejo en sus cuadernos de Rusia contando la batalla de Posad. En una cabaña construida con maderos, los voluntarios de la División Azul vivieron la poquísimo heroica experiencia de combatir a veinte grados bajo cero con una disentería de calibre 183. Ridruejo cuenta el rescate de estos hombres cubiertos de su propia porquería, y abrasados a balazos por un enemigo que sabía que la nieve que rodea a los animales muertos no debe ser comida en ninguna circunstancia. ¡Vaya sueños literarios da el ictus!

El problema de la diarrea se juntó con la discusión sobre la dieta más adecuada para mi estado y la forma de tomarla. Ya he dicho que el ictus tuvo otra virtud conmigo que fue provocarme una disfagia. Para no tener problemas con la alimentación, me recetaron un potingue de origen francés que tenía todo tipo de virtudes, como vitaminas, minerales, proteínas… Salvo una. Y es que no estaba bueno ni para las papilas gustativas del estómago, que como todo el mundo sabe, no tiene. Cada vez que me venía un regüeldo del estómago me entraba una arcada. Aquello, según el prospecto, sabía a vainilla, pero en realidad sabía a diablos, o sea, a animales muertos en la nieve.

Cuando la diarrea estaba ya en un punto imposible, Mercedes tuvo un arrebato de rebeldía, y me dio un Tanagel, que es lo que se le da a la gente normal cuando tiene la tripa suelta. Los médicos del hospital no habían acertado a cortar el asalto de la disentería con remedios sofisticados. El Tanagel acabó con el problema en horas.

Como se acabó en pocas horas el problema de la alimentación nasogástrica. La doctora Mateos me quitó la sonda, y pasé a alimentarme con purés y cremas, además de yogures. La vida era mucho mejor así.

Más gimnasio

Y la rehabilitación para volver a ser un hombre normal continuaba: o sea, inacabable paliza en el gimnasio para ver si fortalecía los cuádriceps y los gemelos. La mano mejoraba. Mi hombro ya no colgaba como si fuera el bolso de otro. Poco a poco (¡qué expresión tan repugnante!), Blanca Jiménez iba a conseguir que mi mano derecha se pareciera a una mano derecha.

Y ahora aparece Yolanda. A Yolanda me lleva Ana Corraliza, una atractiva morena que ronda los cuarenta y que manda un montón en el gimnasio, aunque finge que no. Yolanda tiene treinta y uno, y toda la gracia de su edad. La cara la tiene como si fuera dibujada por un miniaturista. Lo que mejor me cae de ella al conocerla es que no dice «culete» sino culo, cuando se refiere al culo.

Ana y Yolanda se toman mi pierna derecha muy en serio. Yo creo que hasta ahora nadie se la había tomado así. Todos los días me la estiran, la amasan y hacen diabluras con ella, en esa gran sala que es el gimnasio donde la supervisora, Marisa, consigue que un par de decenas de mujeres y tres o cuatro hombres trabajen de manera que parecen catalanes muy eficientes y serios, pero al tiempo, madrileños (es decir, de cualquier lado, desde Galicia hasta Marruecos) por el humor con que se toman la vida arrastrada de los enfermos. Lo cierto es que reina un ambiente de trabajo envidiable.

Fuera de tantas cosas positivas, no hay quien erradique tampoco de esa parte del mundo palabras como paciencia y frases como poquito a poco.

La Gran Vía

Por el número de tullidos, podría pensarse que el gran pasillo que une los dos gimnasios de la Fundación Jiménez Díaz se trata de la plaza de Jemaa El Fna de Marraquech, solo que casi todo el mundo va vestido de blanco con el logotipo de Capio en el bolsillo de la chaquetilla. No hay tampoco ningún tablero repleto de dientes que uno pueda probarse hasta dar con la talla adecuada. Ni serpientes, ni camellos, ni conejos.

Lo que hay es lo evidente: mucha gente que está hecha polvo porque no le funciona alguna extremidad.

Como no hay bichos ni dientes, prefiero recordar la Gran Vía, que siempre ha sido centro de algo para cualquier madrileño, minusválido o no. Lo más que había allí eran pajaritos de colores, a los que los vendedores habían pintado de cualquier tonalidad inyectando alguna sustancia en el huevo. Los bichos morían enseguida, para desconsuelo de los niños que conseguían convencer a sus padres de que les compraran eso en lugar de don Nicanor tocando el tambor. Para mí la Gran Vía era eso y los turistas. Ellos se distinguían por llevar camisas amarillas y ellas gafas de sol.

Aquí, en la Fundación, paseo de un lado a otro de los más de cincuenta metros de pasillo, exhibiendo mis elegantes gestos muy parecidos a los del bicho asesino que se mete en la piel del granjero en *Men in black,* y me voy cruzando con gente como Caridad, de la que hay que evitar las efusiones que le pueden llevar a uno al suelo, o Paula, una fisioterapeuta que tiene un conejo como mascota y le da a uno interesantísimas informaciones tales como que los conejos pueden pesar ocho kilos o vivir ocho años. Apasionante. Yo le digo que tengo un tigre y hemos quedado en cruzarlos, si es que Paula acaba de una vez por saber si su mascota es macho o hembra. O me cruzo con Raquel, siempre maqueada, con su melena rubia y su sonrisa tenue.

Todo ese recorrido lo hago y lo deshago a la voluntad de Yolanda, la dueña de mi pierna, que quizá consiga algún día que yo ande solo.

Ella y yo sabemos que no será por aquí donde lo haga. Este paisaje es más adecuado para los ensayos de algo que ha sido y es tan importante para Madrid como las Mareas Blancas.

Mientras, ya se sabe: pierna mala, pierna buena, garrota.

Repetir.

Me duele todo yo.

Freire y Esteban

Pocas semanas antes de que me diera el ataque de sequía sanguínea en mi único cerebro, celebré una comida con dos médicos mayorcitos (o sea, eminentes). Lo hicimos en un sitio que se llama El Tulipán y es apto solo para gentes a las que les gusta el fútbol. Cientos de camisetas del Atlético y del Real Madrid cuelgan del techo y las paredes. Y se rumorea que muchos jugadores de las primeras plantillas van de cuando en cuando a comer allí. Yo mismo pude ver a un portero como Diego López como cliente, y actuaba con mucha sencillez, que es lo que se dice en estos casos.

Esteban García-Albea es el hombre más atildado del barrio de Argüelles, uno de los mejores especialistas en Santa Teresa de Jesús, buen escritor y neurólogo. Por hacer un resumen de sus tesis, diré que sostiene que los ataques de la santa eran una manifestación de lo que él llama epilepsia mística. No está Esteban por la tesis de los orgasmos de la de Ávila al ver a Dios. Y José Manuel Freire es experto en salud pública. Ninguno de los dos ha esquivado la tentación del trabajo político, pero los dos han dejado huecos en su vida para seguir cultivando amistades y alguna que otra salida de tono. Bueno, exagero, porque José Manuel es como un cura.

Nos tomamos unas excelentes verdinas, porque el restaurante es asturiano-leonés, carne y gambas, todo ello empapado en un vino rico de veras. Posiblemente lo último influye para que a la salida les conmine a los dos:

—Si algún día veis que la puedo palmar, y que no tiene arreglo lo mío, si veis que me puedo quedar tonto, os emplazo a que me liquidéis de la manera más dulce que se os ocurra.

No les apetece hablar de eso, pero les arranco la promesa de que harán todo lo que esté en su mano en el hipotético caso de que eso suceda.

Bien, pues ha sucedido. Me ha dado el ataque y no estoy seguro de no haberme quedado tonto. Ellos insisten en que no, pero puede ser que lo digan para no tener que cumplir su promesa. Cobardes.

Mercedes y Mario han sido más serios. El día en que los médicos les dijeron que pensaban que podía morir, les llevaron una copia del reportaje que escribí sobre la muerte de mi madre. La copia la recibió el jefe de la UVI de vascular, el doctor Romero, que tuvo el detalle de decirme que lo había recibido y había entendido el mensaje. Tengo que decir que agradecí que me lo comunicara. Poner en orden mis deseos de cara a la muerte era una de las muchas cosas que había dejado sin terminar. Ya he contado algo más de eso antes.

Freire y García-Albea acuden a casa a verme con alguna frecuencia. A mí me viene muy bien que un neurólogo quiera compartir un vino conmigo y que uno de salud pública se esmere con una tan privada como la mía. Asun Morán, que comparte con José Manuel un par de hijos y un nieto, estudia el Alzheimer en su departamento de biología, y parece que tampoco piensa que estoy tonto.

Esteban se toma un delicioso vino blanco de los que mi prima Elena produce en Galicia con sus socios de cooperativa, me hace pasear con él de la mano, juega a lo de los dedos perseguidos por los ojos, mira mis dedos que luchan por volver a la normalidad, y da un diagnóstico preciso:

—La recuperación se puede producir hasta un año después del ictus. Incluso dos. Puede ser que te cures.

Tanta precisión me abruma.

Capitán Ahab

Yo tengo la suerte de gozar de la amistad de gente como Esteban o José Manuel. Pero también tengo mi cuota de horror médico bien cubierta.

Como soy lector maniático de la literatura norteamericana, quizá por influencia nunca bien pagada de mi hermano Javier, tengo el bastón del capitán Ahab, mejor dicho, su sonido, relacionado íntimamente con la muerte. El destino ha querido que yo vaya a estar preso de un bastón, si es que hay suerte, el resto de mi vida.

Estando en el gimnasio, un repiqueteo de bastón me llevó, no sé por qué, al capitán que buscaba la ballena blanca. Me volví mosqueado, apoyado en mi propio bastón, y vi a mi antiguo urólogo, J.C., que se movía por allí en busca de una información que no viene al caso. Hizo como si no me viera, y yo conseguí repetir su absurdo y ofensivo comportamiento.

En la Fundación Jiménez Díaz casi todas mis experiencias de relación con el personal han sido positivas. Pero el doctor C. llegó a unas cotas de grosería y falta de tacto que sigo sin entender.

Cuando me diagnosticó un tumor en la próstata me dijo que había dos posibilidades de tratamiento. Una quirúrgica con él, y otra por radioterapia. Él pensaba que la mejor era la segunda en mi caso. Yo le pregunté que después de eso cómo seguiríamos, y me dijo que no seguiríamos, que ya no teníamos nada de qué hablar. Entre la información que daba sobre el tumor y su forma de concluir una relación y un tratamiento de años, me quedé helado y no supe qué responder.

Unas semanas después, cuando yo estaba ya en la habitación privada del hospital, oí a una enfermera decir que el doctor C. pasaba consulta. Y le envié un mensaje pidiéndole si podía pasarse a verme. Imbécil de mí, sin darme cuenta le había perdonado.

El doctor C. fue implacable. No acudió a mi llamada ni me dejó mensaje alguno que explicara lo sucedido.

Pero ya he oído el sonido de su garrota. Ahab ha pasado por delante de mí sin despertarme ningún sentimiento de simpatía. Eso sí, he conseguido liberarme del resto de mala conciencia que siempre le queda a un paciente con su médico. Si las cosas van mal es porque uno habrá hecho algo mal.

Con el doctor Ahab no tengo mala conciencia, ni le deseo no ya lo peor, sino ni siquiera una fracción de lo que a mí me sucede. Cosa rara, esta enfermedad no me ha llevado a desearle ningún mal a casi nadie. Ni a Ahab.

Pero a Ahab preferiría no verle nunca más. Un médico no es cualquier cosa para un enfermo. Supongo que para él un enfermo tiene que ver sobre todo con el poder y con la

cuenta corriente.

Ahab es solo un pijo.

14 de diciembre, Joan Barril

El periódico de la mañana me informa de la muerte de Joan Barril. Ha muerto a los sesenta y dos años en un hospital de Barcelona por una neumonía. Me entero de que llevaba un par de meses ingresado por una enfermedad hepática.

Joan era un excelente escritor de periódico. También de radio y de narraciones cortas. Era realmente muy bueno.

Resulta que hemos coincidido en tiempos hospitalarios durante muchos días. Y que hemos coincidido en la estúpida elección de enfermedad que a él le ha llevado a la tumba y a mí casi.

He tenido la suerte de enterarme de su muerte cuando ya estoy en casa. En el hospital, y no digamos en la UVI, me habría sentado aún peor.

A Joan le conocí hace años. Y me presentó un libro en Barcelona, *Gudari Gálvez*. Al margen de que puso el libro muy bien, se mosqueó algo con el tono y me reprochó que me riera de Barcelona. Por aquel entonces a mí se me ocurrió lo de que Barcelona parecía un parque temático de catalanes. Joan y yo tuvimos un cierto rifirrafe con el asunto, que no pasó a mayores. Salvo que yo debí hacer algún comentario inconveniente en sitio no adecuado. Eso provocó una reacción espléndida de Joan, que escribió un artículo muy largo dedicado a mi hermano Javier y a mí en el que decía cosas tales como que «el territorio Reverte es un territorio de libertad».

O sea, que a mí Joan me parecía un hombre cargado de generosidad y buena gente. Por supuesto, y en eso no soy nada original, consideraba sus artículos de prensa un modelo de talento.

De Joan ahora se dice también que ha muerto víctima de sus excesos. ¡Pues claro, no iba a ser de los de otro! Tenía el hígado hecho un desastre porque comía sin tasa y bebía whisky irlandés como solo le he visto hacerlo a Juan José López Arévalo, otro republicano, aunque gallego, que sabe de ese whisky más que nadie, sobre todo ahora que ha muerto Joan.

No puedo evitar pensar que si yo hubiera muerto estos días por culpa de la dichosa neumonía, habrían dicho lo mismo sobre mis excesos. Los míos son más bien hijos de las uvas. Me gusta el vino, y espero que un día la disfagia me permita dedicarle la suficiente atención.

Me digo hoy, 14 de diciembre, me lo digo una vez más, que tengo que conseguir volver a hacer del vino mi aliado de diario.

Brindaré por Joan. Aunque sea sin whisky irlandés. Seguro que no aprobaría mi elección.

Resines, sin fecha

No pasa mucho tiempo más hasta que me dan otra pésima noticia, que es la muerte de Antonio Resines, un músico de mi edad. Fuimos muy amigos una larga temporada, junto a Ludolfo Paramio. Resines era un estupendo músico, muy apartado de los canales comerciales, quizá más por imposibilidad de ceñirse a la disciplina de la vida normal del trabajo que por repugnancia ideológica, que era la razón que solía esgrimir. En su juventud compuso algunas canciones de gran éxito, como «Cuervos» o «La balada de las margaritas». Pero dejó ese registro y se entregó a la militancia. Hizo un álbum estupendo con poemas de Ho Chi Min, y compuso alguna banda sonora para documentales que le encargué yo mismo: *El declive del terrorismo en Europa*, que dirigimos al alimón Mario Onaindía y yo.

Resines se dejó llevar en exceso por su afición a la bebida. Se sentía incomprendido (con razón), pero no hacía nada razonable para conseguir que los demás le comprendieran. Estaba demasiado iracundo contra la humanidad y eso le hizo perder algunos amigos.

De cualquier manera, de Antonio nos queda a los que le conocimos un buen recuerdo de una persona llena de talento y capaz de dar cariño en cantidades abrumadoras.

No sé por qué pienso que Antonio ha muerto también en una UVI. Es demasiado suponer, pero no puedo evitarlo ahora. Le pienso allí. Espero equivocarme, y que haya sido todo mucho más dulce y sereno.

Y va a morir, demasiado temprano, también por una neumonía, otro que fue un querido amigo, Agustín Tena. Yo todavía no, ¿eh, doctora?

Haya pasado lo que haya pasado con mis amigos y las UVI, hay que hacer la planilla diaria de disfagia y deglución.

—¡QUEC! ¡QUIC!

La deglución es para mí la parte más pesada de la rehabilitación. No sé por qué no soy capaz de tragar como antes o como el resto de los seres humanos. Hoy, cuando viene la noticia de la muerte de estos amigos, la neumonía se hace más presente que nunca. Hay que aprender a hacer la deglución para que los restos de la comida o la bebida no se vayan al pulmón.

Elvira

Asomado a la ventana de mi casa veo pasar cientos de personas, porque es un barrio muy populoso. Las hay de todas las clases y aspectos posibles del catálogo de la humanidad. Todos tienen en común una cosa, y es que van andando como si fuera lo más natural del mundo.

Supongo que lo de andar tendrá más o menos los mismos años que lo de la mano y la pinza entre el pulgar y el índice. Los que van paseando por debajo de mi balcón es muy posible que no piensen en ello. Hasta cabe la posibilidad de que ninguno de ellos piense en que va andando.

Ir andando parece algo sencillo. Debe de haber una cantidad ingente de imbéciles que piensen que andar es fácil. Yo atestiguo solemnemente que no, que rotundamente no. Andar es muy difícil, exige coordinar muchos músculos, hacer equilibrio, enviar muchas órdenes simultáneas al cerebro. Me parece tan difícil que no puedo hacerlo.

Elvira comparte gimnasio conmigo. Empezó antes que yo la rehabilitación para poder caminar después de que algún maldito accidente le seccionara la médula. Elvira me llevaba ventaja, pero hoy el mal, que está presente por todas partes, se ha cebado con ella. Una infección ha provocado una recaída en su enfermedad. Yo llevaba unos días sin verla, y me la he encontrado en el gimnasio con la cara empapada en lágrimas. Me ha dicho que tenía que recomenzar la rehabilitación. Yo siempre había recibido ánimos de ella cuando nos cruzábamos haciendo alguna extraña función cada uno de nosotros. Cómo odio la palabra paciencia, solo he acertado a decirle: tú puedes, yo te ayudaré en lo que sea posible. Y le he dado un beso en la mano. Elvira me ha sonreído y hemos quedado en vernos allí. Dónde iba a ser, si no. Porque Elvira vive en la calle Molino de Viento, al lado de mi plaza, pero no estamos para hacer mucha vida social.

Yo creo que no soportaría una vuelta a empezar como la que aborda Elvira. Pero es posible que sí. Cada día creo menos en las cosas que antes me parecían muy claras. Por ejemplo, ¿cuál es el límite que me doy a mí mismo sobre la vida y la vida que llevo? Está claro que los límites se amplían, y que el deseo de vivir es mayor de lo que pensamos.

Ahora mismo yo sé que no volveré a andar como antes, que no manejaré la mano derecha como antes, que no tendré la misma voz poderosa y grave que usaba, y algunas otras cosas que todavía no están muy diáfanas en los pronósticos médicos.

Pienso que la frontera de mi resistencia está en la escritura. Es curioso que se centre ahí cuando se trata de algo adquirido. Yo no sé qué es lo que le gusta más de mí a mi mujer, pero espero que entre los despojos de este naufragio quede algo que pueda

compensarle del coñazo de un inválido sobrevenido. Lo que es evidente es que ella no se enamoró de un inválido.

Vuelvo a Elvira y a su encantadora sonrisa que debe tener mucho que ver con que su compañero vaya a buscarla a diario a la rehabilitación. Creo de verdad que tiene fuerza para ganar esa batalla. Y me digo que puede ser que ella piense de mí lo mismo.

Paciencia, maldita palabra. Recomenzar, no menos maldita.

Pepe y el guindo

Dado como son las cosas, si quiero reproducir de alguna manera lo que es mi entorno desde el 9 de septiembre, tengo que escribir en todas las páginas por lo menos una vez la palabra paciencia, que he llegado a odiar. Es más, la odio.

Bueno, pero ahora toca hablar de esa palabra en relación con un ser al que tengo un enorme cariño.

Se trata de Pepe Álvarez Junco, que es uno de los más brillantes historiadores que conozco. De Pepe siempre aprendo algo. Si los nacionalistas y otros cencerros similares aprendieran algo de él, el país sería mucho mejor.

Pero Pepe ahora me interesa para hablar del guindo. Porque resulta que es un hombre tan aficionado a las plantas como a los libros. Hará unos diez años que Pepe se cayó de un guindo. Y no es una metáfora mala, sino la rigurosa crónica de lo que le pasó.

Pepe estaba arriba de dicho árbol (se usa «dicho» cuando hay algo inteligente que decir sobre el árbol), cuando le falló el equilibrio, y le sucedió lo del dicho (ahora se usa «dicho» para referirse a un lugar común), o sea, que se cayó del guindo. Pero al contrario de lo que le sucede a quien lo hace del lugar común, Pepe no se enteró de nada.

Pero sí demostró una naturaleza portentosa. Tuvo que arrastrarse más de tres horas hasta que llegó a un teléfono y pudo pedir ayuda. Pepe se había roto casi todo, y no podía andar ni apenas mover los brazos.

Pepe suele ir acompañado de una mujer maravillosa y buenísima pintora, que se ha atrevido incluso a restaurar algún cuadro de Goya. Se llama María Jesús Iglesias y la llamamos Cuqui quienes la frecuentamos. Bien, pues Pepe suele ser interpelado por mí cuando viene a verme para que me cuente su rehabilitación. Estuvo muchos meses con ella, y al parecer no ha quedado nada tonto. Mientras él relata los detalles de la rehabilitación, Cuqui aplaude como si el Llanero Solitario nos contara algún rescate. A mí me parece bien, porque Pepe me ayuda a tener la dichosa paciencia. Si quedo como él, habré ganado mucho.

También suele visitarme otra pareja formada por mis queridos Santos Juliá y Carmen Martínez. Entre Pepe y Santos me mantengo al día de las conferencias que se les dan a las mujeres jubiladas en Madrid todos los miércoles, porque ellos se ocupan de casi todas.

Un privilegio que a uno le resuman las conferencias, porque así no hay que ir. Si además pudiera tomar una copa… Carmen es menos predecible, porque en vez de

hablar, por ejemplo, de la decadencia intelectual de la España de finales del XVIII, sabe cosas fascinantes sobre la textura del mármol de Macael.

Mi pierna tiene ahora la sensibilidad de ese mármol.

Minusválido

—Lo he estado pensando. Tú lo que eres es un gilipollas.

La tajante y nada amable frase es de Alfonso Corominas, un tipo normalmente afable y educado. Es posible que me la haya ganado a pulso. No hace ni veinticuatro horas que le planteé una pregunta que no tenía una respuesta fácil:

—Alfonso, ¿yo soy un discapacitado o un minusválido?

La pregunta tenía su enjundia. Porque yo ya formaba parte de esa legión de seres humanos que tiene problemas físicos. Y no quería ser incorrecto políticamente en algo que me tocaba tan cerca.

Alfonso es para mí una luz que guía mis pasos en este nuevo territorio. Porque Alfonso es ciego. No es que vea mal, es que no ve nada. Aparte de eso, es un prodigio. Para decirlo en corto es un genio de la vida diaria. Alfonso cocina como poca gente, lee más deprisa que casi nadie, y escribe muy bien. Además, ha sido capaz de llevar todo el sistema informático de gestión de una gran entidad bancaria en la cabeza. Alfonso es matemático. Se hizo tal cosa poco antes de que su ceguera imparable llegara al máximo.

Así que cuando Alfonso me dice algo como eso, debo tomármelo en serio. Vale, soy un gilipollas, pero hay que tomarme algo en serio y no como me está sucediendo día tras día con mucha gente.

Por ejemplo, el mismo Alfonso se sorprendió a sí mismo, a mí y a nuestras respectivas parejas hablándome en voz más alta de lo normal. E interrumpió su discurso con una risotada:

—¡Perdona, Jorgito, he cometido la estupidez de hablarte alto, como si fueras sordo! ¿Sordo no eres, verdad?

Pues no, no soy sordo. Me voy a colgar un cartel del cuello para que la gente se entere. No soy sordo ni subnormal, que es otra palabra que ya estamos borrando del uso habitual.

Así que soy un discapacitado temporal. Pero nadie me dice por cuánto tiempo. Le he dicho a Alfonso que si le parece bien soy un minusválido discapacitado temporal y algo gilipollas.

Bueno, ya me voy encontrando un lugar en el mundo.

Con Alfonso y con Pilar Balseyro, solemos hablar de escritura Mercedes y yo. Pilar ha trabajado muchos años conmigo y a pesar de todo me sigue apreciando, por lo que parece. Es una excelente lectora, y a mí me tiene muy cogido el tranquillo. Sobre este libro les planteo la idea: se trata de aprovechar mi minusvalía y sacar de ella algo positivo. Por ejemplo, como yo no puedo escribir textos largos, tengo que hacer de la

necesidad virtud y convertir una secuencia de narraciones cortas en un libro. La intención es muy parecida a la que anima a los poetas. Nadie sabe por qué suena especialmente bien un soneto, que tiene catorce versos de once sílabas. Bien, eso pasa igualmente en inglés y en castellano. La narración de folio y medio, que coincide con la extensión de mis artículos en *El País*, tiene una enorme capacidad para reunir historia y tensión.

Pues a ello me dedico todos los días una hora por lo menos.

Paciencia.

Una noche con Telmo

He estado muchos años militando contra las fiestas navideñas. En una ocasión mi pertinacia consiguió que Mercedes cediera, y no hicimos nada en Nochevieja. Acabamos acostándonos antes de la una, muy abrazados el uno al otro y llenos de tristeza. Así que me he vuelto tradicional para no ponerme más triste de lo debido.

Este año, Mario, Mercedes y yo nos aprestamos a pasarlo de una manera suavemente divertida. La cena que ha puesto en marcha Mercedes es estupenda, aunque mi vocación por los purés, que nadie sabe de dónde me viene, rompe algo la alegría gastronómica.

Cuando estamos preparando ya las últimas cosas, el timbre de la casa suena disparado. Aparece Teresa, la vecina del primero que me pone las inyecciones todos los días, llorando desconsolada, y nos cuenta que la niña se le ha quedado morada en el baño, que se van a urgencias y que si podemos quedarnos con Telmo, que tiene cuatro años. Naturalmente decimos que sí. El traspaso del niño se hace a toda velocidad.

La casa se queda convertida en un argumento de cuento ruso de Navidad: un niño separado de sus padres por una urgencia médica de su hermanita, un minusválido que no puede apenas moverse por los efectos del ictus. Para completar podemos decir que Mercedes es huérfana (a los cincuenta y seis añitos) y Mario, hijo de padres separados (a los treinta y uno).

Pese a lo terrible del ambiente, metemos el cordero en el horno y tomamos unos aperitivos. La pobre huerfanita, acompañada por el pobre hijo de padres separados, se luce con las previas a la cena. Telmo muestra una gran serenidad. No llora ni rompe nada. Es más, se dedica a distraerme para que no me aburra, y supongo que para que yo tampoco rompa nada ni llore. Como yo llevo un parche en las gafas para poder ver algo, el niño dice que tengo un ojo tachado cuando está pintando la cara de un señor, al que tacha también un ojo.

En todo caso hay que ir a la cocina alguna vez porque el niño tiene que estar hambriento. Desde luego, se asoma al horno a través del cristal y dice que él quiere la pata más grande del bicho, y lo dice después de haberse encalomado un tremendo plato de arroz con tomate y varias rebanadas de pan con jamón «sin hilo» para no atragantarse. El pobre hijo de padres separados empieza a ver su cena en riesgo.

Salimos, pese a todo, airosos de la prueba, y recibimos noticias tranquilizadoras de Teresa y Miguel: Antela ha superado la crisis.

Miguel viene a buscar a Telmo un poco antes de que tomemos las uvas. Teresa y Antela pasarán la noche en el hospital.

Antes de irse, Miguel nos dice muy serio:

—Se me olvidó deciros que Telmo come más que una lima.

Era verdad. No hicimos más que asentir. La verdad es que Telmo nos arregló la noche.

Un paralítico y una huérfana dan mucha tristeza en los cuentos rusos.

La mano

La mano humana tiene unos cuatro millones de años, según calculan algunos antropólogos que han estudiado los restos de algunos parientes del hombre en África. Por supuesto, parientes muertos.

Blanca asume la responsabilidad de los miembros superiores con enorme naturalidad, pese a la cantidad de años que llevan ahí puestos.

Empieza todo en el hombro. Sigue el brazo, el codo, la muñeca y por fin la mano. Sin el hombro nada funciona. Así que hay que hacer un trabajo preparatorio muy serio para tratar los demás aparatos. El hombro doloroso es una lesión muy frecuente. A mí me apareció con una manifestación escandalosa de un escalón de unos dos dedos de grosor entre las dos partes que debían estar unidas.

Los primeros días en el hospital solía preguntar por mi brazo. No sentía nada y me daba la impresión de que me lo iba olvidando por todos lados.

—¿Ha visto usted mi brazo?

No era una pregunta hecha en broma, sino que la hacía para que me lo dijeran de veras. A mi familia lo mismo, en las horas de visita.

—¿Dónde está mi mano?

Desde que comencé con Blanca lo primero que atendió fue mi hombro, haciendo todos los días una declaración de principios terminante:

—Nosotros trabajamos para que los órganos hagan su función. Si no hay hombro, no hay brazo y, por tanto, no hay mano. Lo primero es el hombro.

Al parecer una de las cosas que más distinguen al hombre de los otros bichos que pueblan el mundo es la pinza, que consiste en la difícil virguería de juntar la yema de los dedos pulgar e índice. Con la pinza hacemos gran parte de nuestra vida inteligente. Es decir, aplicamos a la realidad las cosas que se nos ocurren. Desde ponernos un zapato hasta abrochar un botón y no digamos si queremos —cosa que yo no hago frecuentemente, lo confieso— diseñar una máquina.

Así que sabemos que hace cuatro millones de años que Blanca podía haberse ganado la vida. Nos lleva ventaja.

Menos mal que nadie enseñó a hacer la pinza a los leones.

Libros por huevos

En pocos días veo marcharse del gabinete de Blanca a varias personas que consiguen el alta. Tienen, o tenían, diagnósticos muy variados. En principio, hay que distinguir entre los afectados por una enfermedad neurológica, y los de origen traumático.

Mari Carmen es ama de casa, y tuvo un ictus que dejó su mano inútil. Yo la he visto hacer pesadísimas maniobras cortando plastilina. Como hacía también Laura, una encantadora jovencita que se rompió las dos muñecas. Y Miguel, que tenía unos bultos en las muñecas que no le dejaban trabajar como encargado de mantenimiento de un colegio cercano a El Molar.

La marcha de estas personas, dadas de alta, es decir, en plena capacidad de uso de sus manos, no me provoca envidia sino una gran alegría genuina, porque les he visto hacer las mismas cosas que Blanca me obliga a hacer a mí.

Laura me da un beso muy fuerte al irse y echa alguna lagrimilla. Sus palabras, como es natural, son de ánimo.

Antes de irse, Miguel me ha regalado media docena de exquisitos huevos de corral. Yo le he correspondido con un libro mío. Me da mucho pudor hacer regalos con mis libros, pero sé que eso es un detalle que la gente agradece. Para quitarle importancia le digo que mis libros también son de corral.

Tengo que mover este deeeeedo.

Ricardo Cid

—¡Cac!

La logopeda me da el pie para que yo dé una respuesta igualmente extensa e inteligente.

—¡Cac!

—Eso no ha estado nada bien. ¿No se da usted cuenta de que la última letra que pronuncia es una ge?

Yo, desde luego que no me doy cuenta, o mejor dicho, no sé hacerlo de otra manera. Porque si supiera lo haría.

Cristina tiene bastante correa y sentido del humor. Tolera con buen talante el que me salga del guión, y se ríe de su oficio utilizando un libro lleno de frasecillas de difícil pronunciación y escaso sentido. Una cosa son los fonemas como «cac», que tienen su sentido científico, y otra son las frases como «el cielo está enladrillado, ¿quién lo desenladrillará…?». A mí esas oraciones me mueven a una risa infantil y descontrolada que arrastra siempre a Cristina. Así que cuando las pone en la pantalla se suele reír por anticipado. Acabamos los dos como niños de colegio esperando que nadie nos pille en la fiesta de la risa incontenible y clandestina.

Hace algunos años, cuando yo lo desconocía todo sobre esta técnica, tuve una experiencia bastante curiosa. Un amigo mío, periodista también, uno de los mejores columnistas de su momento, Ricardo Cid, me llamó un día para que le llevara al hospital porque había amanecido con la boca torcida y el cuerpo desbaratado. Para tomarnos la difícil situación un poco a broma, pasamos el itinerario desde su casa hasta el hospital diciendo palabras complicadas y así probábamos su estado. El taxista nos miraba bastante extrañado. Cuando le metieron en urgencias para atenderle de un evidente ataque cerebral, me dijo como despedida un «idiosincrasia» perfectamente pronunciado.

Unos días después Ricardo moría en el hospital Gregorio Marañón de un segundo ataque, en brazos de mi mujer, Mercedes, que también era amiga suya.

Fue en 1992 cuando me atreví a contar esa historia en un relato que se llama «El último café». Lo hice en un hospital, adonde obligué a otro amigo, Ludolfo Paramio, a que me llevara una máquina de escribir electrónica, la más absurda que haya inventado el hombre. Allí, en un par de horas, escribí el relato de la muerte de Ricardo. Creo que es lo mejor que había escrito hasta entonces.

La máquina aquella no volví a usarla jamás. Pero bueno, cumplió su función. A Paramio sí.

En ese relato usaba un montón de palabras que a lo mejor le vienen bien a Cristina para su oficio.

La próxima vez que me reciba con un «¡cac!» tengo que acordarme de darle una copia que no suelo llevar en el bolsillo.

Mientras tanto seguiré aguantando este insoportable día a día en el que no se pueden ver los progresos de mi fluidez verbal y sí se puede oír por todas partes la recomendación insoportable: «Paciencia, Jorge, paciencia».

El mal

Leo un libro de Terry Eagleton que se titula *Sobre el mal* (Península), que ha comprado mi hijo Mario. El libro me ha hecho pensar inmediatamente en Lola, que acaba de morir cuando se cumple el treinta y ocho aniversario de la matanza de abogados en Atocha.

Se llamaba María Dolores González Ruiz, y era una abogada laboralista que tuvo una mala suerte legendaria. Lola fue novia de Enrique Ruano, asesinado por la policía franquista y el *ABC* del momento. Luego, fue la pareja de Javier Sauquillo, también asesinado por una banda de extrema derecha. Lola recompuso a medias su vida y su compañero fue víctima de un cáncer. No pudo aguantar más.

El mal no tiene un cuerpo cierto que nos permita señalarlo y actuar contra él. Pero el mal existe. Y está claro que se enamoró de Lola. Es difícil encontrar una biografía reciente tan torturada como la de esta mujer. Y es difícil encontrar una mujer que haya sufrido tanto por ese mal, ligado además a la notoriedad.

Lola no quería hablar de su pasado. Quizás habría sido bueno, pero seguramente el pudor se lo impidió.

Su última oportunidad fue truncada por una enfermedad que no tenía nada que ver con la política. Era doblemente maligna porque indicaba que ni fuera de lo público podía tener descanso.

Yo la conocí muy poco. Menos de lo que habría deseado. Quería escribir sobre algunos aspectos de su pasado. Con enorme tacto, y con mucho cariño, se fue deshaciendo de las peticiones que le hacía para refugiarse en su derecho al silencio, que no debía tener del todo claro, porque siempre decía: «Para ti, sí hablo».

No habló nunca. No conseguí de ella lo que de verdad no quería contarle a nadie. Quizá porque le parecía que todo estaba ya contado y lo que no, le pertenecía solo a ella y a sus muertos.

Lola, a su pesar, era ya un símbolo. Símbolo del dolor y la mala suerte.

Yo voy a hacerle un homenaje que consiste en poner a todo trapo el «Lola» de los Kinks. Champán.

El mal está realmente presente a nuestro alrededor, y es muy difícil de reconocer, porque no siempre se muestra ligado a una persona, sino que a veces solo se sabe que está por los efectos que provoca.

Yo no voy a ser tan presumido como para creer que el mal se ha enamorado de mí, pero un poquito de afecto me debe haber tomado, porque ha dejado pocos sitios de mí sin tocar con el ataque del ictus.

Ha coincidido conmigo en días pasados una monja que se llama Mari Carmen, tiene ochenta y seis años y está en una orden de las que se dedican a misiones en el Tercer Mundo. Mari Carmen es una buena persona, se ve de lejos. Yo no quiero ni a las monjas ni a los curas, no puedo soportarlos normalmente. Pero Mari Carmen tiene encanto suficiente como para superar mis prejuicios. Le digo que tenga cuidado con Blanca, que es una agente satánica, y que yo mismo soy un enviado de Luzbel para tentarla. Lo que pasa es que no puedo precisar más porque no sé con qué podría tentar yo a Mari Carmen. Cuando me marcho al otro gimnasio después de hablar de cosas así con ella, se vuelve a Blanca para tranquilizarla:

—No le hagas caso, lo que dice es broma.

El asunto es que yo creo que personas como Mari Carmen no pueden ser nunca objetivo del mal. ¡Qué va a conseguir el mal con eso! Yo le deseo lo mejor. No por monja, sino por Mari Carmen.

Pero claro, el mal justamente es mayor por emplearse a fondo donde no se le espera. Mari Carmen no es nadie para él, pero lo que conseguiría es dejarnos a todos atónitos.

Veamos a Esther. Tiene algo menos de cuarenta años y estaba trabajando en Irlanda para la IBM. Esther es economista. Le dio un ictus cuando estaba sola en casa. Pasaron dos días hasta que alguien la encontró. Esther está ahora tetrapléjica y va un par de veces por semana para que Blanca la trate. No solo la mano, sino todo aquello de lo que pueda hacerse cargo.

Esther tiene una mirada asombrada. Los ojos aparecen tras los cristales de sus gafas con un aire de no creerse lo que pasa. Dice con gran dificultad que hoy está muy bien, y poco más. Tiene tratamiento en la Fundación Jiménez Díaz porque su padre puede afrontarlo. Y su madre dedicarle el tiempo que precisa para asearla por la mañana, acompañarla en la ambulancia que la traslada desde Cobeña hasta la Fundación Jiménez Díaz, y vuelta a casa. Todo ese proceso consume muchas horas, que la madre, que se llama también Esther, lleva con buen humor.

Conociendo a Esther y su caso realmente conocemos mejor la naturaleza del mal. No hay nada en esa niña que pueda despertar el menor sentimiento negativo. La pobre lleva una vida que le debe resultar desesperante, para ver únicamente cómo su madre se entusiasma porque ha pintado una E reconocible al intentar escribir su nombre.

Esther es la mejor demostración de que el mal existe.

La sombra de López

El 18 de enero me publica *El País* un largo reportaje con el título de «Sobrevivir al ictus», que tiene una repercusión grande, sobre todo en lo que yo controlo, claro, que son los amigos, la familia y las entradas a mi blog, que se disparan.

Es curioso ver cómo contar algo así provoca un efecto según el cual parece que todo está ya superado. Ahora tengo que explicar a la gente que me es cercana que sigo sin estar curado, que nada más que estoy vivo. Nada más.

Al cabo de una semana, más o menos, me llama mi agente literaria con una historia que parece abracadabrante. En resumen, ha recibido una llamada de una agencia para proponerle que yo me haga una foto con el doctor López Ibor delante del Clínico. La foto se publicaría junto con un reportaje en el suplemento de medicina de *El Periódico.*

Me quedo de piedra, y no sé qué decirle. Consulto con Mercedes. Los dos nos preguntamos lo mismo: ¿para qué quiero yo una foto con López Ibor en el Clínico? La respuesta es nítida: para nada. Supongo que nadie pretendería que me desdijera de lo escrito en el reportaje. Pero no lo investigo más. Es una pena, quizás podía haber sabido cuánto vale mi testimonio para el laboratorio farmacéutico que lo pagaba.

Mira por dónde volvió a aparecer López.

Oliver Sacks

Oliver Sacks es (cuando escribo esto todavía vive) un catedrático de neurología de la Universidad de Nueva York y autor de un libro tan sugerente y divertido como *El hombre que confundió a su mujer con un sombrero* (Anagrama).

Sacks decidió despedirse un día del respetable mediante un artículo publicado por el *New York Times,* que fue traducido al español por *El País* el 21 de febrero de 2015, con el título de «De mi propia vida». Tenía un cáncer terminal que le dejaba solo unos meses de vida.

En el texto, Sacks hacía una celebración de la vida y aseguraba que lo que le quedaba lo iba a gozar todo lo posible, además de encontrar el tiempo necesario para comprender mejor algunas cosas, arreglar algunas cuentas pendientes, y hasta hacer un poco el tonto.

Tomarse las cosas con semejante deportividad es seguramente más fácil a los ochenta, como es el caso de Sacks, que a los sesenta y seis, por poner una cifra al azar. Pero es admirable en todo caso, sobre todo si se ama tanto la vida como él dice amarla.

Este libro tiene una ventaja enorme sobre lo que escribe Sacks, que es que el autor no tiene, ni mucho menos, la constancia de que vaya a morir pronto, aunque la ha tenido durante el proceso de la escritura. Tiene una desventaja también, que consiste en que sus manifestaciones son menos terminantes y llegan al lector con una carga dramática mucho menor.

Yo, desde luego, prefiero mi situación que la de Sacks. Seguiré el rumbo de su vida según mis posibilidades.

Cuando esto se publique, Sacks ya habrá llegado al estadio final de la muerte. A mí me ha hecho pensar en muchas cosas, a las que soy ahora más sensible. Y solo por eso ya tengo que estarle muy agradecido.

Hay algún aspecto que me parece relevante de su reflexión, aunque justamente puede parecer banal. Me refiero a los ajustes de cuentas con el pasado, que yo he tenido que hacer a mi vez. Y me resulta ridículo pensar, por ejemplo, en alguna acción de la que me he arrepentido muchas veces por haber causado con ella daño moral a alguna persona. En algún caso se trata de sucesos que tuvieron lugar hace más de cincuenta años. Y me pregunto, ¿y si la otra persona lo ha olvidado porque aquello le parecía una bobada?

Tiene gracia el haber recibido semejante castigo por algo que el otro nunca tuvo en gran valor.

Gracias, Oliver.

El espesante

Antes de ser una víctima del ictus, yo nunca había oído hablar del espesante. Claro que tampoco había oído hablar de la disfagia, que es una enfermedad consistente en dos cosas muy perversas ambas: la primera es que la comida o la bebida se pueden desviar al aparato respiratorio y provocar una neumonía, y la segunda es que la voz resulta muy afectada por una respiración forzada, de modo que adquiere una cadencia trabajosa y lenta.

Respecto de la voz, cuando advertí el efecto, hice alguna chanza pensando que iba a ser pasajero y muy fácil de vencer. Me habían colocado la sonda nasogástrica para darme de comer sin riesgo. La voz me salía parecida a la del ministro de Hacienda, Cristóbal Montoro, y por el WhatsApp, con mensajes de audio, me dediqué a asustar a mis amigos con la acción recaudatoria sobre sus ingresos. Pero cuando me retiraron la sonda, ahí siguió la voz y ahí siguieron los problemas de ingestión de alimento.

El espesante es clave para que algunos líquidos no se vayan a los pulmones de forma inadvertida. Lo que hace es lo que su nombre indica. Y como es de imaginar, cambia la textura de los líquidos, los hace distintos.

Yo siempre les decía a los amigos que lo último que iba a hacer en mi vida era tomarme un buen vino con espesante. Tengo que reconocer que ya lo he hecho, víctima del pánico a no tomarlo nunca más. Desde luego que altera una condición básica de cada caldo, que es la textura, pero también es cierto que ni el aroma ni el sabor se ven afectados por ese producto que es un derivado neutro del almidón del maíz.

Mi escaso espíritu asociativo se despierta algo pensando en una hipotética asociación de dipsómanos acosados por la disfagia, reclamando buenos espesantes para su vino favorito. Por ejemplo, qué hermoso sería leer un artículo sobre «El Ribera del Duero y el último espesante de Nestlé», porque, como siempre pasa, esas cosas las fabrica una multinacional suiza, país donde la disfagia apareció por primera vez cincuenta años antes que en España (creo).

Lo que tengo ganado, de momento, es un acuerdo muy beneficioso para mí, con Carlos Arenillas, que ha prometido no tomarse ningún *gin-tonic* hasta que yo pueda hacerlo, y que me ha asegurado una semana gastronómica por Madrid cuando pueda comer y beber razonablemente. Por si acaso llevaré espesante para él y para mí. Estoy seguro de que lo comprenderá.

Lo de la voz tiene un arreglo más difícil. Cristina, la logopeda que atiende mis males de deglución y de habla, me dijo un día muy seria:

—Usted dirá lo que quiera, pero no es posible que cantara bien.

Yo me rebelé ante semejante aventura sobre mis dotes anteriores a la disfagia. Una cosa es que yo sea incapaz de hacer un buen falsete y otra que no entone bien e incluso que no haga estupendas incursiones en el terreno de los tenores y los bajos. Mis hermanos, que casi todos cantan bien, y mi mujer, que ha sido señalada por el dedo de Dios en ese terreno, estarán encantados con el diagnóstico de la logopeda. Pero yo me rebelo.

Uni

Una de las cosas que ayudan a la dichosa paciencia para resistir y acabar venciendo a la enfermedad es encontrar algo con lo que pasar el tiempo que le guste a uno. Una de las muchas circunstancias favorables que yo tengo es la de que mi actividad favorita sea escribir. Eso tiene una ventaja ahora, en mi caso, muy importante, no necesito apenas nada para hacerlo… salvo la ayuda de Mercedes, que hace de su mano derecha mi mano derecha, es decir, que escribe lo que le dicto sin quejarse apenas, excepto cuando alguna palabra o alguna construcción verbal desafían sus principios. Al margen de ello, uno necesita ejemplos de carne y hueso a los que seguir.

Pedro Arjona, que es uno de los pintores a los que más admiro, ha perdido a su hermano Uni, derrotado por una o muchas enfermedades vasculares. A Uni se lo podía haber llevado alguna de ellas en cualquier momento, pero la pasión y la libertad le mantuvieron en este mundo. Yo le admiraba, aunque él no lo sabía, por esa capacidad de resistencia.

La muerte de Uni no ha saltado a la primera página de los periódicos por una circunstancia obvia: no era nadie fuera de los círculos familiares, donde —me consta— se le quería mucho, y no protagonizó ninguna hazaña que reventara su comunidad de vecinos o su barrio.

Pero Uni era alguien con su importancia. Nació de dos anarquistas de pocas letras y mucha voluntad en 1937. Le bautizaron Universal Durruti, en una inequívoca muestra de militancia libertaria y de homenaje al héroe leonés muerto en Madrid frente al hospital Clínico.

En 1939, cuando tenía dos años, Uni experimentó en sus carnes la primera dentellada de la represión franquista. Su padre, Roquito «el bien hecho», y su madre, Lola, cedieron, como era lógico, a la imposición salvaje de la Iglesia y el dictador, y le cambiaron el nombre por el de Carlos, bastante más civilizado para el momento.

La vida de Uni transcurrió sin grandes sobresaltos, salvo alguna dentellada del hambre y la escasez durante el franquismo. Excepto por una razón: tuvo que convivir con un nombre clandestino en casa (Uni) y otro en el exterior (Carlos). Hasta la muerte del dictador, que supuso su resurrección civil como Universal Durruti.

No hizo nada más que fuera socialmente destacado. Formó una familia, se aficionó a la pintura, y en ella creyó encontrar una razón importante para su vida. Todo el anarquismo que anidaba en su corazón lo volcó en esa disciplina. Pintaba lo que le daba la gana. Si un río tenía que ascender una colina, desafiando la gravedad, pues la ascendía. El cuadro era suyo.

Más allá de sus licencias creativas, Uni copiaba a los grandes maestros, y se hizo con una lista de encargos que ya era grande cuando murió.

Nos dejó sin haber terminado *Las lanzas*. Yo no sé hacia donde apuntaban esas lanzas que estaba pintando. Pero Uni ya era libre.

5 de abril

Mercedes me pide de vez en cuando un poco de árnica, algún ingrediente que quiebre el tono duro de este relato.

Pues hoy es 5 de abril y venimos de Bustarviejo, de pasar la Semana Santa, mi hermana Cristina, Mercedes y yo.

Casi nunca pasa lo de este año: han sido cinco días de sol, buenas temperaturas, sin viento. El campo daba unos colores brillantes bajo una luz insultante, y millares de flores que se abrían para disfrute de nuestros ojos ciudadanos. Por la noche, el fuego, porque la temperatura en la sierra siempre baja mucho. Delante del fuego, cuando hay alguna visita, mi hermana y yo tenemos que contener la risa al recuperar un juego infantil que tenía como protagonista a mi padre, y que consistía en apostar cuánto tiempo tardaría la visita en exclamar con mirada nostálgica:

—¡El fuego es como el mar! Se pasaría uno horas mirándolo.

Siempre sale. No falla, sea quien sea el visitante, su capacidad intelectual y su titulación académica. ¡Es como el mar!

Lo del campo sirve para disfrutar mucho, pero no para relajarte ni ver las cosas más fáciles.

Empecemos por la vista. Los ópticos no han encontrado todavía la combinación adecuada entre cristales convencionales y prismas que me permita ver mejor. Las flores tienen un toque borroso, y algunos objetos tienen una estúpida costumbre que consiste en duplicarse. El neurooftalmólogo nos ha dicho que no tiene mucho que hacer, que espera que los ópticos lo resuelvan. Veremos (o no).

La deglución no mejora de manera apreciable. Hoy no he podido comerme un cocido a pesar de que estaba pasado y bien pasado por la batidora.

El verbo, que me sale espasmódico y fatigado, encuentra su tope muy pronto. Es mi principal herramienta para escribir. Ya he contado lo que me importa hacerlo. Y cuando llevo algo más de un folio y medio, me desaparecen los sonidos por mucho que refresque las cuerdas vocales.

El brazo derecho. Yo por él apostaría más que por otras cosas. Cuando hago los deberes que me manda Blanca, suelo conseguir lo que me propongo, cosas como doblar una chaqueta de lana, meter diez nueces en un cuenco, y hacer la pinza. Creo que algún día podré utilizar un teclado. Con eso y la vista mejorada podré escribir solo, que es el primer objetivo de mi recuperación.

Miento. El primero es andar. No hay nada que hacer si no lo consigo. Andar —ya lo he dicho— es muy difícil pese a que hay millones de imbéciles que lo hacen sin saber

que es un privilegio. Me sé la teoría: para mover el pie izquierdo hay que tener bien apoyado el derecho y la pierna derecha debe estar completamente extendida. Y al revés.

Es fácil, ¿verdad? Pues no. Siempre falla algo. Habitualmente, la fuerza. Tendré que ganar unos kilos. Pero nadie sabe cómo se hace eso.

Este es el balance cuando se van a cumplir siete meses desde que el cerebro se me nubló al lado de mi casa.

El campo en primavera es como el mar.

Pero viene la nota alegre: me he encontrado por la calle en su silla de ruedas a Elvira. Nos hemos dado el uno al otro todo tipo de buenos deseos. El marido de Elvira ha sido muy amable y me ha dicho que me veía mucho mejor que cuando me conoció. Yo a él también.

Hay muchas más cosas en la visita a nuestra casa de la sierra. Veo a mucha gente, y tomo el aperitivo al sol como antes de que me diera el jamacuco.

Antonio Morato, que es un gran cantero, y al que conozco desde hace más de veinticinco años, me recibe con patatas de su huerta y huevos de corral de sus gallinas. Lucía y Sonia hacen un cocido espléndido. Y Olegario se planta con una botella de vino tinto, del que sabe que me gusta, para darme la bienvenida.

Es como la historia sagrada. Si yo fuera el niño, los de Bustarviejo me llevarían como presentes cargamentos de patatas, incienso y mirra.

Ni Monty Python ni yo sabemos qué es la mirra. Pero la intención de agradar con ella es evidente.

Revolcón

El 7 de abril me llevo el mayor revolcón desde que se me manifestó el ictus. La jefa de rehabilitación, la doctora Carmen Mateos, me llama para hacer un examen de deglución. Los datos que tenemos de otros análisis anteriores no son alentadores. Al examen asiste Cristina, la logopeda que lleva lo mío, que está tan nerviosa como yo antes de pasar la prueba.

La doctora Mateos me mete una camarita por la nariz y va indicando a Cristina que meta líquidos con distintas texturas en mi boca para que yo los trague y ella pueda ver cómo lo hago.

La prueba resulta desastrosa para mí. Al parecer, siempre algún resto de comida o de líquido pasa al pulmón cuando como o bebo.

La doctora no deja mucho a la imaginación: la terapia es la que es, no hay más; no podemos avanzar más por ahí. La solución está en mis manos: o bien se me pone otra vez una sonda nasogástrica, o una directa al estómago, o bien yo me hago responsable de mi propia seguridad.

Por lo que yo entiendo, me está declarando desahuciado. No tengo cura posible. O me engancho a esa sonda, o me muero en función de la suerte que tenga y de la magnitud de la bronconeumonía que me pudiera agarrar.

En esas estoy. Mercedes y Mario me dan todo el coraje que pueden juntar, y Esteban García-Albea y José Manuel Freire toda la sabiduría que se puede reunir para buscar una segunda opinión y una alternativa.

La verdad es que todavía no sé cómo se podría vivir con la sonda. Espero no tener que probarlo.

Las medias de la vecina

Recuperarse de un golpe como el del 7 de abril no es sencillo. Hay que armarse, y no de paciencia precisamente, sino de argumentos, opiniones médicas, apoyos morales. Antes de entrar en la descripción de todo ello, debo dar cuenta de una situación que me ha ayudado mucho, y podía ayudar a cualquier otro en mis circunstancias.

Mercedes empujaba mi silla, y yo iba cabizbajo, ayudado por mi hermana Cris a soportar el trance. Nada más abrir el portal, aprovechando todo el contraluz que dejaba pasar el vano de la puerta, estaba Concha, mi octogenaria vecina del segundo derecha, que nada más ver el cortejo que formábamos reclamó nuestra atención y rechazó cualquier intención que indicara que íbamos para otro lado en lugar de atenderla.

—¡No te lo iba a contar para que no te rieras de mí! —Como es lógico, a semejante anuncio le siguió el inicio de la narración—: Iba por la calle, y se me han empezado a caer las medias. No te lo enseño porque no puedes ver eso.

Y como es lógico, a semejante anuncio le siguió un levantamiento de faldas que dejó ver sus piernas, surcadas por las gomas de las medias. Una combinación de tela poco sutil dejaba advertir a cualquier admirador de la anatomía femenina todo lo que podía imaginar de Concha.

El contraluz era muy sugerente. Y no me costó nada decir lo que me tocaba como caballero español:

—¡Qué piernas tan bonitas tienes, Concha! ¿Nos dejarías pasar?

—¡Ay, este hombre, tan zalamero! ¡Pasa, pasa, *jodío* por culo!

Y nos despachó a los tres con un toque de garrota poco cariñoso.

El acontecimiento ayudó a que yo recuperara algunas fuerzas para afrontar mi inmediato presente. Concha y sus piernas me condujeron a la segunda opinión. Esteban se demostró de nuevo como el médico que todos deseamos tener cerca cuando nos estamos muriendo de veras o en sentido figurado.

Yo ahora me estaba muriendo solo en el sentido figurado. Le buscó con naturalidad una salida a la compleja cosa.

La segunda opinión

Los médicos españoles han acogido con una extraña serenidad el que los pacientes tengan derecho a una «segunda opinión» que, como su nombre indica, rompe el monopolio de la verdad sobre un diagnóstico.

Después del revolcón que me había llevado con el diagnóstico que me abocaba casi a la sonda nasogástrica, Esteban organizó una revisión de mi caso en el hospital de Alcalá de Henares con la doctora Lola Valverde, y para la nutrición la enfermera Rosana Ashbaugh, a la que no le cabe en el pecho más parafernalia de la Marea Blanca. Los dos exámenes dieron resultados más benévolos y optimistas que los que me habían dado en la Fundación Jiménez Díaz.

A pesar de lo normalizado del procedimiento, en la Concepción había una cierta expectación morbosa sobre el resultado de mi segunda opinión. La doctora Mateos había hecho una elegante maniobra viniendo a decirme que le parecía estupendo que hiciera eso.

Al día siguiente, yo solo tenía retazos verbales de este segundo diagnóstico. Pero tenía que acudir a una nueva revisión de mi caso con la doctora Mateos y con Cristina, la pedagoga de nutrición. La prueba salió mejor que la anterior, y ya no se volvió a plantear la idea de la sonda, que tanto me aterraba.

Fueron unos días que si no llegaron a producirme euforia, sí me dieron una importante inyección de optimismo para continuar con el tratamiento de reconversión industrial de mi cuerpo.

Porque estrené gafas. Llevaba siete meses viendo doble o viendo borroso. Tenía que escoger una u otra manera, y puedo asegurar que las dos son muy incómodas. Cambié a una tercera, que era llevar las gafas con un parche y ver con un solo ojo. También es muy incómoda. Pregúntenle ustedes a cualquier tuerto que tengan en su entorno. Es cansado y las distancias se miden muy mal.

Es curioso que en un hospital de primera categoría no haya una atención a los ojos como la que hay a la mano o a las piernas. Pero no sé yo quién puede arreglar eso. En todo caso un neurooftalmólogo de la FJD fue quien me dio luz verde para ir a mi óptico. Macarena, que así se llama la licenciada en oftalmología que lleva el asunto en Optimon (mi óptica), es de las pocas personas, que yo sepa, que hay en Madrid preparadas para hacer gafas con el sistema de prismas. Volver a ver después de más de siete meses es una experiencia casi única que recomiendo a todos los que no vean. A la mañana siguiente a tener mis primeras gafas le pedí a mi mujer, cuando se despertó, que levantara la persiana y me pusiera el primer par.

—Es para ver si era verdad —dije lleno de euforia.

La pierna me dio también algunos motivos para el optimismo, porque además yo estaba más que dispuesto a recibir buenas noticias. Yolanda, la dueña de mi pierna derecha, y Lamberto, un joven estudiante en prácticas, me dieron un paseo por el gimnasio, corrigiendo mis pasos y mi postura, como siempre. Como si yo alguna vez les hubiera dicho a ellos cómo tenían que andar. Cuando acabó la tortura pregunté a Yolanda:

—¿Tú crees que yo algún día volveré a andar?

Se rio con su timbre encantador y me dijo cargada de razón:

—¿Y qué es lo que acabas de hacer?

Tenía razón y se la di.

En este repaso provocado por la segunda opinión, la dueña de mi mano derecha, Blanca, estuvo más que empeñada en subirme la moral. ¿Es que no ves cómo te puedes lavar el pelo casi tú solo y cómo puedes doblar una chaqueta de lana sin ayuda?

También tenía razón, y también se la tuve que dar, pero eché la vista atrás y le pregunté si el 9 de septiembre había ido yo a urgencias porque no podía doblar alguna chaqueta de lana.

Bromas aparte, la mano iba viento en popa. Ya sabía hacer cosas tan útiles como cortar una plastilina con cuchillo y tenedor, pese a que no me gusta la plastilina ni muy hecha ni poco, o tomar con una cuchara normal la sopa de arena de río. Desde luego, no hay que echar en saco roto lo de doblar la chaqueta, que me permitiría ganarme la vida en Bangladesh con tal de poner el doblado de cada mil prendas a un euro.

Por supuesto, hay que colocar en la balanza lo más importante de todo, y es que había comenzado a usar los dedos de la mano derecha para escribir este libro. Normalmente, es decir, antes, es decir, nunca más, yo usaba dos o tres dedos de la mano derecha para escribir. Ahora que estoy hemipléjico (quería escribir de una puñetera vez esta palabra), parece que tuviera que usar todos los dedos. No sé por qué. Voy a ser muy permisivo conmigo mismo a este respecto. Usaré los tres del centro como buenamente pueda, y el meñique lo dejaré para exhibiciones benéficas y su tarea natural de hurgar en el oído. No sé, y nunca he sabido, para qué sirve el meñique en la escritura. Por tanto no sé con qué se le puede sustituir. Al menos he encontrado un sustituto para el pulgar: cuando hay que dar al espaciador, lo hago con el codo.

Mi padre, al que le entusiasmaban las chulerías baratas, estaría orgulloso de mí.

Gafas de quitar espinillas

En realidad, el uso de la mano derecha a quien va a afectar de veras es a Mercedes, que va a verse libre de una tarea diaria que ella asegura que le gusta, pero que yo sé que es muy penosa, no porque sea dura en sí misma, sino por el tiempo que se le come, y tiempo es lo que menos tiene.

No es ni mucho menos pequeño el efecto que tienen en mi vida las gafas de leer, o de ver de cerca, o de escribir, como se les quiera llamar, que siempre dependerá de para qué se estén usando. No voy a descubrir nada si señalo que sería ridículo estar mirando una espinilla en la piel de la nariz de la persona amada y decir que eso hay que hacerlo con las gafas de leer. Pues no, hay que hacerlo con las mismas gafas, pero les llamaremos las gafas de quitar espinillas de la nariz.

Toda esta parafernalia de gafas hace mucha ilusión al principio, pero yo suelo equivocarme con frecuencia, es decir, más del cincuenta por ciento de las veces que está establecido. Y me llevo las de lejos cuando voy a ver de cerca y al revés. Antes de que me diera el ictus, tenía, como todo el mundo que conozco, unas progresivas que daban para todo. Y resulta que la tecnología de los prismas no permite todavía hacer unas gafas equivalentes.

De momento hay que llevar los dos pares de gafas siempre encima, y espero que pronto haya algún ingeniero francés (digo yo que será francés) que nos regale esa tecnología pendiente.

Lo importante de este asunto es que es imposible escribir decentemente si no se tiene tomada la distancia. Lo primero es la distancia al teclado. Después ya viene la distancia con el texto. De eso hay mucho que hablar, pero mejor lo dejo para una charla especializada, que yo no daré. Se lo sugeriré a Paramio, que es capaz de darle consistencia a casi todo.

Hay que decir en todo caso que la escritura está muy ligada a la forma en que se pueda hacer. Gramsci escribió sus cuadernos de cárcel en unas circunstancias siniestras de puro incómodas. Pero no hay que exagerar tanto. Yo ahora tengo las mejores condiciones que se pueden pensar para ello. Está claro que me falta destreza con mi mano paralítica (ya menos), pero el uso de las gafas con el ordenador y una buena pantalla le da a cualquiera la posibilidad de escribir algo bueno.

¿O no?

Teodoro Petkoff

¿Y qué tiene que ver el ictus con un tipo que tiene un nombre tan raro? Realmente nada y todo. Veamos.

A Teodoro Petkoff le han dado el Premio Ortega y Gasset de periodismo por su trabajo en la puesta en marcha del diario *Tal-Cual* que se edita en Caracas, lugar donde ahora no es muy cómodo ser buen periodista. Petkoff es un hombre con una biografía llena de cosas. Fue fundador y dirigente del MAS (Movimiento Al Socialismo), partido que renovó la izquierda latinoamericana. A mediados de los setenta me visitó en Madrid, que era una ciudad que vivía bajo los coletazos de un franquismo moribundo.

Petkoff siguió las normas más educadas de la clandestinidad para que nos citáramos. Estuvimos hablando largo tiempo de los cambios en el comunismo, que en España abanderaba teóricamente Fernando Claudín. Ludolfo Paramio y yo llevábamos una revista teórica marxista llamada *Zona Abierta*. Esa revista y sus artículos eran lo que llamaba la atención del venezolano.

En un momento de la conversación me dijo:

—Sigue siendo dura la represión.

Yo le contesté extrañado que no sabía por qué decía eso, que cada vez era más fácil pelear con la censura. Entonces él me preguntó:

—¿Y por qué entonces tantos pseudónimos?

—¿Qué pseudónimos? —le contesté.

Y él abrió el ejemplar de la revista que llevaba encima y empezó a leer:

—Valeriano Bozal, Alberto Corazón, Ludolfo Paramio, Leopoldo Lovelace, José Luis Acero… Tú eres el único con nombre verdadero, ¿no?

Me eché a reír. Todos los nombres eran verdaderos, no había ningún pseudónimo. Pero yo nunca me había dado cuenta de la colección de rarezas que se acumulaban allí en la mancheta. El colmo era que me lo planteara alguien que se llamaba como él.

Cuarenta años después, el ictus no me permite ir a la ceremonia de entrega de los Premios Ortega y Gasset a Teodoro y los demás. A mí me lo dieron hace unos años, y sé que es un momento muy emocionante para un periodista. Ahora, si además el periodista es venezolano, aumenta la emoción.

A Teodoro y a mí nos ha unido la historia de dos dictaduras menguantes, una de ellas disfrazada de democracia participativa. Intentaré hacerle llegar un abrazo. Quizá se acuerde de mí.

Ahora voy a hacer los ejercicios de deglución. Como hay que decir a veces palabras raras diré seguido todos los nombres del consejo de *Zona Abierta*.

Y varias veces Petkoff.

«Grandola, Vila Morena»

La librería Tipos Infames es ya un local definitorio de mi barrio. Los tres chavales que la han montado, Gonzalo, Alfonso y Curro (este ahora en el exilio), se las han apañado para sobrevivir en un mercado como el del libro, francamente precario. Lo han hecho con un local bien pensado y luminoso, donde la venta de libros la hace gente que sabe qué tiene entre las manos, y donde además te puedes tomar un café o un vermú bien seleccionado. Es en este sitio donde hablo de literatura de cuando en cuando con Nano Cano, un erudito nada presuntuoso que estudia italiano con ningún objeto mientras espera que su mujer, Lola, vuelva de algún viaje, y donde he ido comprando los libros que he podido encontrar sobre la enfermedad y la muerte que tanto me están ayudando, no sé todavía si a vivir o a morir mejor.

Mercedes, Mario y yo compartimos un aperitivo con mi hermana Cristina y dos vecinos del barrio realmente afables, listos y divertidos. Emilio es actor, se acaba de jubilar y de cuando en cuando me hace un puré bien cargado de vitaminas y de sabores. Miguel Martorell es historiador y está en estos momentos en el trance de contar el duelo que acabó con la vida de Mister Pickman, el dueño de la cerámica, en la Sevilla de primeros del siglo XX.

Desde la barra alguien comenta que estamos a 25 de abril. De manera espontánea Cristina, Mercedes y yo nos arrancamos a cantar «Grandola, Vila Morena», la canción de Xosé Afonso que sirvió para desencadenar la Revolución de los Claveles, hace ya cuarenta años.

Yo me dejo arrastrar por la nostalgia, recuerdo que aquel día me subí en un coche con Manuel Velasco, director de *Cambio 16,* donde yo trabajaba, Crisanto Plaza y Carlos Zayas. Nos fuimos hasta Lisboa sin tener ni habitación ni reserva alguna. Fueron unos días inolvidables, rodeados de soldados que llevaban claveles en la bocacha del fusil. Yo seguí yendo muchas veces a Portugal, junto con Maica, que entonces era mi mujer.

Portugal es uno de esos recuerdos que siguen vivos, porque el país no se ha corrompido, desde mi punto de vista. Sigue poblado por gente amable que no intenta engañarte.

Me voy de los Tipos Infames explicando, como si fuera el abuelo Cebolleta una vez más, qué fue aquella revolución. A mi hijo lo de Portugal le parece como a mí lo del noventa y ocho en Filipinas.

Las librerías llevadas por gente tan moderna no tienen libros sobre la autoayuda y la superación. Se quedan con la muerte.

No es mal tema. Ni pequeño.

El «Grandola» me he atrevido a cantarlo porque estaba con dos *mezzo* casi profesionales que lo hacen en Vox Aurea, un coro de la Comunidad de Madrid que se atreve con Haydn y Mendelssohn.

Normalmente ahora yo canto cosas más sencillas. Cristina quiere que haga agudos con la i y graves con la o a continuación. Yo no lo consigo salvo buscando canciones que usen esos recursos.

Para entonar bien los agudos utilizo un solo de *Katiuska*, de Sorozábal, que dice: «Vivía sola con mi abuelita, lejos, muy lejos de aquí, yo en más venturas no pensé porque no la conocí iiiiiiiii». Las íes evidentemente son agudos muy pronunciados que hay que dar abrazado a alguna columna.

Para los graves uso a José Guardiola, el que cantaba aquella canción tan bonita de «Di, papá». Pero yo uso una estupenda versión que hizo en los años cincuenta de Sixteen Tons, que empieza diciendo: «Yo soy un pobre paria, minero soy…». Esta no la canto abrazado a nada.

Cristina finge que no admira mis habilidades para el canto. Aparenta impresionarse con la originalidad de mi repertorio. Pero los dos sabemos que admira mis dotes de solista de un coro, aún en ciernes, de afectados por el ictus.

Las flemas

La última flema de la noche suele aparecer sobre las cinco de la mañana, envuelta en alguna tos terminante, es decir, nítida, cavernosa y potente.

Hasta esa hora, el sueño no ha sido completamente tranquilo. Estás en otra cosa, durmiendo, incluso soñando, pero los tropiezos de la respiración con las flemas siempre están ahí. Cuando llega el ataque de tos liberador, es muy gratificante ir al baño y volver a conciliar un par de horas de sueño reparador de verdad. Lo malo es que eso exige destrozarle la noche a la persona con la que compartes la vida y ha decidido volcarse en cuidar a un enfermo de ictus.

Las flemas son una manifestación relativamente benévola del horror que siempre esgrimen los sanitarios cuando hablan con pacientes de disfagia. Aunque no sea siempre tan drástico, el fantasma de la neumonía está ahí. La primera obligación de un enfermo de disfagia es no tragar indebidamente nada, o sea, no echar al pulmón nada que no sea aire.

Uno puede hacer algunas maniobras defensivas antes de dormirse, como respirar profundamente muchas veces, y beber agua espesada en cantidades suficientes, hasta que esas flemas se vayan con unas toses provocadas.

Eso se puede y se debe hacer. Pero no es seguro que vaya a producir un resultado completo.

Tener problemas respiratorios es realmente muy desagradable. Yo he visto a los canteros y los mineros toser de una forma desesperante, sin llegar jamás a limpiar las vías respiratorias. Los expertos dicen que lo peor es lo de la piedra blanca. Esa clase de silicosis se encuentra en Madrid, en la sierra Norte, con facilidad, porque hay mucho granito y la zona se llenó el siglo pasado de canteros gallegos que enseñaron a la gente de allí a trabajar la piedra. De Madrid, de El Berrueco, es una de las piedras más famosas por su dureza, la berroqueña.

Pero lo he visto también en Asturias, en las cuencas mineras, y en las cercanías de Gijón. Allí puede entender uno muy bien que existan las prejubilaciones. No hay ninguna razón sostenible que pueda llevar a justificar que alguien tenga que ganarse la vida metido en una galería a ochocientos metros de profundidad y respirando un polvo negro que se mete hasta el último rincón de los pulmones.

En las largas horas en que las flemas, a veces, no me dejan dormir, me acuerdo de mis amigos mineros asturianos y de mis canteros madrileños.

James Joyce

Tengo una casa en la sierra de Madrid, ya lo he dicho, en un pueblo llamado Bustarviejo. No tiene obras de arte ni allí se ha librado ninguna batalla decisiva que definiera el destino de una dinastía cualquiera. Vale la pena por el entorno, todavía muy rural, y por algunos de sus habitantes.

El entorno está modelado por el paso del hombre, claro. Lo que hoy son espesos robledales, por ejemplo, fueron ayer huertas de judías verdes. A los ecologistas de la zona eso se la refanfinfla. Vale más luchar por un pino de repoblación que tenga más de diez años que por unos buenos rosales importados.

Ahora, en plena primavera, la falda de cualquiera de sus montes se adorna con los verdes múltiples propios de la época, pero sobre ellos, aprovechándose del color de base, se abren las flores blancas de las jaras que llegan a hacer que parezca que ha nevado de pura densidad, del amarillo insultante de la retama, y del morado pacífico del cantueso. Un primaverazo, para qué le vamos a dar más vueltas.

Sobre los habitantes, pasa lo de siempre, que un porcentaje dado, que no sé cuál es, vale la pena. Pero esa es un arma de doble filo. Aquí es donde entra Joyce.

Cuando llegué a Bustarviejo hace más de veinticinco años, yo podía hacer amigos impunemente. Originalmente, yo lo era solo de Manolo García, con el que compartía trabajos en *Cambio 16.* Años después de conocernos, me ayudó a buscar una casa en su pueblo desde la que se podía ver el puente del tren y muchos miles de hectáreas, hasta el mar, por exagerar solo un poco. Bustarviejo es muy original, y como en todos los pueblos de España, los ratos de ocio se van detrás de la cerveza o el vino. Según su casi inexistente cultura autóctona, allí se bebe como en ningún sitio. Hablan con admiración de su propio alcoholismo, pero no mencionan los casos de neumonía ni de cirrosis que hayan diezmado a esa población tan arrojada. El asunto es que he acabado por tener muy buenos amigos allí. Algunos de ellos, por no decir todos, cultivados en torno a la barra de algún bar. Así hice mis primeros amigos, en la barra del bar de Luci. Antonio Morato, Antonio Pasodoble, y la propia Luci.

James Joyce escribió un cuento que siempre me acompaña por muy escueta que sea la librería que transporte. Se llama *Los muertos* y me recuerda siempre aquellos lugares que yo amo pero que se van poblando, indefectiblemente, de muertos. Yo creo que cuando se llega a un límite, cuya longitud tampoco conozco, hay que abandonar los sitios, para evitar que los muertos sean más y sobre todo más importantes que los vivos. En Bustarviejo ya he llegado a ese punto, creo. Ahora me tocará decidir, junto con

Mercedes, si pasamos ese límite y nos entregamos a la decadencia triste, pero confortable, de dejarnos morir un poco en su compañía.

En Madrid eso no puede suceder. La metrópoli ofrece siempre escape a los sentimientos de dejadez como ese.

Mercedes, en su pueblo familiar de Ceceda, en Asturias, supongo yo que tendrá alguna sensación parecida a la que describo. La tengo yo, que soy tan solo un visitante, eso sí, privilegiado, ¡qué no tendrá ella! Mejor lo dejo para que no me castiguen por meterme donde no me llaman.

Pero yo sí lo tengo en Navalcarnero, por ejemplo. Todas las calles y los sitios de mi infancia están poblados por los rostros de los amigos desaparecidos. Emilio, Anita, Chema, José Ignacio… Una relación inacabable de gente a la que quise.

Yo no quiero que Bustarviejo se me llene de muertos en cada esquina. Pero tampoco quiero dejar mi bodega sin acabar.

Mientras tomamos o no una decisión, hay que arreglar el tejado y tenemos que pagar doscientos cincuenta euros al pizarrista. Nos pregunta que con o sin factura y le decimos que con, porque no sabemos, si no, quién va a pagar la factura de mi hospital.

Y paseo por la terraza de mi casa viendo el pueblo abajo e imaginando el mar en el infinito. Trabajo la pierna de Yolanda, que me la ha dejado este fin de semana para que se la entrene. La deglución forma parte de mis primeras obligaciones, tentado por el vino que me ofrece Luci en su taberna, en el mismo sitio donde me despedí de Miguel antes de que pasara a ser uno de esos muertos que definen un lugar. Miguel tenía su esquina, como la tuvo Pasodoble.

Y recuerdo a Aurora, guapa, alegre, divertida, que escogía con cuidado las palabras para construir las frases con un precioso castellano. Sus cinco hijos la miraban embelesados mientras charloteaba y se tomaba un blanco más de los que le convenían.

Todos estábamos pendientes de ella.

Desde la terraza de mi casa, donde entreno el uso de la muleta, me parece ver el mar, por lo que no nos resulta extraño —ni a nosotros ni a Pablo Martín Aceña cuando viene desde Miraflores a visitarnos— que allí se coman tan buenas anchoas, y creemos ver los prados donde Mercedes y yo encontramos cada año en este tiempo las peonías salvajes. Siempre recogíamos alguna para Aurora, que se fue también sin pedir permiso. Sus hijas Aurora y Cris heredan el privilegio. También crecen allí los salmonetes de tallo infinito y color blanco. Es cierto que la naturaleza mezcla muy bien los colores.

Me siento bien en Bustarviejo. Como seguramente se sintió Joyce en casa de las tías solteras, que ignoro si tuvo alguna vez en Dublín.

En invierno también aquí cae la nieve en forma de gruesos copos melancólicos.

Pierna mala, pierna buena, muleta. Repetir.

Final (por ahora)

Doctora Carmen Mateos:

Por lo que se refiere a Cristina y su ámbito de trabajo: sigo sin tragar como debe ser. Ayer celebré con mis hermanos los ocho meses desde que me dio el ictus. Lo hice en un restaurante marroquí que se llama Al-Hoceima. Pude tragar con comodidad un pisto de berenjenas.

La mano de Blanca: ya escribo en un teclado con ella, y sé escribir mi nombre con un lápiz, además de rascarme la cabeza por el lado izquierdo y acariciarme la oreja.

La pierna de Yolanda: hoy me ha dicho que empiece a andar sin apoyo por casa. Ella sabrá lo que hace.

En este tiempo he vencido a dos muertes.

Habrá que seguir.

Por el momento, Ana Arribas, cirujana vascular, introduce un cambio de capítulo en mi vida. Me interviene de un aneurisma de aorta, una operación que no parecer ser grave, tan solo «de caballo». Ana esconde detrás de una sonrisa tímida y cariñosa mucha sabiduría, por lo que he espiado.

Maica, con la que estuve casado muchos años hace muchos años, es mi espía principal. También es médica, y trabaja en el Sant Pau, en Barcelona, haciendo este mismo tipo de operación. Cuando la conocí en la universidad, en 1967, era la chica más guapa de medicina. Los del PCE no soportaban que se enrollara con un «chino» de físicas (¡a qué cosas se dedica uno, Virgen santa, a chino y a físico!). A Maica la quiero por ella misma. Es difícil encontrar alguien mejor que ella. Aparte de eso, la utilizo para saber en qué manos pongo mi cuerpo cuando me ataca algún mal, lo que sucede demasiado a menudo, me parece a mí.

La verdad es que la trato como si fuera mi viuda. Le pido mucho y le ofrezco un cariño que no sé cuánta utilidad tiene. Pero a ella le debe parecer tan sincero como a mí.

Paciencia.

No sé si he dicho ya que me duele todo yo.

Bustarviejo-Madrid

APÉNDICES

El último café

Los dos hombres van en un taxi. El más alto de ellos, de aspecto desgarbado y con gafas redondas de moderno diseño, de nombre R, le dice al conductor que se detenga en la esquina. No se le entiende apenas, tiene la boca torcida y pronuncia con dificultad cada palabra. La orden al taxista ha de ser repetida por el más bajo, de nombre J, que abona la carrera al taxista y ayuda a descender del vehículo a su compañero. Los dos se dirigen, por indicación de R, hacia un bar de mala muerte que se encuentra situado justo enfrente de un gran hospital.

El bar huele a grasa y a cerveza desparramada que empapa el mostrador de madera que pretende remedar la estética de las cervecerías centroeuropeas; mal remedo denunciado por las raciones de pulpo y berberechos que esperan detrás de una barrera de cristal a ser distribuidas entre la clientela del local. Hay una mezcolanza de olores marineros y tostadas que anuncia el mediodía en un bar madrileño.

El hombre alto intenta, sin éxito, pedir por sí solo la consumición que desea. Ha de solicitar de nuevo el auxilio de su compañero, que no parece en absoluto afectado por la precaria situación del otro. Es más, le hace un gesto de «ya lo sabía yo que iba a pasar esto» antes de dirigirse al camarero por tres veces y en distintos niveles de voz:

—Cuando pueda, ponga dos cortados, por favor.

—Oiga, ¿me podría poner dos cortados?

—¡Dos cortados!

R no deja escapar la oportunidad de hacer una observación mortificante sobre la escasa capacidad que tiene J para mejorar la comunicación con el de la barra. El camarero, con la agudeza proverbial de su gremio para registrar solo los mensajes cifrados, recicla el último y repite mecánicamente «dos cortados, marchando».

—La eficiencia de los camareros españoles depende no solo de su movimiento, sino de la habilidad para aislar los mensajes esenciales para su tarea.

La sentencia, obra del más bajo de los dos, J, no provoca en R ninguna reacción inmediata. Parece meditar un poco al respecto y, de súbito, articula con dificultad:

—Metempsicosis.

—Esdrújula —responde J.

—Parafernalia.

—Conflagración.

El duelo de palabras resulta absurdo para el único testigo que parece atender a los conversadores, un hombre de edad avanzada que lleva sombrero de ala y gabardina de policía. Este parroquiano hace leves gestos de asombro pero, al no encontrar

complicidad entre los restantes, se retira un par de metros hasta encontrar un confortable lugar en la barra que le evite asistir a lo que le parece un despropósito.

Dicho conflagración, se detiene momentáneamente el duelo por las carcajadas que asaltan a R y J. Llegan los cafés cortados y ambos proceden a encender un cigarrillo, cada uno de su propio paquete. Cuando R enciende el suyo, se hace más notoria la dificultad que sufre para manejar la boca y se descubre, además, que mueve a duras penas la mano izquierda, hasta el punto de que J ha de ayudarle a extraer el cigarrillo para que pueda llevárselo a la boca.

Una hora y media, aproximadamente, antes del extraordinario duelo de palabras en el bar mugriento, J, el de menor estatura, ha recibido una llamada telefónica que atribuyó, en un primer momento, a algún borracho, ya que no podía comprender una sola palabra de lo que le decían por el auricular. Al poco, sin embargo, ha reconocido la voz de su amigo R, quien le comunicaba que no podía hablar apenas y que el brazo le molestaba más que el día anterior, hasta el punto de tener la mano casi paralizada. J ha intentado tranquilizar algo a su amigo y le ha comunicado su intención de acudir de inmediato a buscarle a su domicilio para acompañarle a visitar a un médico. J sabe que los síntomas que presenta R son intranquilizadores, que son una evidente manifestación de que se ha producido lo que los médicos llaman un accidente vascular. En un taxi, J se ha desplazado hasta la casa de R, quien le esperaba sin terminar de vestirse y con la mitad de la cara enjabonada, lo que le ha permitido apreciar el grado de turbación de su amigo.

—Será una tontería, pero me he asustado y por eso te he llamado.

Por supuesto, el discurso oído en directo era mucho más confuso y ha exigido algunas repeticiones hasta que J lo ha comprendido en su totalidad.

—No te preocupes, que no será nada, pero nos vamos a un hospital. Más vale no jugar con estas cosas.

J no solo se sorprende de la gravedad con la que ha hablado, sino de la gravedad con que R ha escuchado sus palabras y la falta de resistencia a lo que casi ha sido una orden. R ha continuado con lentitud la tarea del afeitado y ha perdido algún tiempo en inútiles desplazamientos al cuarto donde J espera a que termine. Ha sido durante el último de estos desplazamientos cuando se ha iniciado el aparentemente absurdo duelo que, más tarde, se prolongaría:

—No puedo decir zarabanda.

J, que estaba ojeando una revista, se ha echado a reír por primera vez. Ambos lo han hecho al mismo tiempo. Y el descubrimiento de la fórmula que destensa la situación es aprovechado al máximo. A paradigma le ha contestado como un eco cataplasma y a pleonasmo contrarreforma. Terminado el afeitado, J ha tenido que ayudar a R a ponerse la camisa y abrocharse los pantalones. Luego, ambos han realizado una cuidadosa selección de las cosas que deben componer el equipaje de una persona que acude a las urgencias de un gran hospital, ya que ambos comparten la opinión de que, en caso de

tener que recurrir a asistencia sanitaria de urgencia, es preferible ir a un hospital público que a una clínica privada.

—Chaqueta no, que va a ser un estorbo. Me pongo la gabardina, que me cabe todo en los bolsillos. A ver, el carnet de identidad, la tarjeta de la seguridad social... no tengo la tarjeta de la seguridad social, si hace falta te ocupas tú, ¿eh? Y las llaves, no me las llevo, ¿o me las llevo?

—Y yo qué sé si te llevas las llaves.

R se ha encogido de hombros y ha metido las llaves en los bolsillos de la enorme gabardina.

—Con esa gabardina, pareces el exhibicionista de El Viso.

—No hay exhibicionismo posible sin viso.

Naturalmente, dadas las condiciones en que se encuentra R, se atasca durante un buen rato antes de conseguir pronunciar exhibicionismo con una cierta verosimilitud. Ambos se han puesto en marcha terminada la frase. Ninguno de los dos ha mencionado la posibilidad de que sea necesario confeccionar un equipaje más completo para acudir al hospital. Es mejor mantener por el momento la ficción de que todo se va a solucionar con una exploración médica y la receta de algunas pastillitas.

Esquizofrenia, mixomatosis, desestabilizador, entronización, inconstitucional, hipermercado, dramático, desoxirribonucleico, gammaglobulina, reconstituyente, extrovertido, pantagruélico, transustanciación.

La lentitud del ascensor para recorrer el trayecto de tres pisos de subida y tres pisos de bajada da mucho de sí para evocar palabras impronunciables para alguien que tiene media boca paralizada.

El tráfico se ha hecho mucho más denso y es complicado encontrar un taxi. Cuando, al fin, uno se detiene, vuelven las urgencias y se difieren los juegos:

—Por favor, al hospital Provincial. A urgencias.

J lo ha dicho sin poder evitar una cierta solemnidad. Ha preferido decir a urgencias en lugar de pedirle al conductor que vaya deprisa. En cualquier caso, comprueba que el resultado es dramático. El taxista se ocupa, sin pretenderlo, de rebajar la tensión creada por el tono y el contenido del mensaje:

—Al Francisco Franco, ¿no?

—No, al Francisco Franco, no. Al Provincial, que ahora se llama Gregorio Marañón.

R ha perdido una inusitada cantidad de tiempo para explicarle todo eso al conductor, y ha salpicado con numerosas gotas de saliva el cogote del mismo. Es posible que este no haya comprendido la frase, pero está claro que ha captado el tono furioso de la respuesta, y emprende el viaje sin más comentarios.

El incidente ha mejorado, en todo caso, el humor de los dos viajeros, cuya complicidad frente a los taxistas es una parte esencial de la relación que les une desde hace muchos años. Ambos han pasado una parte no despreciable de su vida común

narrándose mutuamente incidentes como el que les acaba de suceder o provocando juntos, sobre todo en noches de juerga, situaciones similares con conductores de alquiler, a quienes suelen considerar, con mayor o menor justicia, enemigos acérrimos de los seres humanos corrientes, entendidos por corrientes, en este caso, aquellos que no viven de conducir un taxi.

Tiene además el incidente descrito una ventaja suplementaria: elimina de antemano cualquier posible acercamiento del taxista, cualquier intento de intromisión en la conversación, que continúa por derroteros similares a los que se iniciaron durante el afeitado. Y una ventaja añadida: ambos se permiten el lujo de fumar en un vehículo que está tapizado de carteles que prohíben semejante práctica.

Un extraño pudor hace que no se vuelva a hacer mención directa de la invalidez de la mano izquierda y de la boca de R. Hay una constante referencia a esa circunstancia con el juego de las palabras impronunciables, pero es una referencia que elude la directa preocupación. Tampoco es posible mantener una conversación más hilada, por la misma razón, la boca torcida.

Pero no les resulta a ninguno de los dos extraña la elipsis. La timidez de ambos para referirse con franqueza a asuntos personales solo se borra en circunstancias menos extraordinarias que la que viven a base de prolongadas ceremonias aderezadas con numerosos cafés o algunas copas. Y ambos viven una cierta incomodidad entre sí por un incidente cercano en el tiempo que no viene al caso relatar. Es así que la forma que escogen para demostrarse el cariño que les une consiste en el recurso a una vieja fórmula que es también cómplice: agarrarse a cualquier desliz de uno de ellos para desatar la burla más feroz, a falta de encontrar un tercero que sirva de blanco para el cruel pasatiempo.

El juego de las palabras se prolonga un rato, pero acaba agotando a los dos. El taxi se mueve lentamente en medio de un tráfico agobiado y caótico. Estamos a finales de enero, pero hace el suficiente calor para abrir las ventanillas del coche y fumar expulsando el humo al exterior. Hay un largo silencio y la única referencia durante el viaje a lo que espera al final del trayecto:

—Si me dicen que me quede, nos venimos. Yo ahí adentro no me meto.

—Si te dicen que te quedes, te quedas lo que tengas que quedarte. No tiene ninguna gracia lo que te pasa.

R parece tenerlo muy claro, porque no responde. Se trata de un gesto de autodefensa, de un amago de rebeldía ante una situación que sabe que él no va a poder gobernar. Es también, sin duda, la busca de una frase que alivie su preocupación. R está, a todas luces, asustado.

Con un tono de voz escasamente convincente, J dice que ya verás como te curas enseguida, pero que lo mejor es que te lo vean bien.

Es ya el momento en que llegan al bar mugriento con pretensiones de barra centroeuropea. El camarero sirve los cafés y R y J encienden unos cigarrillos.

—El último café y el último cigarrillo, ¿eh?

—Sí, lo mismo te quitan de fumar y de tomar café.

R avisa con gestos excesivos de su mano derecha al camarero, quien entiende enseguida que ha de servir otros dos cafés, que prepara él mismo sin evitarse el trabajo de gritar lo de los dos cortados marchando, como si se lo ordenara a otro.

R fuma y bebe siempre de forma sincopada, pero esta vez parece deleitarse con el café y da profundas chupadas al cigarrillo. Esta vez no lo apaga a la mitad, deja que se consuma entre sus dedos el último tercio del pitillo, contemplando la salida voluptuosa del humo con un gesto de melancolía.

—Vamos ya.

J se arrepiente de inmediato por haberle urgido a salir del bar. R dice que sí con la cabeza y echa a andar hacia el hospital de enfrente. No es demasiado difícil encontrar las urgencias. Basta con seguir las indicaciones puestas para los coches.

—Las urgencias de los hospitales están diseñadas para ir en coche, no para ir andando. ¿Y nosotros, qué?

La observación-queja es de R, y la hace al entrar en la sala desde el callejón siniestro ocupado por un taxi y una ambulancia y un sinnúmero de personas que, esperando el diagnóstico o la salida de algún familiar enfermo, curiosean o combaten el aburrimiento observando las llegadas de nuevas urgencias.

La llegada a pie hace que nadie reciba a R y J. Posiblemente, los empleados del hospital piensan que se trata de dos familiares más. Se dirigen a una mesita-mostrador donde una señorita de bata blanca atiende a los visitantes. La mujer pregunta a R, que se ve incapaz de contestar a sus preguntas. J explica que a su amigo se le han paralizado la parte izquierda de la boca y la mano del mismo lado.

Esto provoca una reacción que les parece a ambos desmesurada después de la plácida manera que han escogido para llegar al hospital. Se ponen en marcha todos los mecanismos. Un médico, un camillero y una enfermera comienzan a danzar en torno a R. Le desnudan detrás de una cortina y entregan a J todas sus pertenencias, de las cuales no puede responder el hospital, en una bolsa de plástico. Le tumban en una camilla y se lo llevan hacia el interior del hospital a través de una pesada puerta de plástico de aspecto infranqueable.

J asiste a la escena casi inmóvil, con el hatillo de ropa y efectos personales de R en la mano. R le reclama cuando se comienza a abrir la puerta de plástico. Los sanitarios se detienen. J le devuelve sus gafas de pasta y atrevido diseño. R le toma de la manga y le hace inclinarse para darle un beso en la mejilla.

Parece que no dirá nada más antes de entrar para siempre en el interior del hospital. J comienza a darse la vuelta, ensimismado y encogido por el pánico, cuando oye la inconfundible voz de su amigo R:

—Idiosincrasia.

Publicado en *El último café*, Anagrama, 1989

Una muerte digna

Al doctor Luis Montes y sus compañeros

Josefina Reverte era una mujer guapa, madre de seis hijos, cariñosa y de derechas, que tenía setenta y cinco años cuando, en la clínica de la Concepción de Madrid, le diagnosticaron un cáncer de mama tan avanzado que ya no tenía remedio. Se habían perdido seis preciosos meses para que aquello pudiera ser tratado con alguna posibilidad de éxito. Un médico de una mutua privada le había dicho que tenía una erisipela, y se afanó en curarle de esa afección que había identificado sin realizar una mamografía.

A Josefina no le dijeron que su pronóstico era fatal. Tan solo le hablaron de la grave enfermedad y de que tenía que ser tratada con quimioterapia y radiología. Su hija Isabel, que la acompañaba, fue quien recibió la noticia en toda su crudeza. De aquel hospital, los hijos, que tenían amigos médicos que se lo recomendaron, la llevaron a la unidad del dolor de otro hospital madrileño, el Gregorio Marañón. El director del servicio fue más preciso, cuando estudió la historia clínica, para hacer su pronóstico: le quedaban tres meses de vida. Los hijos hicieron hincapié en que a Josefina la trataran de forma que sufriera lo menos posible. Y el médico se lo aseguró. La paciente recibiría un tratamiento ambulatorio que daría, en las posibilidades de la ciencia médica, una protección frente al dolor y una mínima calidad de vida.

Las semanas pasaron y la enfermedad fue avanzando de la manera exacta a como había sido previsto por el médico. No es preciso describir sus manifestaciones en forma de úlceras y otros espantos. Ni los estragos, perceptibles día a día, que el cáncer provoca en quien lo sufre. El tiempo galopó para todos.

Josefina siguió con disciplina el tratamiento paliativo que todos sus hijos suponían que ella pensaba que podía ser curativo. Llevaba la situación con un humor que parecía insensato, y su chiste favorito de aquella época era uno en el que una mujer acude al médico y le dice:

—Entonces, doctor, dice usted que Géminis.

—No señora, cáncer, cáncer.

Lo que provocaba una nerviosa hilaridad general entre sus vástagos, que seguían pensando que ella era ajena al poco tiempo que le quedaba. La última vez que contó el chiste coincidió con una situación insólita: todos sus hijos, los seis, acompañados por alguna nuera, habían coincidido en torno a su lecho, que era, esta vez sin ninguna literatura, de dolor. Aquella reunión multitudinaria la hacía tan feliz que quiso demostrar su buen humor con una extravagante petición:

—Quiero un *gin-tonic*.

Y la moribunda se calzó, con aire festivo y la ceremonia obligada que debe escoltar a un buen trago largo, su dosis, acompañada de todos sus directos descendientes, en un ambiente de risas francas y mimos desbordados. No le faltó algún comentario sobre la forma mejor de construir el cóctel y varios recuerdos sobre antiguas visitas a ese lugar de perdición que era el Chicote de la posguerra, adonde iba de cuando en cuando acompañada, eso sí, por su marido y otras parejas de amigos tan jóvenes y mundanos como ellos.

Al acabar la reunión, uno de los hijos, sin que nadie más que ella supiera el porqué de la elección, se tuvo que quedar para recibir una confidencia de Josefina que reventó en sus oídos como un bombazo: ella era consciente de que iba a morir pronto y no se sentía con fuerzas para acudir más veces al hospital a recibir sus periódicas dosis de morfina y engaño piadoso.

Pero a la revelación salvaje le seguía una cola de mucha mayor potencia. El hijo quedaba emplazado a cumplir una doble misión. La primera parte consistía en mantener el suministro de la medicación que garantizaba, hasta donde era posible, que el dolor fuera soportable. La segunda, mucho más dura, era la de responsabilizarse de que su madre tuviera una muerte digna y exenta de sufrimientos. Los demás hermanos no deberían ser consultados ni informados de la petición. Es sensato suponer que en el ánimo de Josefina estaba evitar debates sobre una decisión de la que era soberana. Y la dulzura con que estaba hecho el encargo no engañaba sobre su calidad de indiscutible. Llegada a un punto la evolución de la enfermedad, el hijo tenía que tomar la decisión de hacer que la muerte fuera más fácil y de que el desenlace se produjera en el momento preciso. Y no había más que hablar.

Parte de la misión era sencilla. Una íntima amiga del hijo, una curtida profesional de la anestesiología que trabajaba en otro hospital público de Madrid, se haría cargo del suministro y aplicación a domicilio de las drogas que paliaban el dolor. La otra parte cayó como un metro cúbico de plomo sobre el alma del recadero.

Ya no hubo más reuniones con *gin-tonic*. Josefina había sabido medir sus fuerzas a la perfección, había sido capaz de discernir cuándo podía tomarse la última copa con la que se saltaba a la torera las recomendaciones convencionales de los médicos, que, obligados por la solemnidad de su papel, son a veces capaces de prohibir a un desahuciado los excesos que podrían acortarle la vida a medio plazo. Ella había sido tan fuerte como para todo eso, y le ordenaba al hijo que lo fuera él para escoger el momento de su muerte. Las palabras clave que se grabaron en la cabeza del hijo, las que estaban recalcadas en el discurso de su madre, eran dignidad y sufrimiento. Mantener la primera y evitar el segundo.

A partir de aquel día del *gin-tonic*, la rutina en el domicilio familiar se fue haciendo más oscura y los chistes sobre el cáncer y los signos del zodiaco se fueron espaciando hasta desaparecer, porque Géminis había dejado de importar. Los gestos de cariño ya no se impostaban, para que una caricia jamás pareciera casual. Y cada una de esas caricias

era como la última. La jovialidad se mantenía; la naturalidad al lavar a la enferma, al ayudarle a incorporarse, al leerle un artículo del periódico en voz alta, surgía sola, como surgen en muy poco tiempo las rutinas en los comportamientos de todos los seres humanos. Los nietos que acudían a visitarla, ignorantes por supuesto de la gravedad de la enfermedad, se abrazaban a ella intuyendo que aquellos abrazos no formaban parte de una cantidad infinita de abrazos. Ella sonreía entonces forzada para darles lo que le había sobrado siempre, alegría.

Pero la habitación estaba en penumbra muchas horas al día, porque la mujer necesitaba cada vez mayores dosis de medicación para poder soportar el dolor, la inmovilidad, la falta de fuerzas en las piernas, la escasez de aliento. Pasaba cada día unos minutos más que el anterior dormitando, dejándose llevar por la creciente potencia de la morfina y los demás venenos que la ayudaban a no sentir las terribles punzadas.

En realidad, estaba ya a la espera de que se cumpliera la atroz certeza que se había instalado en su ánimo. Y pedía, con insistencia, en sus momentos de lucidez, que le abrieran la ventana, que el cáncer olía. No podía soportar que ese olor se instalara en su entorno, que lo percibieran los que se acercaban a su almohada para darle un beso en la frente. Sus hijos pensaban que su madre olía igual de bien que siempre, y se creían que le daban el mismo beso de siempre, aunque, en casos así, un beso cambia su naturaleza y se torna temeroso, leve.

Un día, y de forma desprovista de importancia, añadió otra orden, esta vez sí a todos los hijos que andaban por allí haciendo como que lo que pasaba en aquel cuarto que estaba siempre ventilándose estaba dentro de la normalidad, que allí no había nadie muriéndose. Josefina dijo que quería que incinerasen su cuerpo, y dónde deberían ser esparcidas sus cenizas. Pero el aviso no contenía ninguna referencia temporal, podría haber sido un reclamo para veinte años más tarde. Todo iba quedando atado.

Las jornadas pasaban una tras otra con una insolente falta de solemnidad. Y su vida se iba apagando en una monotonía asistencial de enfermera contratada, porque le humillaba que sus hijos tuvieran que atender el deterioro de su cuerpo que se iba rompiendo, y de turnos de guardia para darle lo que necesitara a lo largo de las interminables noches de padecimientos en torno a un gotero que se nutría de sueros y fármacos cada vez más potentes.

Un viernes de invierno, en 1992, el hijo que estaba encargado de cumplir los terribles encargos de Josefina se despidió de ella porque iba a pasar el fin de semana fuera de Madrid. Y antes de irse, cuando la iba a besar para decirle que el domingo por la tarde volvería, Josefina le oprimió el brazo con la mano que apenas era capaz de sostener un vaso de agua. Y le miró de una manera que no dejaba lugar a la duda. Luego cayó otra vez presa del sueño morboso de la química.

Dos días después, la amiga anestesista acudió a la cita cargada de cariño y de algunos frascos. Exploró a Josefina, que respiraba con alguna urgencia, pero sin abrir los ojos, y coincidió con el lego en que el momento había llegado. Ya no contestaba a las

preguntas, ya no besaba cuando era besada, ya solo respiraba con una cierta agitación. Las instrucciones eran muy sencillas: si no había recuperación de la conciencia, era que el momento había llegado.

De madrugada, el hijo aprovechó un momento de soledad, se sentó a su lado y le tomó la mano. Le dijo unas palabras de despedida y la besó de nuevo. Luego inyectó en el suero las dosis del combinado que harían de su muerte un tránsito indoloro y dulce. Y se quedó a esperar. La respiración de Josefina se hizo paulatinamente más pausada, y su vida se extinguió sin que pudiera escucharse un estertor, porque no había agonía, solo una expresión de serenidad. Cuando el pecho se quedó en calma, la muerte se convirtió en una de tantas muertes.

Los hijos de Josefina cumplieron sus deseos de ser aventada en un precioso rincón de la sierra de Madrid, y no volvieron a hablar del proceso de su muerte, plagado de sobreentendidos, porque no había nada que aclarar. Pero todos sabían que había pasado como ella quería que pasase.

Años después, muchos años después, las noticias de la prensa sobre la acción de las autoridades sanitarias madrileñas y la Iglesia española contra los médicos que habían aplicado métodos paliativos para aliviar el dolor y la pérdida de dignidad a muchos enfermos terminales y sus familias, hicieron coincidir a todos los hijos de Josefina en el recuerdo del final de su madre y en el carácter atroz e injusto de la persecución emprendida contra los médicos y, sobre todo, contra los enfermos del hospital Severo Ochoa de Leganés.

Uno estaba ilocalizable en Kenia. Los demás coincidieron en que sería duro, pero que sería bueno recordar su historia, la de Josefina, para que muchos ciudadanos meditaran sobre lo que significa una acción así. Decidieron romper el tácito pacto de silencio que una vez hicieron, y violar el carácter íntimo de su pequeña historia, para enviar a quien pudiera llegar una reclamación de piedad y de decencia.

Los hijos de Josefina se llaman Javier, José, Jorge, Cristina, Isabel y María José. La anestesióloga que les ayudó no puede tener nombre.

«Una muerte digna», publicado en *El País*,
el 3 de febrero de 2008

Agradecimientos

Los ingleses suelen atribuirle a Winston Churchill todas la frases para las que no encuentran padre. El antiguo primer ministro de la corona inglesa dijo una vez, refiriéndose a las fuerzas aéreas de su país, eso de que «nunca tantos le debieron tanto a tan pocos».

En mi caso hay una obligación que es la contraria: yo solito le tengo que agradecer a mucha gente el haber salido de una aventura en la que no me metí a propósito. Es más, a la hora de escribir estas líneas, todavía no sé de cierto la salida.

Desde luego, tengo que agradecer que la vida me haya conducido a nacer en un país del Primer Mundo. En España, en Madrid en concreto, hay unas instalaciones y un personal de primera fila para combatir el ictus. En un país con una sanidad menos desarrollada no habría podido contarlo.

En el hospital Clínico de Madrid me salvaron la vida. Así como suena. Mi estado no permitió recoger la identidad de todos los que participaron en ello. Pero ellos imaginarán que mi agradecimiento no es solo colectivo, sino individual. Desde el médico más eminente hasta el más humilde celador.

Desde el primer momento, mis hermanos Javier, Jose, Cris y Bebé me dedicaron todo el tiempo de que disponían. Mi sobrino Nacho, mis cuñados Eli, Manolo, Miguel, Ana y Gustavo y algunos amigos a los que ascendí a la categoría de hermanos, como Carmelo Plaza, Cristina Solares, Pacho y Carmen, Socorro, Agapito y Maribel, Pilar Barinaga, Tere Cano y Pilar Serrano (todavía no he ido a verte a Londres, Pilar). Por todo el cariño que me dieron y que me ayudó a tomar la decisión de vivir.

El pasado no es solo melancolía, sino muchas veces fuente de felicidad actual. Mi reencuentro con la posibilidad de vivir no se habría producido sin la aparición de Maica, mi primera mujer, que además de tenerme aún un evidente amor, ha sido una mina de conocimiento científico para saber cómo abordar mi enfermedad. José Manuel Freire, también médico, y también amigo desde 1967, Ludolfo Paramio y Carmen Martínez Ten (algo posterior), Inma Lahoz; Esteban García-Albea, al que no tengo más remedio que poner aquí porque le conozco por médico amigo de Freire. Y casi de la misma quinta, aunque sus conocimientos de medicina se limitan a la aspirina y poco más, está Pedro Arjona, mi pintor de cabecera. La gente puede preguntarse ahora que para qué quiero tantos hermanos. Pues no he acabado.

Mi mujer, Mercedes, y yo solemos referirnos como «la pandilla» a un grupo de gente formado por Mercedes Cabrera y Carlos Arenillas, Santos Juliá y Carmen Martínez, Pepe Álvarez Junco y Cuqui Iglesias, Pablo Martín Aceña, María Cifuentes y

Carlos Sebastián, y ocasionalmente Natalia Rodríguez Salmones. Con ellos cenamos regularmente, discutimos de política, y de cuando en cuando alguno se larga una lección magistral que todos agradecemos tanto como discutimos. Este grupo se mantuvo atento durante toda la fase aguda de la enfermedad, y luego cumplieron de forma rigurosa la primera de las obras de misericordia: visitar a los enfermos (¡recuérdelo, hombre!). Nos debemos un montón de cenas.

Carlos Tanco se acordó de mí en su último viaje a España. Él creía que me debía algo. No es así: yo soy quien está en deuda con él.

De muchos a los que debo cariño o dedicación en este trance he hablado en el libro. Espero que no me pase con ninguno lo de que no estén ni en uno ni en otro. Intentaré ser ordenado. Y si no lo logro, será una manera de buscar una segunda edición. Lo mejor para ser ordenado es empezar por Andalucía (yo tampoco lo creo, no se preocupen), así que ahí va un recuerdo a Mercedes De Pablos, Inés Alba, Pilar Vergara, Joaquín Durán y Harrison Ford (con el que cenamos a veces).

Bustarviejo. Ya he hablado de lo importante que es para mí. Aquí me han ayudado gente como Mari, Aris, Carol, Pepa, Sonia, Silvia, Luis, los hermanos Solares, Manolo García, Ana Pasodoble, Paco Grande padre e hijo, Olegario… imposible acabar la nómina del agradecimiento.

Por supuesto, de Asturias no solo los mineros, sino Manolo y Geli y mucha gente de Ceceda, Rivayas y Fonsecas, Montescos y Capuletos, y neutrales, como Tito y Begoña. En la distancia trasatlántica, mi querida Silvia Rivelles. En una distancia menor, Xan Xosé Sánchez Arévalo, al que dejaré que compita con Ángel y Ann para invitarme a los mejores percebes del Cantábrico.

En el Madrid de las letras suelo comer, cuando no me estoy muriendo, con algunos sindicalistas, como Miguel Ángel, Carmen Mancheño y Virgilio. Les cobraré algunos *gin-tonics* cuando salga de esto.

Y para terminar el bucle, vuelvo a la familia. Mis primos Elena, Ignacio, Mariceli, Antonio, Fernando, Manolo. Casi familia, José Ramón Alonso, que me pasó toda su experiencia de ictus.

Y mucha gente que parece que está suelta en mis afectos, pero me son muy próximos, como Carmen y Thomas, Horacio e Inma, María Jesús y Toni, Josema y Marisa, Emilio y Teresa, Tomás y Marta, Miguel y Milu, Pilar Sánchez, la generosísima Luz Rodríguez, Elena Sancho. De propina, dos neurólogos más: Oriol Franch y Antonio Herranz.

A mis innumerables sobrinos y sobrinos nietos. Sobre todo a Silvia, Luz, Javi y el griego sin nombre.

Y, por supuesto, a la Asociación de la Prensa de Madrid (APM) y su acuerdo con el INSS y la Fundación Jiménez Díaz, estupendamente gestionado por Esther.

Seguro que se me olvida alguien. ¿Se creían ustedes que es fácil morirse?

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (*www.conlicencia.com;* 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

© Jorge Martínez Reverte, 2015
© De «Mi hermano Jorge»: Javier Reverte, 2015
© De «Jorge Reverte y el ictus»: Esteban García-Albea, 2015
© La Esfera de los Libros, S.L., 2015
Avenida de Alfonso XIII, 1, bajos
28002 Madrid
Tel.: 91 296 02 00
www.esferalibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): septiembre de 2015
ISBN: 978-84-9970-488-5 (epub)
Conversión a libro electrónico: J. A. Diseño Editorial, S. L.

Índice

Dedicatoria	4
Mi hermano Jorge, por Javier Reverte	5
Jorge Reverte y el ictus, por Esteban García-Albea	7
Chema	9
Un 9 de septiembre	11
Doctor López	13
Hermanos	15
Los acontecimientos	16
Dar el paseo	18
Intrusos en la UVI	20
Otra neumonía	22
Romper la puerta	23
La reina de África	25
Ecos de Asturias	27
Virgen de la Soledad	29
Lenguaje de signos	31
La muerte	33
Las muertes de Javier	35
El traslado	36
Paisaje	37
Cuestión de veteranía	39
Mano de obra barata	40
Maite y Carlos	41
Al gimnasio	42
Barça-Madrid	44
Mi cuerpo soy yo	45
Creyentes	47
Vuelta a casa	48
Vecinos salvadores	50

Casting de sin techo 52
Colección de sillas 54
Elogio de la Thermomix 56
La ambulancia 58
Xaqui la rifeña 60
En El País otra vez 62
Diarrea 64
Más gimnasio 66
La Gran Vía 67
Freire y Esteban 68
Capitán Ahab 70
14 de diciembre, Joan Barril 72
Resines, sin fecha 73
Elvira 74
Pepe y el guindo 76
Minusválido 78
Una noche con Telmo 80
La mano 82
Libros por huevos 83
Ricardo Cid 84
El mal 86
La sombra de López 88
Oliver Sacks 89
El espesante 90
Uni 92
5 de abril 94
Revolcón 96
Las medias de la vecina 97
La segunda opinión 98
Gafas de quitar espinillas 100

Teodoro Petkoff 101
«Grandola, Vila Morena» 103
Las flemas 105
James Joyce 106
Final (por ahora) 108
APÉNDICES 109
El último café 110
Una muerte digna 116
Agradecimientos 120
Créditos 122